

alessandro pronzato

el acoso de dios

ediciones sígueme

alessandro pronzato
el acoso de dios

**meditaciones sobre la vida religiosa
según el año litúrgico**

III

Cuaresma y pascua

QUINTA EDICION

CONTENIDO

Semana de ceniza	11
Primera semana de cuaresma	25
Segunda semana de cuaresma	49
Tercera semana de cuaresma	69
Cuarta semana de cuaresma	91
Quinta semana de cuaresma	113
Semana santa	135
Octava de pascua.....	157
Segunda semana de pascua.....	181
Tercera semana de pascua	205
Cuarta semana de pascua.....	223
Quinta semana de pascua.....	243
Sexta semana de pascua	265
Séptima semana de pascua	285
<i>Indice</i>	309

© Piero Gribaudi Editore, 1974

© Ediciones Sígueme, 1974

Apartado 332 - Salamanca (España)

Tradujeron G. González y G. Mártel sobre el original italiano

Gli appuntamenti di Dio

ISBN: 84-301-0567-0

Depósito legal: S. 340-1978

Printed in Spain

Imprime: Gráficas Ortega, S.A.

Polígono El Montalvo - Salamanca

*A Manuel
y a mis pequeños amigos africanos
que me han contagiado
con su sonrisa
ante la cruz*

Del miércoles de ceniza
al sábado después de ceniza:

Cita con la vida

Te compadeces de todos, porque todo lo puedes Señor;
cierras los ojos a los pecados de los hombres para que
se arrepientan. Amas a todos los seres y no odias nada
de lo que has hecho; a todos perdonas, porque son tuyos,
Señor, amigo de la vida

(Antifona de entrada del miércoles de ceniza).

Cita con el polvo

Miércoles

El Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre se convirtió en ser vivo (Gén 2, 7).

El tiempo de cuaresma se abre con un poco de ceniza depositada sobre nuestra frente, mientras se repite la severa advertencia: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás»; o bien: «Convertíos y creed el evangelio».

Es un modo extraño de prepararse a la fiesta por antonomasia, la pascua.

En lugar de embellecernos, pintarnos, perfumarnos, usamos como cosmético un poco de polvo. ¡Embellecemos nuestro rostro ensuciándolo con tierra!

Se trata de un rito que muchos cristianos de nuestro tiempo rechazan con rabia en nombre de la grandeza y la dignidad del hombre. «Reliquias de gusto dudoso del almacén devocional de la edad media», me ha dicho uno alérgico a la ceniza. Precizando más: «al hombre de hoy hay que llevarle el anuncio de la vida no de la muerte».

«Exacto» dije yo. La ceniza se coloca en una dinámica de vida, no en un ambiente fúnebre.

Solamente la gente superficial puede arrebatar la enseñanza religiosa del miércoles de ceniza para rebajarla a un contexto de desprecio del hombre. Pero la misma liturgia de este día se encarga de desarticular tal operación, al tomar como antifona de entrada una frase del libro de la Sabiduría que deshace los equívocos:

«Tú Señor, amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho».

Así pues, la liturgia de la ceniza no constituye en absoluto un atentado a la dignidad del hombre. Al contrario, en la lógica paradójica de la fe, se convierte en un testimonio de grandeza.

«Acuérdate de que eres polvo...» es sencillamente el recuerdo de su originario «material de construcción», precisar los límites, la finitud y caducidad del hombre. Pero es Dios mismo quien no acepta esta precariedad de su criatura y no se resigna a que el hombre sea *solamente* polvo. Por tanto, si el destino del hombre se circunscribe al «polvo», la culpa sería exclusivamente del hombre que, con el pecado, decide permanecer «polvo», rechaza su verdadera identidad, rehusa el «aliento» vivificante.

En los siglos VIII y IX la imposición de la ceniza se unía, en el contexto litúrgico, a la penitencia pública. Aquel día se expulsaba a los «penitentes» de la iglesia. Y este gesto repetía, de alguna manera, aquel otro de Dios arrojando a Adán y Eva, pecadores, del paraíso. En esta perspectiva se colocan las palabras del Génesis que se refieren precisamente a este episodio: «Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella te sacaron; pues eres polvo y al polvo volverás... Y el Señor Dios lo expulsó del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde lo había sacado» (Gén 3, 19 s).

Sólo más tarde la imposición de la ceniza tomó un simbolismo distinto: el de la fragilidad y brevedad de la vida. El recuerdo de la muerte. La referencia a la tumba.

Me parece, sin embargo, que es válido, sobre todo, el significado primitivo, que expresa penitencia, expiación por el pecado.

«El hombre-polvo» quiere decir el hombre que se ha alejado de Dios, que ha rehusado el diálogo, que ha sido echado de su casa, que ha rechazado el dinamismo del amor para caminar siguiendo una trayectoria de disolución y de muerte. «El hombre-polvo» es el hombre que se opone a Dios, da la espalda a su propio ser y se condena a la nada.

Pero en este dramático itinerario de alejamiento y disipación, existe la posibilidad del retorno. Retorno al origen.

En lugar de precipitarse hacia la tumba, es posible cambiar de dirección —¡he ahí la conversión!— y volver a la fuente.

«Acuérdate de que eres polvo y como polvo volverás... a Dios». Con tal que lo quieras. Ya, en este momento.

Me vuelvo tierra y me confío al constructor. Para que me rehaga del todo.

Me he equivocado. He perdido el camino de la vida. He perdido el reino. He comprometido incluso a los otros en mi pecado (todo pecado es un pecado «público» con consecuencias desastrosas para toda la comunidad eclesial).

Es justo que se me ponga en la puerta.

Pero, a la vuelta de la esquina, vuelvo a la condición de... polvo. O sea, de materia prima.

Y él se inclinará aún sobre este polvo para darle el aliento de vida.

Así mi «nada» es tocada por la plenitud divina.

De la ceniza salta una chispa de vida.

Y ahora la sutil capa de polvo ya no puede ocultar el esplendor del rostro de un hijo de Dios.

Todo, pues, comienza de nuevo.

Puedo ser «nuevo» si acepto no el... fin, sino el principio.

No el montoncito de ceniza de la tumba.

Sino el puñado de tierra en las manos del artífice. El poco de tierra dispuesta a recibir el «aliento». Y convertirse así, de nuevo, en un «viviente».

La cita, pues, con la ceniza, es fundamentalmente la cita con la vida.

¿Mortificación o vivificación?

Jueves

...Continuamente nos están entregando a la muerte, por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (2 Cor 4, 10).

Aquel sabihondo me había insinuado dudas atroces, asegurándome que la mortificación se podía considerar como pasada de moda. Me había enjaretado varios términos como «culto a la personalidad», «respeto de los valores humanos», «teología de las realidades terrenas», «superación de la ascética tradicional en una visión antropológica positiva», etc...

Por eso fui precipitadamente a abrir el evangelio para comprobar si por casualidad alguna de sus páginas habían sido retiradas por alguno de los recientes golpes teológicos.

Ya me he quedado tranquilo. Lo he podido comprobar con mis propios ojos. Está todo en su lugar. Como antes.

He vuelto a tropezarme con la frase de Cristo: «El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Mt 16, 24).

Encontré intacta la perícopa que invita perentoriamente: «Entrad por la puerta estrecha. Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos» (Mt 7, 13-14).

Cierto, después advierte que no vayamos «cabizbajos» cuando ayunemos. Pero no excluyó el ayuno. Al contrario.

Jueves



«Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los fariseos que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga.

«Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre...» (Mt 6, 16-18).

Es difícil interpretar este pasaje en el sentido, que algunos pretenden, de que las mortificaciones son «extravagancias».

¡Es tan difícil como demostrar que la «puerta estrecha» tiene una anchura de veinte metros!

También el concilio Vaticano II —lo he podido controlar— habla el mismo lenguaje evangélico: «Recuerden todos que... con la penitencia y la libre aceptación de los trabajos y desgracias de la vida, con la que se asemejan a Cristo paciente, pueden llegar a todos los hombres y ayudar a la salvación del mundo entero» (*Apostolicam actuositatem*, n. 16).

Así pues, la mortificación, para quien quiera tomar en serio el mensaje de Cristo, es siempre actual.

No puede desaparecer impunemente de la escena de la vida cristiana, so pena de su inevitable aburguesamiento.

Quisiera solamente hacer caer en la cuenta de dos cosas.

Primero. Es inaceptable, en la presentación de ciertas formas de mortificación, una especie de faquirismo o, más sencillamente, atletismo religioso. Y en esto hay que atribuir una buena dosis de responsabilidad a una increíble hagiografía que, por fortuna, hoy va desapareciendo de la circulación.

Atletismo que parece intentar llamar la atención de Dios sobre nuestras hazañas, como diciéndole: «¡Mira lo valiente que soy!».

No olvidemos que la esencia del cristianismo consiste en lo que Dios ha hecho y hace por nosotros, y no en lo que nosotros hacemos por Dios.

Segundo. Es necesario subrayar con especial interés la relación entre mortificación y vida, entre penitencia y valores humanos, entre renuncia y desarrollo de la persona, entre prácticas ascéticas y respeto a la personalidad.

La mortificación no debe reducirse a un dolorismo supletorio, fin en sí mismo. Está en función de la vida. Está al servicio del desarrollo del hombre, no de su aniquilamiento. Favorece ese desarrollo de la persona, no contribuye a su demolición.

Mortificarse quiere decir «dar muerte» a todo lo que en nosotros obstaculiza la vida, bloquea su plenitud.

Con la mortificación elimino todo lo que me impide ser yo mismo.

Y esta operación, por supuesto, no es sin dolor.

Queda por señalar el hecho de que la mortificación —aun en su aspecto austero, incómodo, doloroso— es para la vida, no para una disminución de la vida.

A lo más, podríamos cambiar la palabra, si es que fuese necesario. En vez de «mortificación» llamémosla «vivificación». Es posible que sea el vocablo más preciso. La realidad, sin embargo, es siempre la misma.

En suma, una persona que acepta la mortificación es una persona que ama la vida.

Se mortifica, porque tiene ansia de vivir.

Sólo cuando la vida pase de moda, podremos aventurarnos a retirar de la escena la mortificación...

El ayuno que él prefiere es la... hartura de los pobres

Viernes

¿Es ése el ayuno que el Señor desea para el día en que el hombre se mortifica?, ¿mover la cabeza como un junco, acostarse sobre saco y ceniza? ¿a eso lo llamáis ayuno, día agradable al Señor? El ayuno que yo quiero es éste —oráculo del Señor—: Abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo, y no cerrarte a tu propia carne (Is 58, 5-7).

«Este es el ayuno que quiero preferentemente...».

Quizás nunca nos hemos preguntado en serio cuáles son las mortificaciones que prefiere el Señor. Y, sin embargo, el capítulo 58 de Isaías nos ofrece sugerencias muy precisas.

No todas las prácticas penitenciales son agradables a Dios.

No podemos hacernos ilusiones de que cualquier mortificación sea bien vista en el cielo.

Ni podremos salir del paso con la excusa de que todo se hace por él. Y lo esencial es demostrarle nuestro amor. El modo no cuenta.

También en este campo nuestro amor al Señor debe manifestarse en un amor concreto hacia aquellos que son sus predilectos: los pobres, los que sufren, los abandonados.

Por eso las mortificaciones más aptas para expresar nuestro amor son aquellas de que pueden beneficiarse los otros, de manera especial los débiles, los marginados.

Nuestras privaciones voluntarias atraen la benevolencia de

Dios, si no quedan en simples privaciones; sino que resultan un elemento positivo, un acto de amor, esto es, un suplemento de dedicación, de servicio a los demás.

Los otros son los que deben gozar del fruto de nuestras privaciones, y consiguientemente verificar su autenticidad.

De lo contrario, el que se mortifica repite el gesto triste del avaro que repone celosamente en la caja fuerte espiritual los propios «méritos».

Nuestro ayuno vale en cuanto alguien se beneficia de él.

En la vida de Moisés, tal como se refiere en la tradición rabínica, se lee este episodio singular.

En el desierto, Moisés encontró a un pastor. Después de haberle ayudado a ordeñar las cabras, se da cuenta de que aquel hombre, al caer la tarde, llena una escudilla de la mejor leche y va a colocarla sobre una piedra a poca distancia.

El pastor explica así su gesto, que repite puntualmente todas las tardes:

—Es la leche para Dios.

Y, ante la sorpresa de Moisés, precisa:

—Pongo siempre aparte la leche mejor y la ofrezco a Dios.

—¿Y viene Dios a beberla? —pregunta con ironía Moisés.

—Sí —responde con seguridad aquel pastor de fe ingenua.

—Mira, estás en un error, explica con paciencia Moisés —evidentemente ya entonces había gente que se preocupaba de «purificar» la fe de los otros de las impurezas de la «credibilidad»... —, Dios es espíritu puro. No tiene cuerpo. Por tanto no puede beber la leche.

El otro quedó preocupado con aquella explicación.

Para disipar las últimas dudas del alumno, Moisés le propuso lo siguiente:

—¿No estás convencido? Entonces, tienes que hacer esto. Esta tarde, escóndete tras aquel matorral y observa si Dios viene a beber la leche.

El otro aceptó la propuesta. Cuando oscureció, el pastor fue a ocultarse tras su escondite y montó la guardia. Era una noche de luna. En un momento dado llega del desierto, trotando, un zorro. Es desconfiado. Mira al rededor. Una vez seguro de que no hay nadie por allí, se acerca a la escudilla de la leche y la vacía en un santiamén. Y se aleja a toda velocidad.

—Tenías razón —dice desconsolado el pastor cuando al día siguiente encontró a Moisés—, Dios es espíritu puro y no sabe qué hacer con la leche...

—Deberías estar contento —le anima Moisés— ahora que sabes algo más acerca de Dios y te has librado de la ignorancia.

—Es verdad... Pero ahora —le replica el pastor—... me ha sido arrebatada la única ocasión que yo tenía de demostrarle mi amor.

Durante la noche, el Señor reprendió a Moisés duramente:

—Te has equivocado. Es verdad que soy espíritu puro. Pero también es verdad que aceptaba con mucho gusto la leche que me ofrecía el pastor como una prueba de su amor. Y... como no tenía necesidad de la leche, la compartía con el zorro que ciertamente es muy goloso.

Intenta reflexionar.

¿Qué familiaridad tienes con la mortificación?

¿Estás seguro de que tus mortificaciones son agradables a Dios? ¿Por qué?

¿A quién son útiles tus mortificaciones?

¿Se traducen en un acto de amor, no sólo hacia Dios sino también hacia el prójimo?

¿La penitencia hace crecer en ti, además del amor a Dios (difícil de medir), el amor a los demás (fácil de comprobar en términos concretos)?

Ten presente que la mortificación es igual para todos en cuanto que es una exigencia fundamental de la vida cristiana. Pero no es igual en cuanto a la «forma». Un estilo de vida implica un determinado tipo de mortificación distinto del que exige otro género de vida. La forma de mortificación de un sacerdote será distinta de la forma de mortificación de una madre de familia o de un obrero.

La mortificación de una comunidad monástica tendrá formas distintas de las de una comunidad dedicada a enfermos o a la enseñanza.

Una religiosa de vida activa, debiendo expresar su propia consagración en un servicio concreto y directo a los hermanos, deberá escoger aquel tipo de mortificación que le haga más disponible, más equilibrada, más serena, más paciente y... más sonriente en aquel servicio.

Así pues, ¿el viejo, el enfermo, el niño a los que hoy te acerques caerán en la cuenta de tu mortificación, porque recibirán de ti un suplemento de alegría y de comprensión?

Solamente si el pobre se siente más amado, el Señor podrá creer en el amor que quieres demostrarle con tus mortificaciones.

Sólo si el prójimo recibe más amor, tus privaciones no habrán sido inútiles, y no habrán servido únicamente para alimentar tu orgullo espiritual.

Sábado

Mirad: ayunáis entre riñas y disputas, dando puñetazos sin piedad. No ayunéis como ahora, haciendo oír en el cielo vuestras voces... (Is 58, 4).

En una comunidad de las islas Seychelles, cada año, al llegar la cuaresma, se debatía el mismo problema: la elección de la «mortificación común». Y siempre, indefectiblemente, se encontraba la solución, más bien deprisa: «Nos privamos de ver el telediarario». Y así durante más de diez años (después, he perdido el contacto con las islas Seychelles...).

A parte de la falta de imaginación, lo absurdo era que alguno, alérgico precisamente al telediarario y a todos los programas televisivos, gozaba en imponer a los otros aquella mortificación que, para él en concreto, se convertía en un auténtico goce (el gozo de la privación de los otros...). Precisamente aquel individuo habría tenido necesidad urgente de «mortificar» su propia mezquindad, su pobreza de ideas, su falta de horizontes, y no sólo viendo, sino meditando tal vez el telediarario, hasta conectar con los verdaderos problemas de un mundo en el que —mientras no se pruebe lo contrario— estaba llamado a encarnar la propia consagración religiosa.

Pero poco importa. En nombre de la mortificación, a veces, se pueden fomentar las más descaradas perezas y cortedades mentales.

Las personas aparentemente más «devotas» son con frecuencia muy hábiles para escoger aquellas penitencias que les gustan o también aquellas... menos oportunas.

Pablo VI advierte: «Los religiosos deberán entregarse más que los simples fieles a las prácticas de penitencia y de mortificación». Pero insiste inmediatamente: «Los institutos revisarán, si es necesario, sus propias observancias penitenciales de manera que, teniendo en cuenta las tradiciones, tanto de oriente como de occidente, y al mismo tiempo las condiciones actuales, sus miembros puedan realmente practicarlas, también con formas nuevas de acuerdo con el actual modo de vida» (Motu Proprio *Ecclesiae Sanctae*, II a. 22).

Así pues, la fantasía también tiene cabida en el campo de la mortificación, desde el momento que se trata de inventar «formas nuevas».

Aquí quisiera subrayar aquellas «formas nuevas» que favorecen el clima de la vida común.

En la meditación de ayer hemos dicho que, en último término, el prójimo es quien debe beneficiarse de nuestras privaciones, si queremos que nuestros ayunos sean gratos a Dios.

Ahora podremos completar (y también el capítulo 58 de Isaías es más bien explícito a este respecto): hacia el prójimo más próximo es hacia quien deben orientarse nuestras mortificaciones. O sea, es la comunidad la que debe beneficiarse de las prácticas penitenciales de cada uno. La comunión de las personas es la que tiene que reforzarse y mejorarse por las «privaciones».

Recuerdo que un compañero de seminario tenía fama de entregarse a penitencias duras. Nosotros advertíamos sus mortificaciones extraordinarias porque, ciertos días, resultaba intratable, aparecía raro y huraño y había que acercarse a él con todas las precauciones, como cuando hay que andar con materiales explosivos. ¡Qué contradicción!

Una persona mortificada, por el contrario, debería «dar muerte» a su egoísmo, al propio «yo» dividido, a los propios cambios de humor, a la propia avidez y prepotencia, pequeñeces, envidias, y proporcionar a la comunidad una aportación de alegría, paz, serenidad, confianza y compasión de las miserias de los otros.

Una persona mortificada no es una persona que se limita a «dar palos» al propio cuerpo, sino que golpea también a su espíritu, o sea la propia mentalidad, los propios prejuicios y la propia vanidad. Y se manifiesta tolerante, abierta al diálogo, respetuosa con las opiniones ajenas.

Una persona mortificada descubre «formas nuevas», por ejemplo, en el saber aceptar las diferencias del otro. O también renuncia a la inercia de la costumbre para acoger el dinamismo de lo nuevo.

Y, sobre todo, es una persona que renuncia a reflexiones de este tipo: «Yo tengo razón», «no es cosa mía», para dar el primer paso hacia el restablecimiento de la comunión, si es que se hubiera roto.

En las *Vitae Patrum* se lee el siguiente episodio:

«Epifanio, obispo de Chipre, envió una vez a Hilarión abad esta embajada: 'Llégate hasta mí para que podamos conocernos antes de que abandonemos el cuerpo'. Cuando estaban juntos, sentados a la mesa, se les presentó carne de ciertas aves y el obispo la puso ante Hilarión. Y el anciano dijo inmediatamente:

—Perdóname, oh padre. Desde que tomé el hábito monástico no he osado jamás comer carne matada.

Y el obispo respondió:

—Yo, por el contrario, desde que llevo las insignias episcopales, no he permitido nunca que alguien se acueste teniéndome rencor, y no he sido capaz de dormir antes de reconciliarme con quien me había contrariado.

Entonces dijo el anciano:

—Perdóname, oh padre; tu progreso en el camino de la vida está mucho más allá del que yo he logrado».

Para terminar, dos preguntas muy simples:

¿Cuál es la aportación que hoy te decides a prestar, con tus mortificaciones, al clima, a la serenidad del ambiente en que vives?

¿No has pensado alguna vez que la mortificación puede ser el precio doloroso a pagar en favor del *buen tiempo* en tu comunidad?

Cita con el perdón

Te cubrirá con sus plumas,
bajo sus alas te refugiarás

(*Antifona de comunión
del primer domingo de cuaresma*).

¡No tengas piedad de mí, oh Dios!

Domingo

El Señor envió a Natán donde David. Entró Natán ante el rey y le dijo: «Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes, el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó una visita a casa del rico; y, no queriendo perder una oveja o un buey para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidó a su huésped». David se puso furioso contra aquel hombre y dijo a Natán: «¡Vive Dios que el que ha hecho eso es reo de muerte! No quiso respetar lo del otro, pues pagará cuatro veces el valor de la cordera». Entonces Natán dijo a David: «¡Eres tú!» (2 Sam 12, 1-7).

David había preparado las cosas a la perfección. Aprovechándose de su poder, había mandado a Uriás a la primera línea del frente para hacerle atravesar por las flechas enemigas. El plan se había llevado a cabo perfectamente. Ahora podría disponer tranquilamente de Betsabé sin tropezar con aquel intruso de su legítimo marido. Todo en regla, sin escándalo, nadie podría echarle nada en cara.

Para los llamados grandes, lo esencial es salvar las apariencias externas, dado que la conciencia ha sido debidamente anestesada. No importan las porquerías, con tal que la fachada aparezca irreprochable.

Pero Dios, a quien no habían gustado todas aquellas sucias maniobras, manda a Natán para destruir la fachada y para despertar a fuerza de golpes la conciencia del rey.

El profeta toma carrerilla. A los poderosos no les gusta que les echen en cara sus culpas, y por eso hace falta un mínimo de cautela.

Y así Natán cuenta la historieta del ricachón que lleva a cabo aquel vergonzoso abuso contra un pobre hombre. Y mientras lo cuenta observa las reacciones del rey, quien, según lo va oyendo contar, se va excitando, escandalizando, enfureciendo cada vez más. Natán, muy hábilmente, calibra los matices de la fábula hasta provocar en David la mayor indignación. Y cuando el rey grita toda su indignación, le señala implacablemente con el dedo y le dice:

—¡Eres tú!

Ahí tenéis. La palabra de Dios es esencialmente reveladora del pecado. *Mi* pecado.

Yo, habituado a divagar, a perderme en los meandros de las justificaciones, de los atenuantes, de los alibi cómodos.

Yo, empeñado en descubrir la culpa de los otros y en manifestar mi escándalo.

Yo, dispuesto siempre a minimizar mis faltas hasta hacerlas invisibles (y la memoria —por su parte— se encarga de olvidarlas puntualmente, con todo lo que tiene que trabajar para no dejar pasar las gigantescas, por otra parte, de los otros...).

Pero en un momento dado, llega la palabra que me inmoviliza: —¡Eres tú!

El culpable eres tú, no el otro.

Es tu pecado, no el del prójimo.

Si quiero descubrir la grandeza del perdón de Dios, debo aceptar, antes que nada, dejarme echar en cara, por su palabra, mi pecado. No se puede entender ni gustar el perdón, si no se toma lúcidamente conciencia de la propia culpa.

«Ten misericordia de mí, ¡oh Dios!» (Sal 50, 1).

Sí, ten misericordia de mí sobre todo... no teniendo de ningún modo misericordia.

O sea, revelándome mi pecado, crudamente, sin términos medios, sin diplomacias, sin discursos matizados.

Y diciéndome, duramente, que lo que he hecho ha sido una enormidad, no una majadería.

Sólo captando mi pecado como *enormidad* podré descubrir la enormidad de tu misericordia y de tu perdón.

Aquel que no está en su puesto

Lunes

Quando Israel era joven le amé, desde Egipto llamé a mi hijo. Cuando le llamaba, él se alejaba... (Os 11, 1-2).

En las primeras páginas de la Biblia resuena, inquietante, una pregunta:

—Adán, ¿dónde estás?

El «rey del universo», apenas entronizado, no se deja encontrar en su puesto.

El hombre no está donde debería.

Este es el pecado.

Adán ha ido a esconderse. No se deja encontrar en el momento de la cita de Dios. Rechaza el encuentro, el diálogo, la amistad. Da la espalda al amor.

En hebreo la palabra que traducimos por «pecar» significa, literalmente, *faltar la señal*, no hacer blanco.

Y esto no implica solamente un error de valoración, de juicio, sino algo que va mucho más allá de la esfera intelectual: o sea, precisamente, una meta no alcanzada, un objeto no conseguido.

El que peca no da en el blanco de la propia vida, echa a perder el proyecto que Dios tiene sobre él.

Hay otra palabra, en el lenguaje bíblico, que traducimos habitualmente por «iniquidad»: *áwôn*. Pero esta palabra significa más exactamente «desvío», *dislocación*. «Iniquidad significa que la realidad ha llegado a ser lo que no debía»¹.

1. J. L. McKenzie, *Dizionario biblico*, Assisi. Muchas de las observaciones de este capítulo están inspiradas en la palabra «peccato» de esta obra.

Existe también en la sagrada Escritura una imagen muy expresiva: el pecado es semejante al orín que corroe una vasija de metal (cf. Ez 24, 6). O sea, el pecado no es sólo una falta contra Yahvé, sino contra el mismo individuo que la comete.

El pecado es una corrupción de la persona.

Pecar no quiere decir solo, genéricamente, hacer el mal, sino *hacerse el mal*.

— El pecado es, en efecto, lo que impide nuestra realización. Es lo que va contra nosotros. Es lo que desfigura nuestra identidad.

Nos odiamos más de lo que creemos.

La misma realidad del pecado como «ruptura de una comunión», de un pacto, de una alianza —tema muy frecuente en la Biblia— se inserta en este contexto del mal inferido a sí mismo.

El hombre, llamado efectivamente a la comunión, al diálogo de amor con Dios, rompiendo esta comunión termina por romper su mismo equilibrio y se condena a un monólogo de soledad y de muerte. Al interrumpir su relación con Dios, se desintegra a sí mismo.

En este sentido el pecado es una perfecta locura. Por esto al pecador se le define, sin muchos miramientos, con una palabra: «necio».

«¿Así pagáis al Señor, pueblo insensato y necio?» (Dt 32, 6).

Pecador es, pues, aquel «que se hace necio», que se provoca complicaciones, voluntariamente.

Quisiera añadir, a estas características del pecado, ofrecidas por la Biblia, algunas consideraciones de un escritor actual, Gustave Thibon.

1. *El pecado como limitación.* «Al hombre se le tira por tierra y cae de una parte, de un lado de sí mismo. ¡Cada caída es unilateral! Caminar, sin embargo, es un acto armonioso, en el que cada parte del cuerpo tiene su cometido. Se camina con todo el ser, pero se cae de un lado...».

2. *El pecado como rechazo y negación de sí mismo.* En toda acción humana la persona está llamada a formarse en la entrega y en la comunión con Dios y con los otros. Por eso cada pecado, rechazo de esta comunión, es *un rechazar la propia formación*. Es un no querer crecer, no querer realizar la propia misión. Es una fijación y un inmovilismo doblado sobre sí mismo.

3. *El pecado como elección de una parte insignificante.* «En el infierno no se priva al condenado de algunos de los bienes que él prefirió a Dios. Solamente ve la vanidad, la desproporción de

estos bienes, y no puede forjarse ilusiones a propósito de ellos. Y en esto consiste la tortura. La verdad irrumpe y el condenado mide sus propias equivocaciones... La condenación consiste en el pleno goce de lo que se posee, unida a una lúcida conciencia de lo que no se tiene. Una especie de torturante laceración entre la posesión del bien elegido, que es la nada, y la visión del bien rechazado, que es el todo»².

Como puede advertirse, todo esto se reduce a un común denominador: la necedad.

La necedad de quien no se deja encontrar allí donde debería estar.

La locura de quien se engaña pensando que la mejor manera de alcanzar una meta consiste en esconderse.

La tontería de quien cree alcanzar todo, escogiendo la nada.

2. Cf. *L'échelle de Jacob*, París.

Martes

Caín ofreció al Señor dones de los frutos del campo, y Abel ofreció las primicias y la grasa de sus ovejas. El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, y no se fijó en Caín y en su ofrenda; por lo cual Caín se enfureció y andaba abatido. El Señor dijo a Caín: «¿Por qué te enfureces y andas abatido?». Ciertamente, si obraras bien, estarías animado; pero si no obras bien, el pecado acecha a la puerta; y aunque viene sobre ti, tú puedes dominarlo. Caín dijo a su hermano Abel: «Vamos al campo». Y cuando estaban en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató. El Señor dijo a Caín: «¿Dónde está Abel, tu hermano?». Respondió Caín: «No sé; ¿soy yo el guardián de mi hermano?» (Gén 4, 3-9).

A la primera pregunta reveladora del pecado del hombre, «Adán, ¿dónde estás?» sigue otra: «Caín, ¿dónde está Abel, tu hermano?».

La ruptura de relaciones con Dios lleva consigo no sólo una desintegración de la persona —privada de su núcleo constitutivo— sino también una ruptura de las relaciones con los hermanos.

El destino del hombre es la unidad.

El hombre es un «ser comunal». Ha sido creado para vivir en armonía con Dios, consigo mismo, con los hermanos, con todo lo creado.

Por el pecado se rompe el equilibrio y nace el hombre «dividido», separado, atomizado.

Separado de Dios.

Dividido en sí mismo, desgarrado por tendencias disgregadoras.

Separado de los otros que se han convertido en extraños, y hasta en enemigos.

Y está en guerra también con la creación, que arrastrada por el desorden, se le ha hecho también hostil.

De la unidad, pues, ha saltado a la multiplicidad hostil.

El hombre, rechazando la conversación con Dios, se condena a la soledad, al monólogo estéril del propio egoísmo.

Soledad del «yo» separado. A todos los niveles.

Luego el pecado hace saltar todas las relaciones.

El pecado no es solamente un asunto entre la criatura y Dios. Otros muchos se sienten «afectados».

Aun el pecado más personal, más escondido, tiene consecuencias sociales.

Es como un desprendimiento de tierra que arrastra en su fuerza destructora a un sector tan grande como el mundo.

Camus usa la palabra exacta: «epidemia». «Sé a ciencia cierta que cada uno lleva consigo la peste y que nadie, no, nadie en el mundo está inmune de ella. Y que es necesario vigilarse sin tregua para no ser empujados, en un momento de distracción, a respirar sobre el rostro del otro y transmitirle el contagio. El microbio es una cosa natural. Lo demás, la salud, la integridad, la pureza, son efectos de la voluntad y de una voluntad que no debe pararse jamás. El hombre honesto, el que prácticamente no infecta a nadie, es el que tiene el menor número posible de distracciones».

La dimensión social del pecado tiene ya un sólido fundamento en el antiguo testamento.

«Según la carta magna de la alianza, el decálogo, el amor a Dios y el amor a los hermanos son dos aspectos inseparables del único «sí» al Dios de la alianza. Por eso, los profetas llamando al pueblo a la fidelidad de la alianza, denuncian y condenan a la vez lo mismo *la idolatría que las injusticias* que se dan en el pueblo. Ellos anuncian con fuerza que Dios aborrece un culto aún espléndido, pero superficial y formalístico porque no va acompañado del sentido y del ejercicio de la justicia y del respeto a los demás hombres. También en el nuevo testamento el amor a Dios y el amor a los hermanos aparece tan inseparablemente unido, que Cristo acepta como hecho a sí mismo lo que se hace en favor de los hermanos. Por eso el perdón y la reconciliación con los hermanos es condición y presupuesto para un culto verdadero a Dios y para poder alcanzar el perdón y la reconciliación con Dios.

«La fidelidad a la alianza es, pues, amor a Dios y amor a los hombres, es compromiso en favor de la construcción de aquel reino de verdad, de justicia, de amor y de paz prometido por Dios a los hombres como incluido en su oferta de alianza e inaugurado

definitivamente por el acontecimiento de Cristo. Por eso, el pecado, como rechazo de la alianza, como «no» del hombre al proyecto y a la llamada divina, es también y necesariamente rechazo de la comunión con los demás hombres, es negación a construir juntos el futuro común prometido por Dios, más aún es oposición a la edificación del reino de Cristo en su dimensión personal y social.

«No existe, pues, ontológicamente, un amor de Dios puramente individualístico y privado que no influya y se manifieste en el amor hacia los otros hombres. Y por lo mismo *no existe*, ontológicamente hablando, *un pecado puramente individual y privado*. El pecador, al rechazar la llamada de Dios a su amor y al amor a los otros hombres, se cierra en su egoísmo. Y esta postura suya egoísta influye —negativamente— en los otros, en la comunidad, en la sociedad. Este influjo puede ser ante todo explícito y directo, cuando un pecador propone o arrastra al mal a otra o a otras personas; cuando una persona con su acción o con su postura inmovilista (su omisión) descuida sus deberes y su responsabilidad social, profesional, política e internacional.

«Pero aun el pecado más 'íntimo' tiene una dimensión social y ejerce de una manera implícita, un influjo negativo en los otros, considerados como personas o como sociedad. Porque la opción fundamental del pecador, en el sentido de cerrarse en sí mismo, no queda como una postura puramente interior, sino que se objetiva y se encarna en la acción, que incide necesariamente en la sociedad y en el mundo.

«Así pues, en virtud de la dimensión histórico-social (mundana) del hombre y del proyecto divino con respecto a él, cualquier manera del vivir del hombre en el mundo como persona que rechaza el amor y la llamada de Dios, influye necesariamente en el rechazo de los otros. Inaugura o confirma una situación existencial de egoísmo; acepta, ratifica y corrobora aquel «existencial negativo» que es el reino del pecado en el mundo, esto es, aquellas situaciones y estructuras injustas y opresivas que amenazan la libertad, la justicia y la paz entre los hombres»¹.

P. Ricoeur se expresa muy incisivamente: «El pecado se encuentra en el corazón, en el punto donde surgen las relaciones con los otros. Por eso el pecado que denuncian los profetas es, inseparablemente, *iniquidad en la persona y herida en la comunidad humana*».

1. J. Ramos-Regidor, *Il sacramento della penitenza*, Torino 1971, 84 s (de próxima aparición en Ediciones Sígueme).

Quizás, dada nuestra sensibilidad individualista, con frecuencia dejamos escapar esta dimensión social del pecado. Con el pecado yo digo «no» y empobrezco a la iglesia. Digo «no» y empobrezco a una comunidad.

Es en esta perspectiva social del pecado donde el sacramento de la penitencia asume en toda su importancia el aspecto comunitario.

«Quienes se acercan al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de la ofensa hecha a él y al mismo tiempo se reconcilian con la iglesia a la que hirieron pecando, y que colabora a su conversión con la caridad, con el ejemplo y las oraciones» (*Lumen gentium*, n. 11).

El perdón sacramental que me otorga el sacerdote no solamente es inconcebible al margen del vínculo que une al ministro con la iglesia y de los poderes que ella le confiere. Sino que este gesto de perdón significa además un *re-injertarse* en la comunidad. Es una reconstrucción de la unidad rota, una recomposición de la armonía destruida.

«Si, para la fe cristiana, la solidaridad entre los hombres se funda, como en su razón última, en Cristo Jesús, esto significa que él sólo es capaz de reconstruirla cuando ésta se deshace. La redención de Cristo significa precisamente la victoria sobre el pecado, como odio, violencia y desunión y la restauración de la unidad en el amor: 'Jesús debía morir por el pueblo pero para reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos', dice Juan a propósito de la pasión de Cristo.

«La redención de Cristo como acción unificante continúa hoy en el mundo mediante gestos que son propiamente suyos y que se llaman 'sacramentos': éstos se realizan actualmente por Cristo mediante un instrumento humano: la iglesia, que delega a un ministro suyo para poner el gesto visible sacramental»².

Con el pecado he dicho «no» a la comunidad. La he hecho daño, la he empobrecido.

Con el perdón sacramental el sacerdote me comunica no sólo el «sí» de Dios, sino también el «sí» de todos los otros miembros de la comunidad eclesial.

Soy de nuevo aceptado y recibido.

Para caminar juntos. Para construir juntos.

En el signo de la unidad reencontrada en Cristo.

2. *Pace con la chiesa, Celebrazioni comunitarie della penitenza*, Torino.

El punto de vista de Dios sobre el pecado

Miércoles

Vuelve, Israel rebelde, dice el Señor. No estará airado mi semblante contra vosotros, porque soy misericordioso, dice el Señor. No guardo rencor para siempre. Tan sólo reconoce tu culpa... (Jer 3, 12).

Y ahora ¿qué pensará de mí el Señor? ¿Cómo me va a mirar? ¿Cómo me tratará?

Después del pecado, después de haber roto mis relaciones de amor con Dios, es normal que afloren en el ánimo estas preguntas.

También David se las planteó después del crimen cometido y que le fue echado en cara crudamente por Natán ¹.

Dios le había hecho unas promesas concretas, le había llamado a realizar un proyecto grandioso.

Y ahora resulta que ha cometido un crimen horrible, liquidando a Urías de aquella manera tan sórdida.

Ha «errado el blanco de la propia vida». Ha traicionado al Dios «fiel». Ha malogrado su proyecto.

¿Serán aún válidas las promesas de Yahvé? ¿O más bien habrá sonado la hora de la venganza divina, del justo castigo?

Todo parece indicar que la segunda hipótesis es la válida.

El niño nacido de Betsabé muere.

1. Esta reflexión la desarrolla B. Bro, *On demande des pécheurs*, Paris 1969, 33 s.

Miércoles

37

Y como si esto no bastara, Absalón, el hijo mayor, se le ha revelado, provocando una división en el reino. El mismo se ha visto obligado a huir de la capital, y ahora es buscado despiadadamente por el hijo.

En esta situación, después de lo que ha hecho ¿podrá contar David todavía con la ayuda divina? ¿O no es el mismo Dios quien le persigue para castigarlo?

¿David ha perdido de verdad todo?

La respuesta se la van a dar los acontecimientos.

Lo que le va a venir encima, en su propia carne, hará patente lo que Dios piensa de él.

Se está combatiendo la batalla decisiva. El rey ha encomendado a sus más leales respetar la vida del hijo, en caso de que sea hecho prisionero. Pero el mismo comandante Joab «tomó tres dardos en su mano y los clavó en el corazón de Absalón, que había quedado colgado entre el cielo y la tierra trabado en la rama de una encina.

La escena que sigue es de las más sugestivas.

Dos mensajeros corren a anunciar al rey la victoria. Pero la preocupación de David está muy lejos de este anuncio:

—¿Está bien el joven Absalón?

El primer mensajero intuyó el drama del padre y evita, con mucha delicadeza, responder a aquella pregunta embarazosa: «...yo... vi un gran tumulto, pero... no sé qué era...».

El segundo, sin embargo, que es un bruto mercenario etíope, le espeta despiadadamente la verdad: «Que les suceda, como a ese joven, a todos los enemigos de mi señor el rey...».

«Entonces el rey se estremeció. Subió a la estancia que había encima de la puerta y rompió a llorar. Decía entre sollozos: 'Hijo mío, Absalón; hijo mío, hijo mío, Absalón! ¿Quién me diera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!'» (2 Sam 19, 1).

En este momento David descubre la respuesta de Dios a su pregunta angustiada.

«No se trata ni de cólera ni de venganza. En realidad, más allá del descorazonamiento y del miedo frente a lo que ha sido la perversidad del hijo, reencuentra en sí mismo algo más profundo: un poder creador de bondad y de misericordia, de sentimientos de infinito afecto» (B. Bro).

Y aquí para el rey la conclusión resulta más bien simple: si yo, que soy tan malo, miserable y mezquino, estoy dispuesto a ocupar el lugar de mi hijo —después de todo lo que me ha hecho— con tal de poderle devolver la vida, con mayor razón *Dios quiere la vida*. El, que es padre, que es amor infinito, ciertamente me ha perdonado, ha borrado en su corazón mi vergonzosa infidelidad.

En suma, David, en su drama familiar, se convierte en imagen —aunque imperfecta y pálida— del Dios que es perdón, misericordia y vida.

«Quién me diera haber muerto en tu lugar...». Lo que David no puede hacer, Dios lo hará en la persona de su hijo.

Morirá en vez de morir nosotros. Para darnos la vida.

El célebre violoncelista Pablo Casals solía rezar así al final de la jornada: «Señor, perdóname, también hoy he sido una bestia. No lo haré más».

Desde el punto de vista de Dios, esto puede bastar.

¿Remiendo o creación?

Jueves

Y estando Jesús en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos. Los fariseos al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?». Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa *misericordia quiero y no sacrificios*; que no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores» (Mt 9, 10-13).

• La palabra de Dios no se limita a revelar al hombre su pecado (episodio de David y Natán).

La palabra de Dios se hace «carne» y viene a buscar al pecador.

Dios no se contenta con iluminar al pecador; con hacerle caer en la cuenta de su culpa, sino que se hace promotor del encuentro para regalarle el perdón.

◀ Se ha observado certeramente que los enfermos son llevados a Cristo. Pero a los pecadores va él a buscarlos. Va a su encuentro. Se sienta a la mesa de ellos, con grave escándalo de los «puros».

Cristo no habla a los pecadores con generalidades.

Ni habla del pecado con fórmulas abstractas. El es médico y no se ocupa de las enfermedades de un modo genérico. Se ocupa y se preocupa de cada uno de los aquejados por el mal del pecado.

Se acerca a los pecadores de uno en uno (la Samaritana, Zaqueo, la adúltera, María de Magdala, el ladrón, Pedro...). Se recuperan a través de la relación personal, directa, hecha de comprensión, confianza, discreción.

A este propósito quisiera subrayar dos aspectos fundamentales del perdón otorgado por Cristo.

1. Lutero usa una expresión muy incisiva. Dice: *Cristo no quita el pecado del hombre, sino que quita al hombre del pecado.*

Una cierta mentalidad «fiscal» nos ha llevado a preocuparnos del pecado casi exclusivamente en términos de cantidad, de número. Ciertos exámenes de conciencia se reducen a un análisis minucioso de cada una de las culpas, a un catálogo detallado de faltas.

Hemos olvidado que el pecado, más que un acto, es una orientación equivocada de nuestra vida. Más que una acción aislada o una serie de acciones, es una opción, una elección fundamental equivocada. Los actos no son más que una consecuencia de aquella orientación o de aquella elección.

(Por eso, quizás tantas confesiones nuestras, revelan solamente nuestra ansia de dejar en paz la conciencia, más que de decidir una verdadera conversión, o sea un cambio de relaciones, de dirección. Porque no sabemos atajar el mal en la raíz y nos contentamos con eliminar los malos frutos).

Ahora bien, Cristo, más que quitar el pecado del hombre —como podría quitarse la mancha de un vestido (es la comparación que me ponían en los años de catecismo...)— quita al hombre del pecado. O sea, saca al hombre del camino equivocado y lo coloca en una perspectiva completamente opuesta. Quisiera decir que no se limita... a hacerle la respiración artificial. Lo lleva a un lugar donde pueda respirar libremente, a un espacio sin fronteras, sacándolo de aquella prisión en que se ahogaba.

El perdón es un cambio de dirección. Es posibilidad de vida nueva. Es cambio de ruta. Es creación. Es novedad.

Es un principio, no una tachadura.

El perdón es un acto de creación, no una simple «reparación de daños».

Y así llegamos a la segunda observación.

2. Pablo tiene una frase sorprendente: *Con la gracia no sucede como con el delito* (Rom 5, 15).

G. Thibon, comentando esta expresión dice: lo que el hombre repara no es más que un miserable remiendo. Postizo, precario. Más pobre que lo anterior.

Pero lo que Dios repara resulta más «virgen» que lo que fue en su integridad primitiva.

Pecar no es infringir una ley, sino malgastar, derrochar, arruinar algo de verdad profundo, virgen, frágil.

Pero «con la gracia no sucede como con el delito».

Porque el pecado es obra del hombre.

La gracia, por el contrario, es obra de Dios-hombre, de Dios en el hombre.

Pecado son los desastres que nosotros preparamos.

Gracia es la sonrisa de benevolencia de Dios que toma por la mano a la criatura «desfigurada» y la rehace.

Gracia es creación, no reparación.

Gracia es algo que te hace nuevo, no un arreglo hecho de cualquier manera.

Así pues, ser perdonados significa ser *rehechos*, reconstruidos.

Cristo que se inclina hacia mí, no se limita a curarme las heridas para que después de la caída, y quizás cojeando, pueda proseguir el camino.

No. No me siento mejorado.

Me encuentro «nuevo», joven, íntegro, inocente.

Y advierto que estoy caminando con él pero por otro camino...

¡Anda, de ahora en adelante tienes que hacer de papa!

Viernes

Habiéndose aparecido Jesús a sus discípulos, y comiendo con ellos preguntó a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?». El le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos»... (Jn 21, 15).

Y a Pedro le llegó la hora de arreglar cuentas ante el interesado después de aquella faena de la negación, decididamente escabrosa.

Ya se habían visto una vez. Pero Jesús no pudo pararse entonces. Solamente una mirada, que bastó para hacer correr las lágrimas sobre el rostro del culpable.

Sin embargo ahora es inevitable un encuentro comprometido y cara a cara.

Se aclara el asunto.

Pues sí que has sido roca fuerte, Pedro. Has sucumbido penosamente ante la respiración de una mujerzuela.

¿Dónde quedaron tus promesas de fidelidad a prueba de bomba?

Y pensar que debías ser el fundamento de mi iglesia... Encargado de dar solidez a tus hermanos.

¿Cómo puedo aún fiarme de ti? Con esa prueba de cobardía que has dado me veo obligado a retirarte la confianza...

Nada de eso.

«No he venido a juzgarte. Ya no recuerdo más tu ruindad. Soy el primero en volver a ti, después de la faena que me has hecho. Y vuelvo a ti únicamente para preguntarte si todavía me

Viernes

43

amas, si tu remordimiento, que sin duda es grande, no ha destruido en ti la amistad que nos unía. Si el sentimiento de culpabilidad que experimentas con relación a mí, no habrá quizás secado en ti la fuente del amor. Ni siquiera te digo como a los que me clavaron en la cruz, que te perdono; aquellos no me querían; mejor dicho no habían entendido que les amaba. Pero a ti, que me amabas, que compartías mi existencia cotidiana, sólo te pregunto si todavía me amas, si estas dramáticas jornadas pascuales no han matado en ti el amor. Solamente te pregunto eso. Porque eso es lo esencial. Es lo único necesario para *tu* felicidad y para tu alegría»¹.

En este episodio se hace evidente la diferencia entre reprensión y perdón.

La reprensión vuelve a hacer presente la falta. El perdón la aleja hasta hacerla desaparecer.

Con la reprensión se *echa en cara* una culpa que pertenece al pasado, se la hace todavía actual. Con el perdón, Cristo nos echa en cara —o sea nos pone delante— el futuro, nuestras posibilidades (y no nuestros defectos).

La reprensión termina por hacer replegar al individuo sobre sí mismo, sobre su pecado. Con el perdón Cristo *nos hace salir del pecado*.

La reprensión con frecuencia es estéril. El perdón, que es ofrecimiento de amor, siempre es creador.

Con la reprensión se demuestra que se conoce a una persona y sus culpas. Cristo, por el contrario, con el perdón más que conocernos, demuestra que nos *inventa*. Inventarnos «distintos».

La reprensión nos obliga a mirar hacia atrás. El perdón nos obliga a mirar hacia adelante.

Cristo cierra el pasado. Lo hace desaparecer definitivamente. Ya no existe. Y no es que lo mantenga oculto, acaso, para echarnoslo en cara, cuando llegue el momento oportuno.

Cristo nos entrega el futuro.

Se ha observado con mucha agudeza que la penitencia que Cristo impuso a Pedro fue el encargo que ya antes le había confiado. Como si dijese: «¡Anda, de ahora en adelante tienes que hacer de papa!». «Aho-~~a~~a que te he enseñado cómo se hace... sabrás confesar, sabrás perdonar los pecados de los otros...» (L. Evely).

También a nosotros nos pone el Señor este tipo de penitencia comprometedora.

«Ahora anda... Pongo en tus manos el porvenir».

El perdón, más que saldar una cuenta con el pasado, abre una cuenta con el futuro.

1. A. Monjardet, *Autre église, autre foi*, Paris 1967.

Sábado

El Señor os ha perdonado: Haced vosotros lo mismo (Col. 3, 13)

* Solamente aquel que ha saboreado hasta el fondo la alegría de sentirse perdonado, descubre la alegría de perdonar.

Quien se siente objeto del amor desmedido de Dios, es capaz a su vez de volcar su amor sobre los otros hasta el gesto del perdón.

No es posible hacer la experiencia de la misericordia divina sin «aprender» el gusto del perdón.

Una persona incapaz de perdonar no sólo es incapaz de amar, pero ni siquiera sabe que es amada, que es perdonada por Dios.

Hablando del perdón, nos limitamos muchas veces a subrayar la dificultad, y hasta el heroísmo. Pienso que deberíamos sobre todo descubrir en él la belleza y su dimensión de novedad.

1. EL QUE PERDONA ES UN REVOLUCIONARIO

Es el que no se resigna a un estado de cosas. Que rehúsa hacer siempre lo mismo.

El mundo está enfermo de costumbres. Se envejece por fuerza de la costumbre.

Todos somos «repetidores» incorregibles. Solamente hemos ap endido a repetir tales determinadas acciones, como jugadas de un juego aburrido. Tú me has hecho esto, y yo te hago lo mismo. Tú obras así, y yo te respondo de la misma manera. Tú estás de morros y yo permanezco en mis trece.

Qué aburridos son nuestros círculos viciosos de ofensas y reparaciones, nuestras interminables espirales de rencores, agresividades, riñas, animosidades, resentimientos, susceptibilidades.

En un momento dado aparece un individuo que no está dispuesto a ese juego y a sus reglas codificadas por la pereza y el interés. Un revolucionario. Un valiente que salta por encima de todo, gritando:

—¡Yo no juego! ¡Es un juego demasiado aburrido, demasiado fácil, decididamente estúpido además de inútil!

E introduce en el viejo juego de los mutuos despechos el elemento-novedad que echa todo a rodar: el perdón.

Tú me haces daño. Yo te respondo amándote.

En este sentido podemos decir que

2. EL PERDÓN ES CREADOR

Quien es capaz de perdonar inventa situaciones nuevas, soluciones inéditas, crea relaciones distintas, tiene imaginación, no se resigna a imitar lo que hacen los demás.

* El que perdona, es una persona que tiene iniciativas.

Solamente el rencoroso es un perezoso, un indolente. Uno que imita a los otros.

«...Haced algo nuevo, tened inventiva como el Padre celestial. Sed misericordiosos: ¡sed creadores!/Dios no se ha dejado aprisionar por el pecado... Cuando Adán se escondió tras la cortina de hojas, Dios no se retiró detrás de la suya. Ha dado el primer paso. Dios siempre da el primer paso. Adán... ¿dónde estás? Anda, ven, querido. ¡No mantengamos esta situación!

«Las situaciones que normalmente juzgamos como las únicas admisibles son las más serviles: prestar a quien nos restituirá lo equivalente, sonreír a quien nos sonríe... Son eir a quien nos ocupa en la cara, ayudar a quien nos dará la espalda: esto son actos libres, creadores.

«Bienaventurados los artífices de la paz: bienaventurado quien no se resigna a los estados de guerra, a las discusiones interminables».

3. EL QUE PERDONA ES UN CONSTRUCTOR

Existe un mundo viejo, que se derrumba, porque contiene en sí elementos desintegrantes.

Es el mundo del odio, del hastío, de la rendición de cuentas, de las vanidades, de las lecciones que hay que dar, de las injusticias sufridas que hay que reparar, de las ofensas cuidadosamente guardadas en la memoria. El mundo decrepito de las revanchas.

El que perdona reconoce que en este mundo viejo no se puede vivir, se ahoga uno. Sabe que la mayor contaminación es la del odio en sus diversas proliferaciones.

Por eso se encarga, personalmente, de construir un mundo nuevo. Y la materia prima es el perdón.

En este mundo nuevo, joven, insólito, tiene razón quien ama más, vence quien adopta la estrategia de la mansedumbre, está en lo justo quien no hace problema de lo justo o lo injusto, es fuerte quien sabe perdonar.

En este mundo carece de importancia establecer «quién ha comenzado». Es interesante, por el contrario, ver quién quiere terminar. Terminar con lo viejo y abrir el capítulo nuevo, exultante, de la amistad, de la reconciliación.

Es un mundo en que se respira aire de libertad. La libertad de un «obrar de otra manera». La libertad de sorprender al adversario con una reacción de paz que él no había previsto en absoluto.

Este «mundo nuevo» verdaderamente es... otro mundo. Es ya un pedacito del reino. Es un anticipo del reino.

Sí, ¡el perdón es algo del otro mundo!

Un proverbio berberisco dice: «Si Dios no perdonase, su paraíso quedaría vacío».

Podemos completarlo así: si no existiese el perdón, la tierra sería un infierno.

Y aún, una comunidad religiosa, sin el perdón mutuo, sería un infierno.

Procura no excluir a nadie de tu perdón. No condenar a nadie al infierno que supone la separación de tu corazón.

Perdona a todos.

También a aquella persona que se te hace insoportable, aburrida, petulante, mezquina.

También a aquel individuo que se ha aprovechado miserablemente de tu amistad y confianza.

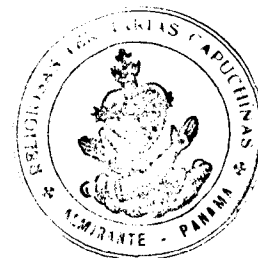
También a aquel compañero que te ha desilusionado profundamente con su comportamiento, en aquella determinada circunstancia.

Y a todos aquellos contra quienes tendrías suficientes motivos para estar descontento.

No olvides a nadie. Procura no dejar a ninguno fuera de tu perdón.

Si queda alguno fuera, el espacio se achica dentro. Y el corazón se encoge.

Sólo con que excluyas a una persona, tú te colocas automáticamente fuera del «mundo nuevo».



Segunda semana de cuaresma

Cita con la conversión

Señor, tú que amas la inocencia y la devuelves a quien
la ha perdido, atrae hacia ti nuestros corazones...

(Colecta del jueves de la segunda semana de cuaresma).

El Señor no está a favor nuestro

Domingo

Mi pueblo es duro para convertirse; llamado a mirar hacia arriba, nadie levanta los ojos (Os 11, 7).

—Mira, aquél es un convertido...

Y yo he preguntado inmediatamente:

—¿Cuántas veces?

Mi interlocutor, ante esta pregunta, ha quedado sin palabras.

Para muchos cristianos la conversión es un fenómeno excepcional, clamoroso, del que son protagonistas individuos que pasan de las tinieblas del error a la luz de la verdad, de una conducta perversa a una vida «ejemplar».

No sospechan que la conversión es un deber fundamental y habitual del cristiano.

Son víctimas de un equívoco según el cual *se es* cristiano, religioso, de una manera definitiva.

Como uno que ha conseguido el doctorado, y es y será ya siempre doctor o ingeniero.

No. No se es cristiano, sino que simplemente se intenta llegar a serlo, se busca llegar a ser religioso o religiosa. Nadie puede afirmar que ha conseguido establemente esa meta. Se tiende hacia ella, pero no se alcanza de una vez para siempre.

Y para «llegar a ser» es necesario convertirse.

La conversión es un quehacer de cada día. Fatigoso, doloroso. Nosotros, insistentemente, tendemos a esquivarla, a desviarla. Por eso jamás estamos en donde deberíamos estar.

Nunca estamos, nunca donde él está (aunque nos gusta engañarnos pensando que él está de nuestra parte).

El siempre está en otra parte.

El va siempre por delante.

El piensa de otra manera que nosotros.

El ama de distinta manera que nosotros.

Ahora bien, convertirse significa precisamente darse cuenta de que no estamos en regla, que no estamos en su lugar. Que nuestra lógica es distinta de la suya. Que nuestros sentimientos resultan desacordes respecto a los suyos. Que nuestros pasos no van sincronizados con los suyos.

Y entonces cambiamos de ruta. Cambiamos la cabeza, el corazón, los ojos, todo.

Esta es la conversión. Que no se reduce a un insignificante ajuste, a un retoque de fachada, a un minúsculo cambio que no incomoda demasiado, a un ligero desplazamiento, a una modificación insignificante, sino que es una transformación radical, un cambio total, un vuelco completo.

Convertirse significa ponerse del lado de Dios.

Lo contrario consiste en el intento —que ha llegado a ser costumbre— de poner a Dios de nuestra parte. Es un intento más bien frecuente, especialmente entre las personas religiosas.

Existen individuos que no cambian nunca, no se convierten, porque viven en la... certeza poco feliz de que Dios se identifica con su mentalidad, sus fórmulas, sus charlatanerías, sus prácticas, sus prejuicios y hasta con sus mezquindades.

Personas incapaces de someterse seriamente a revisión.

Parapetadas en posiciones adquiridas, ni siquiera de lejos sienten la duda de que Dios camina por otra parte.

Han reducido el mensaje cristiano a una síntesis de seguridades y viven a fuerza de esas píldoras «tranquilizantes» que intentan hacer tragar a todos para ponerles al mismo nivel en un inmovilismo común.

Y hay algo peor que no estar en regla.

Es creer que se está.

Hay algo peor que caminar por un camino equivocado.

Es la petulante seguridad —jamás afectada por la más mínima duda— de creerse situados en el camino recto.

Conozco individuos que al enumerar sus faltas, aun las más paqueñas, son muy meticulosos. Te enumeran listas interminables que no dejan escapar ni la más mínima falta.

Me parece que estoy leyendo en su pensamiento:

—Así quedo más tranquilo.

O también:

—No quiero que Dios un día tenga algo que echarme en cara.

Así la confesión se reduce a un «dejar en paz la conciencia», pero nunca se da una conversión auténtica.

Sí. Todo en regla. Ninguna cuenta por saldar. Lo importante es que el Señor no tenga nada que echarme en cara.

Y no es así.

Es necesario que Dios tenga siempre algo que reprocharnos.

Nuestra salvación consiste, precisamente, en dejar que él tenga muchas cosas de qué quejarse contra nosotros. Acerca de nuestra conducta, de lo que somos, de lo que pensamos, de lo que amamos y de cómo lo amamos.

Si no es así, estamos perdidos...

Convertirse, pues, en resumidas cuentas, significa cambiar de dirección, desplazándonos hacia el Señor, que siempre tiene un montón de cosas de qué quejarse.

Y así cada día.

Porque cada día debemos intentar, no «estar en regla», sino alcanzar su puesto.

Lunes

Jesús se marchó a Galilea a proclamar el evangelio de Dios. Decía: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed la buena noticia» (Mc 1, 15).

Penitencia, en el lenguaje bíblico, significa cambio de mente, de corazón, de pensamiento, de intención, de postura. En una palabra: *conversión*.

El término hebreo que indica la conversión: —sûb— significa exactamente el acto de «volverse» y expresa exactamente esta idea: *cambiar la orientación de la propia vida*.

Por desgracia, en latín, en vez de la palabra *conversio* (que traduce bien la idea de volver, de convertirse) ha prevalecido la palabra *penitentia*. Nota Congar:

«Mientras que *paenitere* viene realmente de *paena*, con el sentido de «no estar satisfechos de», se ha visto atraído por la palabra *paena*, de la cual incluso ha tomado la grafía; por esta razón ha recibido un sentido predominante: compensación onerosa, aflicción, que no hacía justicia a uno de los valores, y no al más profundo, del empleo bíblico de *metanoein*. Penitencia sugería ante todo: obras de penitencia»¹.

Todavía Congar hace caer en la cuenta de la densidad de significado de un término con el que los anglosajones llaman a los «convertidos». Se les llama *twice born*, «nacidos dos veces», para distinguirlas de los *once born*, «nacidos una vez». «Existe efectiva-

mente un nacimiento común a todos, aquel por el cual uno recibe su existencia como hombre, según las cualidades de la naturaleza humana; uno ha sido puesto en el mundo así. Algunos tienen un segundo nacimiento, el nacimiento a un cierto mundo de valores, al cual ellos libremente se han abierto y entregado. Se descubre, por ejemplo, la miseria de los hombres o la justicia; y uno se ve desplazado en su vida, movido de tal manera, que se consagrará a procurar ésta o a combatir aquélla»².

En realidad, volviendo al lenguaje bíblico, la conversión afecta a lo íntimo de la persona.

Los profetas han criticado duramente un culto que tiene su única expresión en prácticas, en signos externos de arrepentimiento.

Para ellos no existe verdadera conversión si no se traduce en un cambio de las disposiciones interiores.

Lo importante es rasgar los corazones, no las vestiduras (Jl 2, 13).

Así, pues, el primer «cambio de relaciones» está referido a la interioridad.

Por otra parte, no se da verdadera conversión si no se traduce en un cambio de relaciones con el prójimo:

«Así dijo Yahvé Sebaot: juicio fiel juzgad, y amor y compasión practicad cada cual con su hermano... y no maquinéis mal uno contra otro en vuestro corazón» (Zac 7, 9-10).

«La alianza exige que se observe una plena justicia, que los demás sean tratados como hermanos, sobre todo a los pobres y los débiles. *Esto* es el verdadero ayuno... En una palabra, los profetas predicaban menos la penitencia que la conversión; para ellos, todo se decide en el plano teológico, no en el plano ético-ascético»³.

El nuevo testamento se inaugura con la predicación de Juan Bautista, que es una severa, continua llamada a la conversión. Repite claramente su estribillo: Convertíos, preparad los caminos del Señor.

Convertíos, o sea: cambiad de mentalidad.

«Es una invitación a pensar. A pensar de una manera completamente nueva, a no pensar gregariamente, a voz de mando...

«Cambio de mentalidad significa pensar de una manera totalmente nueva. Significa llevar a cabo por el reino de Dios la primera revolución, la penitencia, la propia conversión. Pensar en

1. Y.-M. Congar, *Sacerdocio y laicado*, Barcelona 1964, 24.

2. *Ibid.*, 21.

3. *Ibid.*, 25.

el pasado y encontrarlo insuficiente para el reino de Dios. Demoler esa indiferencia desde la que no se piensa. Declarar la guerra a la vanidad, que siempre se siente satisfecha de sí misma.

«Después debemos preparar los caminos del Señor. Preparar significa pensar en el futuro. Plantearse con urgencia esta pregunta: ¿qué hago yo en favor de la perspectiva cristiana? ¿mi vida interior es tal que prepare el advenimiento del reino de Dios? ¿qué hago para que el reino llegue hasta aquellos que vendrán después de mí?

«Y al cambiar de mentalidad no debemos pensar solamente en nosotros, porque el reino de Dios está cerca, y estamos aquí para preparar su llegada. Debo construir mi vida de manera que pueda decir algo a la generación que viene detrás.

«Para acercarse a ella el reino de Dios, para hacérselo ver atractivo»⁴.

Luego ¿estás dispuesto a convertirte? ¿te sientes disponible para esta transformación dolorosa que afecta a todos los planos de tu existencia?, ¿u obligarás todavía a una larga espera a esa «nueva criatura» que quiere nacer?

Un abusón, capaz de moverse

Martes

Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapitando entonces se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros». Se puso en camino adonde estaba su padre... (Lc 15, 11-20).

Más que todos los discursos, la parábola del hijo pródigo expresa el dinamismo de la conversión.

Me limito a subrayar algunos aspectos¹.

1. MEJOR UN «ABUSÓN», QUE LOS «QUE TIENEN DERECHO»

«Son evidentes, en esta narración, las líneas conductoras del mensaje: la conversión como descubrimiento de la posibilidad de perderse y de la obstinada voluntad de salvación; el antifa-

1. Tomo la mayor parte de las notas para este comentario — como también para los dos capítulos siguientes — de algunas páginas extraordinarias de A. Paoli, *La radice dell'uomo*, Roma, 105 s.

4. J. Zverina, *L'esperienza della chiesa*, Torino 1973.

riseísmo, como oposición a un derecho adquirido, a una herencia carnal; la simpatía hacia los que son *capaces de moverse*, aquellos que tiran abajo el techo, que llegan a tocar la orla del manto, que trepan a un árbol, en polémica con el orgullo estático de los que no tienen iniciativas, porque se creen en su derecho» (A. Paoli).

2. EL SILENCIO DEL PADRE

Ahí está el hijo que habla, que tiene pretensiones.

El padre no dice ni palabra.

Su silencio es el silencio del amor, respetuoso de la libertad del hijo. Acepta el riesgo de esta libertad. Sin libertad no hay amor. Un doctor de la iglesia, hablando precisamente del hombre en el momento de la creación, le llama «riesgo de Dios».

«Dolorosamente atento porque comienza la gran aventura, que es ambigua, pero sin enojarse por su petición» (A. Paoli).

El no puede suplantar la elección del hijo.

Nos preguntamos instintivamente: ¿Por qué no le ha detenido? ¿Por qué no le ha dado una buena paliza, en vez de darle la parte del patrimonio que le «correspondía»?

La paternidad verdadera es discreción, es aceptar el riesgo de la libertad.

Y no hay que confundir paternidad con paternalismo. Esto último es una deformación de la paternidad. Con la intención de proteger, termina sofocando el crecimiento del individuo y bloqueándolo en un estadio infantil.

«En el contexto del evangelio, Dios no se presenta como el padre que cierra la puerta para que los hijos no salgan de noche, sino como la luz que ilumina, la brújula misteriosa que orienta al hombre en sus elecciones, que no lo abandona en el peligroso ejercicio de la libertad, que crea nuevas perspectivas de liberación, y se resarce finalmente en una conclusión que parecía desastrosa. El padre sólo puede ayudar siendo un modelo... Pero no un modelo de la llegada» (A. Paoli).

El padre no tiene necesidad de marchar visiblemente con el hijo. Va con él de una manera oculta, interior, que más tarde desembocará en la nostalgia.

(Entre paréntesis, hablando de formación. La obsesión de multiplicar las prohibiciones, el abuso de los métodos preventivos, revela siempre una insuficiente formación en profundidad. Multiplicamos los mapas, porque no sabemos dar el sentido de orientación...).

3. EL PECADO COMO DERROCHE, COMO DESPILFARRO

El pródigo es un derrochador. Pierde todo. Tanto el tener como el ser. Los bienes como la identidad. El patrimonio como la dignidad.

Cuando llega hasta el fondo de su despilfarro, puede hacer el inventario de cuanto ha perdido a lo largo del camino hacia el alejamiento:

— *fin del tener*: ha malgastado todos los bienes;

— *fin del valer*: salió de casa como hijo de un rico y se convierte en un porquero;

— *fin del poder*: ha perdido los amigos que ciertamente no faltan en los tiempos del tener y del valer. Ahora no le acoge nadie. Se encuentra en una soledad heladora.

El pecado es este «vacío» total. Esta «pérdida» progresiva y radical que llega hasta la pérdida de la propia identidad.

Cuando se ha perdido todo, es cuando el hombre se da cuenta de la *única cosa* que le falta.

La conversión comienza en el momento en que uno confiesa que «se muere de hambre». O sea, que no puede vivir sin «lo único necesario».

...Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello, y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo». Pero el padre dijo a sus criados: «Sacad en seguida el mejor traje, y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado». Y empezaron el banquete... (Lc 15, 20-24).

4. LA ESPERA DEL PADRE

Parece como si el padre hubiese quedado en casa para esperar al hijo escapado, para escrutar el horizonte.

En realidad, desde el momento en que el hijo marchó, ya no existe la «casa paterna». Esta se halla donde está el corazón del padre. Y ahora el corazón del padre ha marchado lejos.

Pensándolo bien, ha caminado más el padre que el hijo.

El amor no se resigna a las distancias, a la separación.

El amor es una realidad dinámica, no estática.

El amor no se identifica con las paredes. No se queda a guardar las piedras o las cosas.

El amor está siempre en movimiento, siempre se anticipa, toma constantemente la iniciativa, no se encierra en una espera enojada y despechada.

Los pasos del perdón llegan mucho más lejos que la distancia creada por la ruptura.

Dios no se resigna a perder al hombre pecador. Lo espía, lo persigue, lo busca tenazmente, lo atormenta.

Pascal hace decir a Dios: «No me buscarías si no me hubieses encontrado ya». Quizás sería mejor precisarlo así: «No me buscarías si yo no te hubiera ya encontrado...».

5. EL ENCUENTRO

El padre ya no tiene nada que darle.

No tiene ya bienes que ofrecerle.

Ya antes se lo había dado todo.

Ahora le restituye simplemente su identidad. El anillo al dedo, sandalias para los pies, el mejor traje, más que «objetos» son signos de la identidad reencontrada, de la dignidad de hijo.

Por otra parte, aquel calavera no vuelve a la casa paterna para reclamar bienes. Sino para encontrarse a sí mismo. Para sentirse «otro». Sentirse resucitado.

Del perdón nace el hombre nuevo. Que no es «el viejo rejuvenecido, el viejo después de una cura de hormonas. Es el muerto que ha resucitado, el perdido que ha sido hallado» (A. Paoli).

Y después del empobrecimiento (el hijo pobre de todo, el padre empobrecido del hijo), viene la fiesta.

Después del alejamiento se verifica el encuentro.

Un encuentro que no es un epílogo. La conclusión de una aventura que termina felizmente.

Sino un punto de partida.

No se vuelve para quedar inmóviles, a cubierto.

Se vuelve, uno se convierte para volver a partir.

El hijo, arribado a la casa paterna, no dejará de caminar.

Pero el viaje, esta vez, le harán dos.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: «Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud». El se indignó y se negaba a entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo y él replicó a su padre: «Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado». El padre le dijo: «Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado» (Lc 15, 25-32).

La parábola del hijo pródigo nos ofrece también el modelo de un personaje constitucionalmente incapaz de conversión.

El pródigo es una criatura de movimiento.

El hermano mayor, por el contrario, es una figura estática, un monumento irrepreensible.

El más joven es un «abusón». El mayor es un insoportable «poseedor de derechos».

No se mueve, porque considera que está en regla. Enjaulado en la ley, en la observancia. «Quizás está en estado de gracia, pero ciertamente no en acción de gracia. No ha cometido pecados graves, pero vive sin amor. Su justicia lo ha avinagrado» (L. Evely).

Necesita seguridad. Y se siente «asegurado» en el hacer, en sus servicios exactos, sin una falta.

Mientras la profecía —como dice A. Paoli— es una búsqueda de la seguridad en el salto hacia adelante, en el día a día, en el

camino arriesgado de la fe, él busca la seguridad en el inmovilismo, en la referencia exterior a un reglamento, en la obediencia sentida como imposición gravosa y como limitación.

El mayor, en suma, es un calculador, un triste burócrata de la virtud, sin brillo alguno de vida, de alegría, de espontaneidad. Su perfección es ejecutiva, sin alma, sin creatividad.

No sólo existe un abismo entre él y el hermano cabeza rota. Sino, sobre todo, entre su mentalidad y la del padre. Advertimos que los dos hablan un lenguaje completamente opuesto.

El habla de novillos, cabras, bueyes, justo e injusto.

El otro habla de persona encontrada, resucitada.

El mayor habla el lenguaje de la ley.

El padre habla el lenguaje de la profecía.

Uno habla el lenguaje del castigo, de la pena, de la dureza.

El otro habla el lenguaje del perdón, de la misericordia, de la ternura.

El padre se coloca en una perspectiva de gratuidad.

El hijo mayor permanece aprisionado en una mentalidad de justicia distributiva.

Intentemos reflexionar para ver si nuestro lenguaje es el lenguaje del padre o el del hijo mayor. Si acaso hablamos una lengua «diversa» de aquella que hablan las personas que están cerca de nosotros.

Hay quien pide fraternidad. Y nosotros respondemos con el cumplimiento exacto.

Hay quien exige autenticidad. Y nosotros insistimos en la eficacia.

Quien busca la vida. Y le ofrecemos el funcionamiento.

Quien desea la alegría de la casa. Y le hacemos encontrar simplemente el orden. Quien pide comprensión. Y le espetamos fórmulas prefabricadas.

Quien propone colaboración, corresponsabilidad. Y le imponemos subordinación.

Quien espera una orientación. Y le ofrecemos la organización, la administración.

Quien tiene hambre de ideales. Y le llenamos la cabeza con normas de comportamiento práctico.

Quien habla de identidad. Y nosotros de obras.

Quien está preocupado por «ser». Y le programamos el hacer.

La autenticidad evangélica de una comunidad se dará solamente si prevalece el lenguaje del corazón del padre.

Si, por el contrario, prevalece el lenguaje funcionarístico, legalista del hijo mayor, la atmósfera se hace bien pronto insoportable.

No se marchará solamente el calavera.

También el padre rehúsa habitar en una casa donde existe un lenguaje diverso del lenguaje del amor y de la misericordia. Y entonces es él el que no quiere entrar, porque está dentro el hijo mayor. No quiere por nada del mundo comprometerse con aquel estilo tan poco evangélico.

En la parábola, aunque parezca lo contrario, falta un «final alegre».

Se dará solamente cuando el hijo mayor se convierta. El que se quedó en casa. El que se creía en regla.

Es una conversión sin duda más ardua que la primera.

Es difícil convencerse de que el puesto, en la casa, no se puede «conservar», sino sólo «reencontrar» día a día. Y de que la fidelidad no es un simple «permanecer», sino un aceptar, diariamente, las sorpresas y la lógica paradójica y las descòncertantes iniciativas del padre.

No basta no abandonar la casa. Es necesario saber tener detrás al «viejo» que corre al encuentro del hijo escapado que vuelve.

Y participar en la fiesta, sin dar la nota desentonada.

El padre ha podido ofrecerle el ternero cebado, el anillo, el mejor traje, las sandalias...

Pero no ha podido ofrecerle la acogida del hermano mayor. Esto no estaba en su poder.

Y, sin embargo, qué hermoso hubiera sido haber podido ofrecer también el corazón lleno de alegría del hermano que quedó en casa. Un corazón dilatado por la bondad, por el perdón.

De éste, por desgracia, no podía disponer...

¿Y tú? ¿Te sientes con fuerzas para poner a disposición un corazón no mezquino para que la casa resulte de veras acogedora?

Te espero fuera

Viernes

Quando tú vayas a rezar entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre que está en lo escondido... (Mt 6-6).

No. No vengo a molestar. Te has metido detrás de la puerta, siguiendo la amonestación del Señor. Y yo me quedo tranquilo y paciente fuera.

Te espero. No te preocupes, estoy dispuesto a esperar horas, días enteros. Me impaciento, me pongo nervioso cuando alguien se retrasa dos minutos a una cita, pero si uno está orando no me importa y soporto todos los retrasos.

Pero sánete que te espero. Fuera.

Ni siquiera vengo a controlar lo que haces y cómo te comportas en la iglesia. No me interesa. De rodillas, recogido, con las manos juntas, rostro absorto, postura compungida, no son cosas de mi competencia, y además son relativamente fáciles y me puedes engañar con toda tranquilidad.

No. Te espero fuera de la iglesia.

Pero, una vez fuera, estáte atento porque seré despiadado al mirarte, controlarte, examinarte, juzgarte y, si llega el caso, hasta condenarte.

Tengo derecho a ver si has rezado de verdad o más bien te has entretenido con fórmulas devocionales insípidas.

Tengo derecho a comprobar si la oración sirve para algo. Y hago este examen observando tu vida.

Has aceptado el riesgo de la oración y no creas que vas a salir bien parado con facilidad. El «peligro» comienza después. Cuando sales. Entonces te haces un «espectáculo público para ángeles

y hombres» (1 Cor 4, 9). Con los ángeles te las arreglas tú. En cuanto al mundo y a los hombres, si me permites soy uno de ellos, y entonces tienes que contar también conmigo.

Así pues, te espero fuera.

Yo, enfermo.

Yo, viejo.

Yo, muchacha.

Yo, doctor.

Yo, mujer de la limpieza.

Yo, uno de tantos que encuentras durante tu jornada.

La cita con quien ha rezado no es en la iglesia, sino en la calle, en los pasillos, en clase...

Ahí te quiero examinar de una manera despiadada. Quiero comprobar si eres el mismo de antes o si has cambiado.

Si te veo egoísta, duro, injusto, indiferente, mezquino, cargado de resentimientos, falso, envidioso, puntilloso, vanidoso, soberbio, entonces estoy autorizado a dar un suspenso a tu oración.

No me vengas con historias. Has dicho oraciones, pero no has orado. O sea, no has encontrado a Dios. Has encontrado su caricatura, su falsa imagen (posiblemente fabricada por ti). O quizás te has encontrado a ti mismo, y has aprovechado la ocasión —una vez más— para complacerte, para adormecerte, para establecer con tus defectos, con tus faltas un pacto de no agresión.

No te has dejado transformar por Dios. A lo más te has defendido de él rabiosamente.

No te creas que vas a hacer de mí lo que quieras.

No eres capaz de estar fuera como se debe, en la calle, por los pasillos, en la clase, en la cocina...

Tu oración es equivocada. De hecho tus oraciones lo son.

Has rezado mal. Puesto que te comportas mal.

No eres capaz de estar con Dios. Puesto que no sabes estar con los hermanos.

El que ora —recuérdalo— se hace un personaje público, un «expuesto» a las miradas de los demás.

Así pues, te espero fuera. Allí es donde se revela la oración en lo que es. Allí es donde viene juzgada la persona de oración.

Quien afronta el riesgo de estar dentro para orar, debe salir de allí transformado, diverso. En una palabra, convertido.

Si no es así...

¡Vuelve dentro inmediatamente!

Sábado

Orad incesantemente... (1 Tes 5, 17).

Perseverad en la oración (Col 4, 2).

...Si no es así, no. No digo que sea mejor no volver a pisar en la iglesia para orar. Y ni siquiera —como alguno se atreve a insinuar en ciertos casos— que deberías rezar menos y buscar, más bien, ser mejor.

Es como decir a un peón de albañil que, extenuado, deja caer el saco: come menos y preocúpate de rendir más en el trabajo.

O también a un estudiante poco inteligente: estudia menos y sabrás más.

Debes, por el contrario, volver «dentro», precipitadamente. Vuelve dentro, por favor.

Debes orar más. Sobre todo, debes orar mejor.

Insiste. No lo dejes.

Cuando se mira con prismáticos, si la visión resulta confusa, no se tiran los prismáticos. Se intenta, más bien, graduarlos.

He dado un suspenso a tu oración, porque he visto tus acciones turbias.

Ahora con más razón debes ajustar tu oración. O mejor: ajustarte tu mismo en la oración.

Porque puede ser fácil —y cómodo!— *quedarse al abrigo de la oración*. Así te defiendes de sus efectos inquietantes, de su acción profunda, de su labor transformadora.

Y, después, se cierra el paraguas y vuelve a quedar al descubierto el habitual muestrario de defectos, el viejo personaje ya

conocido, cuya cerrazón no ha sido ni siquiera rozada por la oración.

«Haz brillar sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro» (Sal 4, 7).

Ciertamente, todo el problema de la oración está precisamente aquí: dejarse iluminar, curar y transformar por la luz del rostro de Dios.

Las verdaderas «exposiciones» son las nuestras.

Ciertas personas piadosas, aman, defienden y echan de menos las exposiciones del santísimo Sacramento —el sacramento del ocultamiento...— y por su parte dan la impresión de querer esconderse... ¡Qué contrasentido! El sacramento del ocultamiento, expuesto. ¡Y las personas, escondidas, resguardadas, ocultas!

Exponte, pues, sin miedo a la luz del Señor. Aunque sea una luz inquietante, indiscreta que va a escudriñar en ciertos rincones de tu corazón donde existen desórdenes que... no están del todo mal.

No temas esa luz penetrante, insistente.

Sólo después de largas, repetidas, interminables exposiciones, caerán de tu rostro las máscaras, se romperá la dureza de tu *corazón de piedra*, y saldrás completamente transformado, distinto.

Convertido.

Entonces podrás emprender tranquilamente el camino.

Y todos entenderán que la oración —la verdadera— jamás es inofensiva. Es más, representa la fuerza más radical y revolucionaria.

Quizás, la prueba más cierta de una oración auténtica es precisamente ésta: su peligrosidad.

O sea, peligrosidad para quien ora, que se ve obligado a aceptar los cambios más dolorosos, los desprendimientos más lacerantes, una conversión continua.

Peligrosidad para los otros. Los cuales deberán hacer cuentas con una persona convertida.

Y son cuentas de las que se sale... con los huesos rotos.

Cita con la cruz

Tengo los ojos puestos en el Señor
porque él saca mis pies de la red,
mírame, oh Dios, y ten piedad de mí,
que estoy solo y afligido

(Antifona de entrada del
tercer domingo de cuaresma).

La cruz, instrumento de trabajo

Domingo

Dios me libre de gloriarme sino es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gál 6, 14).

Porque los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los griegos; pero para los llamados a Cristo —judíos o griegos— : fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres (1 Cor 1, 22-25).

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su hijo único... (Jn 3, 16).

× Cita con la cruz quiere decir, esencialmente, cita con el amor y cita con la vida. ×

Los dos valores, a que constantemente debe referirse el sufrimiento son el amor y la vida. Sin estas dos confrontaciones la cruz se vacía de su contenido esencial.

× El sufrimiento no se ama por sí mismo. ×

El sufrimiento en sí no es un valor. Es más, debemos luchar contra cierto equívoco dolorismo gratuito y complaciente manifestado en personas que pudiéramos llamar religiosas.

La cruz, o nace del amor y es expresión de amor, o no es nada. «Dios ha *amado* tanto al mundo que nos *dio* su hijo...».

Además, la cruz es colocada en una perspectiva de vida, de fecundidad, no de muerte.

Y desde esta perspectiva se desarrolla una lógica que está en contradicción con la lógica eficientista y triunfalista de nuestro tiempo. Se profundiza en una sabiduría que, a los ojos del mundo, es necesidad.

Para comprobar nuestra coherencia, intentemos apuntar algunas consecuencias prácticas de esta «lógica trastocada», de este «mundo al revés» de la cruz.

Cuando todo sale mal, entonces estoy seguro de que las cosas marchan bien.

Los incidentes, los obstáculos, las contrariedades que encuentro en el camino, no son «impedimento» sino «medio» seguro para alcanzar la meta.

Mi misma debilidad es fuente de fuerza. «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (1 Cor 12, 10). Y todavía más: «El me ha dicho: te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (1 Cor 12, 9).

Mis limitaciones pueden convertirse en «posibilidades ilimitadas» con la protección de la gracia divina.

La malicia de los hombres, su mezquindad, los golpes bajos, las calumnias, las traiciones, constituyen un «signo» preciso que me advierte que estoy en el verdadero camino.

Los mismos fracasos pueden resolverse en un grandioso éxito.

El ocultamiento, el sentirse marginado, el no ser tenido en cuenta, se traducen en una participación efectiva de la obra de la redención: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24). <

Con la pobreza enriquecemos a los otros.

La inutilidad aparente en realidad equivale a ser necesarios.

El no contar nada es certeza de que se es importante. «Importantes en el amor».

Encontrarse en la obscuridad más negra significa capacidad para curar a los otros. Hay una frase asombrosa referida a Cristo: «Sus heridas os han curado» (1 Pe 2, 25).

Caminar encorvado por un peso que parece aplastarnos, se traduce en una posibilidad de elevación para sí y para los demás. «Cuando yo sea levantado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí».

La cruz no oprime a quien la lleva, sino que levanta el mundo.

Cuando se me impone silencio, me comunico con todos.

En mi soledad, me siento en comunión con todos los hermanos.

Cuando no puedo hacer nada, soy capaz de hacer todo.

Cristo, en la cruz, tiene los pies clavados. Y, sin embargo, aquel es el momento en que va por todos los caminos del mundo para llevar a los hombres la salvación.

Cristo, en la cruz, tiene las manos clavadas. Y, sin embargo, aquella tremenda «limitación» es el gesto sin fronteras con que abraza el mundo entero.

Ahí está la paradoja de la cruz. El árbol de la muerte se transforma en árbol de la vida.

El fin se hace principio.

La derrota constituye la más grandiosa victoria.

Así pues, cruz significa fecundidad. ◊

Sufrimiento quiere decir actividad, laboriosidad.

Susana Fouché, experta en la materia, decía: «He tomado mi dolor en las manos como un instrumento de trabajo».

Cuando Dios puede fiarse de tí

Lunes

Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla... (Rom 5, 3-5).

Hermanos: que el colmo de vuestra dicha sea pasar por toda clase de pruebas. Sabed que al ponerse a prueba vuestra fe os dará aguante. Y si el aguante llega hasta el final, seréis perfectos e íntegros sin falta alguna (Sant 1, 2-4).

Alegraos de ello, aunque de momento tengáis que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de vuestra fe —de más precio que el oro, que, aunque perecedero, lo aquilatan al fuego— llegará a ser alabanza... (1 Pe 1, 6-7).

Un día la madre Teresa de Calcuta —la fundadora de las misioneras de la caridad, comprometidas en una dedicación única y total a los pobres «sin la más mínima recompensa»— viajaba en avión. Un pasajero advierte aquella extraña figura arrugada y seca, envuelta en un *sari* de sesenta pesetas, y en los pies unas sandalias rotas. Le preguntó:

—Perdone. ¿Usted está casada?

—Por supuesto —respondió segura madre Teresa.

—¿Y todo marcha bien en su matrimonio?

—Depende de lo que se entienda por marchar bien, señor...

—Ah... ¿me lo quiere explicar mejor?

—¡Si supiese por cuántas tribulaciones me hace pasar mi esposo!

En la Biblia esta realidad se expresa con un término preciso: tentación. En hebreo *nāsāh* significa, literalmente, «poner a prueba», «probar la calidad».

El símil más elocuente puede ser el gesto de quien «tira» de un trozo de tela para probar su resistencia, su calidad.

Léon Bloy usa una imagen aún más expresiva: «Es evidente que Jesús quiere probarme, en su calidad de *pontifice*, como los ingenieros prueban un puente, o sea poniéndome sobre los hombros las cargas más pesadas».

Así es. Cada uno de nosotros está llamado a desempeñar una función de puente. Entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra. Cada uno de nosotros está encargado de ser mediador, de unir dos realidades. Debemos ser paso, puente, que permita el encuentro.

Y es que el constructor de puentes, el pontífice por excelencia, aquel que el primero a través de su «carne», ha restablecido la unión entre los dos mundos separados, viene a comprobar si puede fiarse de nosotros. Si nuestro puente ofrece suficientes garantías de solidez, de resistencia. Si el «paso» es seguro.

La cruz representa, precisamente, esta prueba comprometida y decisiva.

Servir a Dios, pues, significa antes que nada disponibilidad para esta prueba, después de la cual Dios ve si de verdad le somos útiles, si valemos para su proyecto, si valemos para algo. En una palabra: si puede fiarse.

«Hijo mío, cuando te acerques al temor de Dios, prepárate para las pruebas» (Eccló 2, 1).

Pero el sufrimiento no sólo constituye la prueba de nuestra capacidad y fuerza, de la solidez de nuestro montaje interior. Es también la «prueba» de la *dirección* de nuestra vida.

Dios comprueba nuestras disposiciones, o sea las orientaciones, las opciones fundamentales de nuestra existencia. Se informa de cómo caminamos:

«Era para probar a Israel, por si seguían o no los caminos de Yahvé...» (Jue 2, 22).

En este sentido, la cruz representa la prueba esencial de nuestra fe.

Gracias al sufrimiento, Dios controla si caminamos por el camino que él nos ha indicado —mejor, el que el mismo Cristo ha recorrido en la encarnación— humillación, debilidad, servicio, pobreza, ocultamiento; o si, por el contrario, nos hemos dejado llevar por los atajos del triunfo, del poder, de la riqueza de medios humanos, de la facilidad, de la cantidad, de la eficacia...

Entonces ¿qué? ¿Te dejarás ver en la cita de la «prueba»? ¿Aceptas la cruz como *test* fundamental de tu fidelidad a Dios y a los tiempos en que vives? ¿Consideras el sufrimiento como un «hecho normal» en tu vida, o más bien, cada vez lo consideras como algo imprevisto, un desagradable incidente que viene a trastocar tus planes?

Hablé, al empezar esta meditación, de la madre Teresa. Me agrada acabar este capítulo con un episodio que también tiene por protagonista a esta mujer que lo ha orientado todo —no sólo con palabras— hacia los «últimos».

Diciembre de 1964. Pablo VI está en la India. En Bombay, poco antes de partir, hablando a la muchedumbre, dice que quiere regalar «nuestro automóvil blanco a la madre Teresa para ayudarla en su misión universal de amor». Todos los peregrinos oyen conmovidos estas palabras, y miran alrededor, para localizar aquella figura arrugada y seca envuelta en un *sari* de sesenta pesetas. Pero no está. Falta precisamente la interesada.

Era cierto que madre Teresa, aquella mañana, se había puesto en camino para ir a ver al papa. Pero, durante el viaje, había encontrado a dos moribundos y, naturalmente, se había parado para atenderles, faltando así a aquella cita de aplausos.

Cierto, nuestra felicidad se mide exactamente a base del compromiso de no faltar jamás a la cita —incómoda— del sufrimiento.



Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo (Flp 3, 18).

No. El sufrimiento no madura.

Quiero decir que el sufrimiento no madura por sí solo, no obra automáticamente.

El hombre, en el sufrimiento, no es un objeto sometido a la acción benéfica —aunque sea dolorosa— de la cruz.

También en el sufrimiento el hombre es sujeto que actúa, no simplemente objeto que padece.

Por eso el sufrimiento madura únicamente a quienes lo aceptan, a quienes desean madurar. Los que colaboran con su acción. Los que participan con lucidez, inteligencia y corazón. En una palabra: el sufrimiento madura exclusivamente a aquellos que *co-operan*, o sea, que actúan con él, en perfecta, aunque... la- cerante armonía.

No basta decir que una persona ha madurado, ha conseguido ciertas metas, ha obtenido determinados resultados en la vida porque «palpó el sufrimiento».

Es necesario más bien precisar: ha llegado a ser lo que es, porque ha sabido *sufrir de una determinada manera*.

Que en último término es la manera del amor.

No basta haber conocido el dolor.

Hay que ver qué cara hemos puesto al dolor. Como lo hemos recibido. Como hemos soportado aquella experiencia decisiva.

Durante estos años he podido acercarme a miles de personas en los hospitales. También a muchísimas religiosas.

Ante el lecho de muchos me han dado ganas de ponerme de rodillas, como ante un altar.

En otras habitaciones, sin embargo, tenía la impresión de encontrarme ante un monumento. Un monumento de exigencias, de pretensiones, de lamentos, de quejas, de impaciencias. Criaturas descontentadizas, insatisfechas de todo y de todos. Ni una palabra de gratitud por lo que recibían. Sólo oía letanías interminables de lamentos por deficiencias verdaderas o presuntas, por faltas reales o exageradas.

Hay quien acepta el sufrimiento y lo vive intensamente en una dimensión de interioridad.

Otros, por el contrario, se ponen el sufrimiento como una flor en el ojal para sentirse privilegiados, dignos de compasión y para «tener derecho» a todas las atenciones.

Hay quien lleva la cruz, decididamente incómoda, sobre la espalda sin tantas historias y, sobre todo, sin hablar demasiado de ella.

Y hay quien «hace teatro» con la cruz. Necesita quintales de algodón para proteger su espalda de aquel tosco contacto y mitigar los golpes (y entonces son los otros —los que tienen que proporcionarle el algodón— los que realmente llevan la cruz).

Hay quien sufre con el corazón.

Y hay quien sufre con la boca.

Estos últimos, sin duda, sufren más. Pero no maduran.

También aquí la línea divisora pasa a través de la persona.

Por eso repito que el sufrimiento no madura a la persona por un procedimiento automático.

Algunos, por la cruz, «crecen».

Otros, desgraciadamente, disminuyen. Y el sufrimiento, en su caso, evidencia todavía con más crudeza su loco egoísmo y su infantilismo «acaparador».

En el primer caso se acepta y se ofrece el dolor. Se convierte en holocausto, en sacrificio. En acto de amor.

En el segundo, por el contrario, se sufre y se empalma con las propias tendencias egoístas. Y así se convierte en mutilación, tormento para sí y para los demás.

En el primer caso el dolor hace de locomotora, empuja a la persona hacia la anchura, hacia el aire libre, la estimula a crecer en el amor.

En el segundo, la persona se repliega tristemente sobre sí misma.

¿Cómo es tu cruz? ¿Es una cruz soportada o abrazada?

También el sufrimiento, como el amor, implica la capacidad de salir fuera de sí mismo. Por otra parte, el sufrimiento se coloca en una lógica de amor.

Y un amor cerrado en sí mismo es lo contrario del amor.

«Aún en los momentos en que sufro más, sufro con una pequeña, pequeñísima sonrisa interior» (A. Strindberg). Aquella pequeña, pequeñísima sonrisa interior es sin duda la señal del crecimiento. La prueba de madurez.

La cruz compartida

Miércoles

Estoy crucificado con Cristo (Gál 2, 20).

«La cruz es el apoyo del hombre y su estructura. El bastidor sobre el que se teje al hombre» (Lanza del Vasto).

La cruz, pues, tiene una función insustituible en la empresa de construir al «hombre nuevo».

Pero es necesario que el interesado sea consciente y la acepte libre y amorosamente, no que la padezca pasivamente y como una víctima. Esto es lo que meditamos ayer.

O sea, debemos estar «presentes» a la cruz.

La cruz, para madurar y fabricar al hombre nuevo en Cristo, tiene necesidad antes de nada de nuestra presencia. Una presencia total, una adhesión interior, y no sólo una presencia física.

Estoy ausente de mi cruz, si no estoy presente con amor, sino sólo con lamentos y con una postura que apenas la soporta.

Pero no basta esta primera presencia.

La cruz, para que lo sea, necesita dos presencias, en comunicación continua entre sí.

No existe cruz solitaria.

La cruz hay que llevarla «entre dos».

Una cruz solitaria es inhumana.

Solamente una cruz compartida nos hace entrar en el dinamismo de la redención.

Yo me niego a llevar solo la cruz. Tengo que negarme. No estoy dispuesto de ninguna manera a cargar solo con ese peso.

Y él no espera más que eso...

Me dice:

—¿Por fin lo entendiste? ¿Te has dado cuenta de que en el otro extremo estoy yo? ¿Has llegado a intuir que seguirme no significa guardar las distancias, caminar bajo un peso personal, sino *ir detrás de mí a la distancia exacta de la cruz*? ¿Yo en un extremo y tú en el otro?

Antes de ser «mía», la cruz es la cruz de Cristo.

Todas las cruces son de Cristo.

Bajo cada cruz va él.

A nosotros se nos propone simplemente llevarla con él.

La cruz, antes de ser un objeto, es una persona que la lleva.

La línea divisoria pasa por aquí. Y separa a

— las personas que ven la cruz, sobre todo, como realidad concreta, y caen en la cuenta del peso, de la fatiga

— y las personas que descubren fundamentalmente a aquel que camina encorvado bajo el mismo peso.

Para los primeros, la cruz es sufrimiento personal.

Para los otros es sufrimiento compartido.

Es cuestión de perspectiva. Hay quien solamente ve aquel leño que aplasta la espalda, y todo acaba ahí. Y hay quien ve la espalda de alguien que va delante y todo va a terminar allí.

Cada circunstancia dolorosa no es algo que «me sucede» sino algo que «nos sucede». O sea, que a él le ha sucedido el primero. Y ahora se me ofrece la ocasión de ser partícipe y protagonista de eso mismo, junto con él.

—¡Mira lo que me ha sucedido!

—Se te ha presentado la ocasión de ser contemporáneo de la pasión de Cristo, de encontrarte en sintonía con su sufrimiento...

¡Mira lo que te ha ocurrido!

Lo absurdo de ciertas posturas nuestras. Ante la más mínima desgracia, ante el más pequeño incidente, al comprobar un minúsculo contratiempo, buscamos enseguida alguien con quien «desahogarnos». Y no se nos pasa por la cabeza contarle únicamente a aquel que está en situación de comprenderlo mejor que nadie, porque lo «ha pasado», le sucedió lo mismo, en el mismo instante, ¡le tocó la misma cruz! ¿No es quizás el que está al otro extremo de «nuestra» cruz, y consiguientemente también de *esta* cruz?

Así pues, ¿por qué no desahogar con él, con el compañero-de-cruz, nuestra inquietud? ¿Qué es lo que nos pueden ofrecer

las compasiones de los otros? (Sin contar, además, que cada vez que voy a mendigar consuelo a otra parte, le dejo solo con aquel peso, durante todo el tiempo de mi ausencia...).

Es más. Cuántas veces, ante ciertos golpes, hemos orado insistentemente: «Señor, ayúdame a llevar con paciencia esta cruz que me ha tocado».

Y quizás no has pensado nunca que la mejor oración podía ser ésta: «Señor, no permitas que me falte la fuerza (y el amor) para ayudarte a llevar esta cruz que me ha tocado en suerte».

No es él ciertamente el que tiene que intervenir cuando se trata de la cruz.

El está ya.

El ya está bajo su peso.

¡Sólo falta mi cooperación!

Por eso no he de contener mi boca, hablaré en la angustia de mi espíritu, me quejaré en la amargura de mi alma (Job 7, 11).

A una persona que le toque llevar una cruz pesada, le recomiendo sobre todo, pudor.

Las realidades más íntimas se las protege, se las custodia con un sentido de delicado pudor.

El amor exige discreción.

Y así, el sufrimiento, si de verdad se inserta en una dimensión y en una lógica de amor, no puede ser desplegado a todos los vientos ni cacareado.

Cuando hablo mucho de mi sufrimiento, termino por ajarle, por banalizarle, me atrevería a decir por profanarle.

La cruz es una realidad preciosa que, si se expone demasiado, pierde valor.

Ten, pues, el pudor de tu cruz.

No la cacarees demasiado.

Y, sobre todo, no la agigantes.

La cruz crece y aumenta de peso a medida que hablas de ella.

Ciertas posturas, marcadamente victimistas, además de no ser verdaderas, se resuelven a tu favor. Y constituyen, además, un insulto al auténtico sufrimiento de los otros.

No debes olvidar, en efecto, que la cruz está presente en la vida de todos los hombres, incluso allí donde no aparece.

El sufrimiento no es un incidente, algo excepcional que ha caído sobre ti: es lo normal de la vida ordinaria, es el pan de cada día de todos tus hermanos.

No te formes una ridícula mentalidad «privilegiada» en materia de cruz.

No te tengas por «excepcional».

No hagas retórica a propósito de tus lágrimas.

En el mundo hay quien sufre como tú. Más que tú. Y hasta mejor que tú.

No ofendas, con tus palabras, el sufrimiento silencioso de tantos hombres.

No coloques tu cruz sobre el pedestal de las exageraciones. Terminarías por pisotear sacrilegamente el dolor escondido de una gran parte de la humanidad.

Algunas personas exageran los propios sufrimientos porque han perdido el contacto con la realidad. Están encerrados, atrincherados en su pequeño mundo espiritual; ojos, atención, memoria, sentidos centrados en la insignificante desgracia propia y no ven otra cosa, no saben otra cosa. Parece que no existe otra cosa en el mundo. Y aquella desgracia asume proporciones cósmicas (en su boca).

Esta victimación exasperada no es más que ignorancia de las dimensiones reales del sufrimiento humano, de los dramas, de las angustias de tantas familias.

Un día que los periódicos referían documentos alucinantes sobre las torturas a que eran sometidas millares de personas en una cierta nación, encontré un *alma pía*, que me contó al detalle una letanía impresionante de quejas originadas por el «descuido de una hermana en religión».

No he podido por menos de leerle algunos testimonios, verdaderamente escalofriantes.

Escuchó. Después dijo:

¡Bah!, cada uno tenemos lo nuestro. Y a veces las cosas pequeñas son las que más hacen sufrir.

Sí. Hay quien recibe descargas eléctricas en un cuerpo martirizado y hay quien tiene un pequeño contratiempo.

Hay quien grita porque le aplastan las colillas de los cigarrillos encendidos sobre las heridas de la espalda. Y hay quien no cesa de lamentarse por «una palabra poco respetuosa».

Hay quien sufre y grita porque le arrancan las uñas.

Y hay quien sufre... más por el descuido de una hermana en religión.

Sucedan estas cosas cuando se vive en un mundo pequeño

«separado». A fuerza de separaciones, nos hemos separado también de los sufrimientos de los hombres. Y consiguientemente terminamos separándonos de Cristo. Porque Cristo está fuera. Allí donde se sufre de verdad. Donde hay personas burladas, torturadas, pisoteadas, víctimas de la injusticia, del egoísmo, de la explotación.

No basta decir «nuestra vida de sacrificio», para que la realidad corresponda necesariamente a esa fórmula repetida con tanta frecuencia. Es necesario comprobar el contenido real de sacrificio en nuestra existencia, especialmente en relación con el sufrimiento de tantos hermanos nuestros.

Intenta vivir, pues, en comunión con la cruz de todos los hombres.

«Las pruebas hacia las que camináis, sean para vosotros la ocasión para llevar juntos con el Señor y ofrecer al Padre tantas desgracias y sufrimientos injustos, que hieren a nuestros hermanos y a los que únicamente el sacrificio de Cristo puede dar, en la fe, una significación» (*Evangelica testificatio*, n. 48).

Así no correrás el peligro de exagerar la importancia de tu sufrimiento.

Te harás más modesto, más discreto al mirar tu cruz.

Y, sobre todo, te darás cuenta de que, hablando demasiado de ella, terminas por descargar su peso efectivo sobre las espaldas de los otros.

Así hemos visto cómo la cruz exige una triple presencia:

- mi presencia;
- la presencia de Cristo;
- la presencia del sufrimiento de todos los hombres.

Descubrir la realidad de la cruz significa descubrir la realidad del «llevarla juntos».

Quando uno se equivoca teniendo razón

Viernes

...Pero al omnipotente a quien yo hablo, a Dios quiero hacer mis réplicas (Job 13, 3).

Rezaba ante el crucificado.

Y me quejaba. Protestaba.

Decía que «no es justo».

Ante el crucificado.

Había elegido precisamente al crucificado

para exponer mis razones

para justificarme

para hacer valer mis derechos

para protestar del trato que se me había reservado.

Y seguía repitiendo

como un estribillo

«no es justo»

«eso no se hace»

«no se puede seguir adelante de esta manera»

«es una situación insostenible».

Ante el crucificado.

Lloriqueaba: «Señor, mira lo que me sucede por turbar la paz de la gente».

Tenía razón aquel amigo mío que afirmaba: «Romper la quietud de la gente es más peligroso que asesinar a una persona».

Si dices o escribes palabras serenantes,
 todo va bien, eres capaz, inteligente,
 eres un verdadero hombre de Dios.
 Pero si te arriesgas a lanzar algún latigazo,
 alguna palabra dura
 de enamorado frustrado,
 entonces eres un «exagerado», un cabeza loca
 uno que hace crítica por supuesto «demoledora»
 (la crítica que no agrada, siempre es «demoledora...»),
 uno que ama el confusionismo.
 Señor, la gente ama la verdad
 con tal que no moleste.
 Todos quieren oír decir
 que la culpa es siempre de los otros.
 Nadie acepta someterse a juicio él mismo.
 Todos aman el «confiteor»
 pero recitado por el vecino.
 Todos compungidos a la hora del «mea culpa»
 que retumba sobre el pecho del enemigo.
 Y se atreven a decirte: «no tengas miedo
 continúa diciendo las cosas claras».
 Con tal que los destinatarios de la... música
 sean naturalmente los otros.

Mucho cuidado con tocar los cables de alta tensión
 de las propias seguridades
 de las propias «rectas intenciones»
 de la propia «buena conciencia».
 Si te arriesgas —ingenuo—
 encuentras que te fulminan inexorablemente
 con las calumnias más molestas
 o las insinuaciones más estúpidas.
 La humildad está bien. Es necesaria.
 Pero predicada a los demás.
 Si pinchas
 a los predicadores de la humildad
 entonces te enseñarán dientes, uñas y lengua.
 Señor, he aprendido
 que es necesario respetar la paz de la gente.
 Mucho cuidado con inquietar
 atento a no levantar el polvo
 desde el momento que bajo el polvo
 hay polilla
 y hasta podredumbre.

Todos aman el propio polvo, Señor.
 El polvo que todo lo cubre,
 Nadie debe osar meter la nariz
 en el jardín de ellos perfectamente arreglado.
 Quedamos amigos
 si me aseguras
 que todo marcha bien.
 «Sé sincero», te dicen,
 ¡y tú caes en la trampa!
 Y entonces te echan en cara:
 «pero ¿quién te crees que eres?»
 Estoy cansado, Señor.
 Cansado de tantas mezquindades
 de tanta hipocresía
 de tanta estupidez.
 Me dan ganas de tirar la pluma al Tormes
 después de enviar una circular
 a amigos y enemigos
 asegurándoles
 que pueden estar tranquilos
 porque todo va bien.

Pido perdón,
 no me permitiré ya molestaros más.
 Señor, no puedo más.
 Así no se puede seguir.
 Es demasiado duro ayudar a los hermanos
 a curar «nuestras» heridas.
 Te acercas como «cómplice»
 no como juez,
 y ellos te regalan salivazos.
 Tú tiendes la mano
 y ellos te hieren por la espalda.
 Así no se puede seguir, Señor.
 No es justo,
 es una situación absurda
 insostenible.
 Decía todas estas cosas
 con mucha convicción
 ante el crucificado.
 Y esperaba que él mismo
 el crucificado
 me diese la razón
 me confirmase que «no es justo»

me resarciese de las injusticias sufridas.

Si hubiese callado un momento

habría oído su voz:

«Muchacho, tienes razón

así no se puede continuar.

Tampoco yo seguí caminando,

una vez llegado al calvario...

No. Así no se puede seguir.

Y entonces confórmate

con dejarte clavar

en la cruz

como yo».

Sí. Me hubiese dado cuenta que estaba blasfemando

ante el crucificado.

¡Si no te va bien,
es precisamente la tuya!

Sábado

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mc 8, 34).

La cruz que no te va bien, es precisamente la tuya.

La cruz no es ni un vestido, ni un par de zapatos, que te deben venir a la medida. La cruz jamás va a la medida de tu gusto y de tus exigencias particulares. Desgarra, magulla, araña, arranca la piel, aplasta, doblega...

Y, sin embargo, no hay duda. Para que sea de verdad tuya, la cruz no debe irte bien.

Por cualquier lado que la mires, la cruz nunca va bien.

Tampoco a Cristo le iba bien su cruz. No le fue bien la traición de Judas, el sueño de los apóstoles, la conjura de los enemigos, la fuga de los amigos, las negaciones de Pedro, las burlas de los soldados, el grito feroz del pueblo.

La cruz, para que lo sea, no debe irte bien.

Esa cruz que te viene encima en el momento menos oportuno —una enfermedad que te pilla mientras tienes muchas cosas que hacer y que te echa por tierra un montón de proyectos— es la «tuya».

Esa cruz que nunca hubieras esperado —aqueel golpe cobarde que te ha venido de un amigo, aquella frase que tenía el chas-

quido de un latigazo, aquella calumnia que te ha dejado sin respiración— es «tu» cruz.

Esa cruz que tú no habrías elegido nunca entre otras mil —«una cosa así no debía sucederme a mí»— no hay duda: es tu cruz.

Esa cruz que te parece injusta —«esto no debería hacérmelo nunca»— es la cruz «justa» para ti.

Esa cruz que te parece excesiva, disparatada, desproporcionada a tus débiles fuerzas —«es demasiado, no puedo más»— no pertenece a los otros: es la «tuya».

No te hagas ilusiones. No existe una cruz a la medida.

Para ser cruz tiene que estar fuera de medidas.

Intenta buscar. Registra por todas partes. Examina todo bien. Valóralo con atención. Y, si encuentras al final la cruz que te va bien, tírala. Esa, ciertamente, no es la tuya.

Las señales para conocer si una cruz es tuya son desconcertantes: imprevisión, repugnancia, malestar, imposibilidad, inoportunidad, sentido de debilidad.

Si una cruz se te presenta como antipática, desagradable, excesiva, demasiado ruda, insoportable, no dudes en cargar con ella. Te pertenece.

Por otra parte, no importa que no sea «tuya» en el momento de partir. Llegará a serlo durante el camino, a través de una cierta familiaridad que se establecerá entre tú y ella.

Al principio se te presentará como si te fuera extraña. Después descubrirás que es verdaderamente «tuya».

Solamente llevándola te darás cuenta de que esa cruz es «tuya».

Esto no quiere decir, entiéndase bien, que vuestras relaciones —entre tú y la cruz— se hagan idílicas, que todo marche bien. Con la cruz no hay nada que marche bien. La cruz marca surcos profundos en las espaldas y en el corazón.

Pero, a pesar de todo, se establecerá una familiaridad. Una familiaridad sufrida, pero justificada por el sentido que se descubre poco a poco, caminando. Y aun cuando el significado no aparezca claro, siempre está la fe que te invita a dejarte conducir de la mano de alguien que sabe.

No eres tú quien tiene que saber.

Fe quiere decir simplemente *saber que él sabe*, aun cuando tú estés a oscuras.

Adelante, pues, con esa cruz que no te va bien. Con la cruz que no está hecha a medida.

Lo que cuenta no es que la cruz esté hecha a tu medida.

Lo esencial es que tú seas a la medida de Cristo.

Cita con la alegría

Festead a Jerusalén, gozad con ella
 todos los que la amáis,
 alegraos de su alegría,
 los que por ella llevásteis luto;
 mamaréis a sus pechos
 y os saciaréis de sus consuelos

(Antifona de entrada
 del cuarto domingo de cuaresma).

Principio del evangelio de Jesucristo según... la alegría

Domingo

...La boca se nos llenaba de risas
la lengua de cantares.
Hasta los gentiles decían:
El Señor ha estado grande con ellos.
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres
(Sal 125, 2-3).

Tengo necesidad de tu alegría.

Hermano, el «servicio» más grande que espero de ti es el de la alegría.

La alegría de los superficiales, de los oportunistas, de los mediocres, de los ricos, de los condenados a placeres forzados, de los esclavos de las apariencias, de los vanidosos, ya la conozco. Sé lo que es.

Tengo necesidad de la alegría de una persona que se ha jugado su vida por el Señor. Esa me interesa. Tengo que descubrirla. Necesito conocerla de cerca, mirarla a la cara, aprenderla.

No la escondas, por favor.

Si posees en verdad esta alegría, no la enmascaras. Sería una falsificación pública. Cometerías un robo. Nos privarías de algo a lo que tenemos derecho.

Empieza por el saludo.

No aquel saludo mascullado, dicho entre dientes, una especie de murmullo.

Quiero un saludo claro, alegre, que sea de verdad una felicitación amigable. Dicho con cara sonriente, que exprese la alegría del encuentro con un hermano.

Y con la cabeza alta, si no te parece mal. ¿No has elegido aquel Dios que, según la expresión de un salmo, te hace «alzar la cabeza»?

Recuerdo que una vez te pregunté por qué os levantábais tan pronto por la mañana. Me respondiste, sin el más mínimo titubeo, enumerándome varias «prácticas de piedad» que teníais que hacer: Laudes, misa, comunión, meditación. «Ahí es donde encontramos la fuerza para nuestra jornada».

Ahora, al verte inmediatamente después, quisiera preguntarte: ¿y por qué no la fuerza de una jornada serena, luminosa, alegre?

Si te veo enfadado, agrio, hiriente, estoy autorizado a pensar que has recibido la fuerza para una... tormenta, no para un día sereno.

Y no olvides que hace falta más fuerza para mantenerse en regla un día con sol, que para gobernarse en un día de negros nubarrones...

El esfuerzo interior es mucho más grande, más comprometido.

La ascesis de la alegría es mucho más ardua que la del enfado.

La penitencia de la sonrisa resulta más difícil y más sangrante — para el amor propio — que la del enfado.

El cilicio de la serenidad se clava sobre nuestra carne rebelde mucho más que el de la borrasca y del humor negro.

Intenta ser *un penitente de la alegría*.

Ama las mortificaciones de la sonrisa.

Dedícate a las maceraciones de la alegría.

Elige los ayunos de la felicidad.

Tengo necesidad de tu alegría, hermano.

Muéstrame a Dios con tu alegría.

No me interesa saber *lo que es Dios en sí mismo*. Cualquier libro puede darme nociones suficientes a este respecto.

Tengo ganas de saber *lo que es Dios en ti*. Qué provoca en ti. Qué sensación produce Dios en quien vive únicamente para él. Cómo le transforma. Qué llega a ser gracias a él.

Me urge descubrir lo que sucede cuando Dios llena completamente una vida. Cuando ocupa por completo el corazón, pensamientos, acciones, sentimientos, voluntad, fuerzas. Cuando se posesiona de una manera absoluta de una persona.

Eso es todo, hermano. Pido precisamente a tu alegría los signos de la presencia de Dios en tu existencia.

Tomás «igía las señales de los clavos, de las heridas.

Yo me empeño en exigir las señales de la vida de la alegría. Tomás se quedó parado en el viernes santo.

Yo, todavía más incrédulo, quiero llegar hasta la mañana de la pascua.

El calvario me ha convencido. Tengo ya pruebas de tus desprendimientos, de tus renunciaciones.

Ahora espero las pruebas de lo que has ganado, de lo que has encontrado. Las pruebas de tu resurrección, de tu transfiguración.

No dudo de tu «muerte» en Cristo. Me hacen falta las señales de tu «vida» en él.

Así pues ¿aceptas este «servicio de la alegría»?

A tu alrededor existen innumerables Tomás que, si no ven, no creen. ¿Quieres ayudar nuestra poca fe?

¿Quieres explicarnos el catecismo de la alegría quizás iniciándole con el abecé de la sonrisa?

En una palabra, ¿te atreves a «explicar» a Dios con tu alegría?



Lunes

...Y nadie os quitará vuestra alegría (Jn 16, 22).

P. Ganne hace caer en la cuenta de que, «para entrar en la alegría» es necesario «salir» de sí mismo.

Pero ¿de qué «yo mismo» debo salir? ¿No se repite continuamente que la felicidad consiste en la realización de sí mismo? Y después, una vez «salido» ¿adónde voy, en qué dirección marchó?

Intentemos precisar.

Debo salir de mi «yo» egoísta, separado, anárquico, limitado. O sea del «yo» que me cierra en un individualismo replegado únicamente sobre mí mismo, y me impide realizarme como persona (persona significa «estar con»).

Debo abrirme a Dios. Acoger el proyecto que tiene sobre mi vida.

Mis proyectos son siempre alicortos. Contentándome con ser hombre, no llego a serlo.

El proyecto de Dios es una «superación» de la simple dimensión humana.

Así pues, la alegría, desde una perspectiva cristiana, se funda únicamente en la acogida de la iniciativa divina. En el «sí» dicho al amor. En el recibir el evangelio, o sea, la buena noticia de la iniciativa de Dios manifestada históricamente en Jesucristo.

Estamos muy lejos de aquellos libros —muy en boga especialmente en Estados Unidos— que pretenden enseñar «el arte de vivir», o dar las «recetas de la felicidad» o, dicho de una manera más expedita, «la felicidad en píldoras».

La alegría, para un cristiano, no se encuentra en las fórmulas de «saber vivir», sino en la única solución de «dejar vivir» a Cristo en nosotros. Permitirle que haga de amo en nuestra vida. Aceptar su plan, hacer su voluntad, entrar como colaboradores en su obra redentora.

No por nada, la primera criatura que en el evangelio habla de alegría, es más, que canta la propia alegría, es María, aquella que salió fuera de sí misma para ponerse a disposición del proyecto divino: «¡He aquí la esclava del Señor!».

Esta acogida del designio divino no implica solamente una dimensión intimista, sino una apertura frente al mundo entero. Es la segunda «salida»: hacia los demás.

En esta doble «salida», hacia Dios y hacia los hermanos, me realizo completamente como persona, pero, si permanezco cerrado en mi «yo» individualista, nunca llegaré a ser yo mismo, seré siempre un «disminuido» en mi verdadero ser, y consiguiendo un necesitado en materia de alegría. Pobreza de alegría quiere decir pobreza de «ser». Quien es pobre de alegría, antes de ser una persona pobre, es un «pobre-de-persona», o sea pobre de sí mismo, es un ser que no crece.

La alegría, en efecto, está anclada en la persona, en su desarrollo, en su crecimiento, en su posibilidad —y voluntad— de llegar a ser lo que debe.

La alegría depende del ser auténtico, profundo, no de la máscara superficial.

La alegría se inserta en el centro de la persona, no es algo pegado a su piel (no existe espectáculo menos agradable para mí que ver personas que «improvisan» una alegría de circunstancias, como si se tratara de ponerse un vestido para determinadas ocasiones...).

Si crezco como persona, como cristiano, como religioso, la alegría «crece» conmigo, en mí. Hace un todo conmigo.

Si me quedo en la mediocridad, en las medias tintas, en los compromisos, en las apariencias, bloqueo, seco al mismo tiempo la fuente de la alegría genuina.

Cuanto más «soy» más estoy en alegría.

Diciendo «sí» a Dios y a los hermanos —y consiguiendo realizándome como ser *comunal*— digo «sí» a la felicidad.

En cambio, cualquier rechazo de este proyecto, cualquier replegarse sobre el yo decrépito, cualquier retorno al hombre viejo representa un pasaporte seguro hacia la tristeza, y la insatisfacción.

Muchas personas son superficiales también en materia de alegría.

O sea, colocan la alegría en la periferia del propio ser: sobre la piel, en la cartera, en el hacer, en el aparecer, en el progresar, en el hacer hablar de sí... Surge un inconveniente, un incidente que arrastra todas estas cosas exteriores (dinero, honores, estima, trabajo, carrera, fama...) y con ellos también la alegría que se les había pegado.

Esto llega inevitablemente, siempre que la alegría se ate a las «cosas», a los sucesos exteriores, a todo lo que no depende de nosotros. Basta el soplo de la contrariedad para que vuelen esas hojas sin peso.

«Perdiendo» esas cosas, se pierde la felicidad.

Pero aquella era una alegría dada y aceptada *en alquiler*. Llega uno y retira la cesión, y nos quedamos con las manos vacías...

Tú, al contrario, procura atar fuertemente la alegría al centro de tu persona, a aquel que debe ocupar el centro, y desde allí dirigir las operaciones...

Clavada en aquella profundidad, será algo de verdad tuyo. Dependerá exclusivamente de ti: de tus «sí» o de tus rechazos. De ninguno otro.

Aprende a cultivar aquella alegría que siendo tuya, o sea incorporada a tu crecimiento personal, nadie podrá quitártela o arrebatártela jamás.

Hay en la tierra demasiada alegría inutilizada

Martes

...Pero yo os digo... (Mt 5, 27 s.).

Sí, el Señor, que habita allá arriba, «sonríe» (Sal 2, 4).

El hombre es un animal extraño.

Discute, se pelea, llega a las manos con sus mismos semejantes para conquistar el propio botín.

Y allí están todos, amontonados, disputándose el único y miserable hueso.

Y pensar que muy cerca existen otros innumerables bocados mucho más exquisitos.

Bastaría un poco de fantasía, una brizna de intuición, una tentativa cualquiera para comprobar que la alegría no se acaba con aquel hueso miserable.

Y, sin embargo, no. Luchas espantosas alrededor del mismo pozo.

O también colas interminables, caóticas, salpicadas de discusiones («me toca a mí», «estoy yo antes», «tengo derecho»), ante pocas ventanillas, y siempre las mismas. Y mientras tanto otras innumerables ventanillas de distribución quedan desiertas.

Dios ha puesto en el mundo muchísimos, inagotables yacimientos de alegría. Los primeros hombres han descubierto algunos y nos han transmitido información. Y así todos, desde siempre, se precipitan a los pozos habituales: poder, tener, valer, gozar, aparecer, recibir, poseer... Y descuidan la exploración de los otros.

El hombre decididamente es un animal de costumbres. Ni siquiera sospecha que la alegría pueda encontrarse también en otras partes.

Cuando uno viene a lamentarse:

—¡Padre, ayúdeme, he perdido la alegría!, respondo impertertable:

—Estáte tranquilo, no es un desastre irreparable. Hay tanta alegría inutilizada por ahí que nadie quiere. Basta empeñarse un poco en buscarla... El hombre, ya ves, no hace otra cosa que malgastarla. Al fin de los tiempos nos daremos cuenta, con sorpresa, que la mayor parte de reservas de alegría existentes sobre la tierra están casi intactas. Y tener que decir que nos lamentamos y estamos mal porque nos falta. Hacemos economías drásticas para ahorrarla, convencidos de su escasez... Nuestra vida sería un anticipo del paraíso siuviésemos los ojos un poco más abiertos...

—Usted se explica muy bien, padre. Pero ¿dónde encontrarla?

—Antes me tienes que decir dónde la has buscado hasta ahora...

—Sí. Ahí está el problema. Nos hemos vuelto locos buscando ese producto precioso en pozos ya muy explotados, en proceso de extinción, o en «cisternas rotas», según la expresión bíblica. Y después de largas esperas, de fatigas inhumanas y sufrimientos increíbles, hemos exprimido alguna gota añeja, absolutamente desproporcionada a nuestra sed.

Todos nosotros, bobos obstinados, tenemos la pretensión de que las cosas y las acciones equivocadas nos dan la felicidad «justa» que buscamos.

T. S. Eliot observaba que el cristianismo es el «camino que conduce a la posesión de lo que habíamos buscado en un lugar equivocado».

El cristianismo presenta *un criterio nuevo de la alegría*. Nos revela esos yacimientos inexplorados de que hablábamos y nos facilita además el plano para encontrarlos.

El sermón de la montaña es, precisamente, ese sorprendente plano de los recursos hasta ahora inexplorados de la felicidad humana.

«Bienaventurados... Bienaventurados... Bienaventurados...».

No «seréis bienaventurados» aquel día, cuando alcancéis mi reino. Sino que ya ahora *sois bienaventurados*, aquí, si sois pobres, limpios de corazón, mansos, perseguidos por la justicia, artífices de la paz. El reino empieza aquí.

Aquí has de encontrar ese tesoro. Basta excavar, tener coraje, tomar iniciativas, adentrarte por veredas poco frecuentadas, aceptar pasar quizás por loco (la mayor parte de los hombres considera «anormal» a aquel que rechaza las reglas de la alegría aceptadas por la mayoría; según la mentalidad común está loco quien no es, quien no hace como los demás; es un desequilibrado quien no se conforma; es un «alienado» quien... busca en otra parte).

¿Estás dispuesto a buscar tu alegría en otro lugar? ¿A alejarte del gentío sofocante para efectuar sondeos en los lugares más insospechados?

Se trata de probar.

Precisamente allí donde todo hace suponer que es difícil, imposible, que no vale la pena, que no se saca nada en limpio, que es demasiado arduo... puede saltar el producto precioso.

Solamente hace falta vencer la repugnancia inicial, el disgusto, las prevenciones, el miedo de aparecer poco razonable, la pereza, y ponerse a trabajar.

Explorar el terreno del siervo humilde, del último lugar, del minúsculo favor a la persona que no se lo merece, del silencio frente a la acusación injusta, del tiempo regalado a aquel individuo insoportable, del trabajo realizado aunque nadie caiga en la cuenta de nada... Y otros muchos. Verás cuánta alegría «nueva», insospechada.

Prueba a tener un cuaderno en donde apuntes, cada vez, el pozo «insólito» de donde has sacado alegría. Procura tenerlo al día continuamente, de enriquecerlo día a día, de apuntar fielmente cada nuevo descubrimiento.

Se hará voluminoso en poco tiempo.

Te servirá para los días tristes, grises, en que te asaltarán la tentación de lamentarte porque has perdido la alegría... Entonces bastará abrir el cuaderno. Para convencerte que es muy fácil reencontrarla.

Basta con buscarla en otro lugar...

Propuestas para un exámen de conciencia

Miércoles

Venid, aclamemos al Señor... (Sal 94, 1).

Un amigo mío ha escrito un pequeño volumen dedicado a la fundación de una hipotética orden llamada «Hermanas de la sonrisa divina»¹. De esas páginas que tratan de un tema tan serio como la risa, os he entresacado algunas preguntas para un examen de conciencia más bien estimulante.

1. ¿He logrado, durante la jornada, suscitar al menos una leve sonrisa en los labios de un enfermo, de un angustiado, de un desanimado?

2. ¿He logrado, al menos una vez, no sólo tragarme un resentimiento mío, un pequeño rencor, una irritación, sino transformarlos en una burbuja irizada que se ha deshecho inmediatamente al sol?

3. ¿He sabido poner un par de alas a un «bubú» físico, hasta responder a quien me pregunta: «¿no estás bien?» un rotundo: «¿yo? estupendamente, gracias».

4. ¿He dedicado al menos un par de minutos a mirar una hoja, una flor, un insecto y a quedar con la boca abierta ante esta maravilla de Dios, con la más dulce sonrisa de admiración?

5. Si he tenido que dar una disposición o reprender a alguien ¿lo he hecho con el garbo del elefante o con el tacto de la abeja, que ni siquiera hace balancearse la flor en que se posa?

1. Frère Hilaire, *Le Suore del divin sorriso*, Torino.

6. ¿He sabido reírme de mí mismo al menos una vez, pero convencido, y de una manera sonora, plena?

7. ¿He logrado capturar y meter en el saco un poco de esa melancolía que a veces aparece de repente como un fantasma, y molerla a palos?

8. Ante la alegría, la suerte, la felicidad, el triunfo ajeno ¿cómo se ha comportado mi corazón? ¿He sentido un espasmo o se me ha disuelto en un mar lleno de luz?

9. ¿Me he esforzado en la oración por unir mi sonrisa a la sonrisa de Dios padre y creador, del hijo resucitado, del Espíritu santo que anima el mundo; he comprendido que mi sonrisa, por pequeña que sea, es creadora, redentora y animadora?

10. ¿Me han brillado los ojos de alegría, hasta iluminar con la mirada aun las situaciones más penosas? Con frecuencia las cosas se hacen cada vez más opacas porque nadie las ilumina.

11. ¿Si me han reñido con razón, me he empeñado en excavar trincheras y en extender alambre de espino, o más bien he dejado que la reprensión pasase sobre mí dejándome espolear de una manera nueva; y todo esto con una sonrisa al menos en el corazón?

12. ¿Si me han reñido sin razón, me he puesto a disparar cañonazos, o más bien he dejado que la reprensión resbalase como una gota de rocío, silenciosamente?

13. ¿Si me ha asaltado alguna duda de fe, me he dejado sumergir como en un pozo, o me he hecho un taburete para ver más lejos, más allá del horizonte, la aurora de la sonrisa de Dios?

14. Al comenzar la jornada ¿he pensado que Cristo resucitó de verdad? Y si lo he pensado, ¿cuántos saltos de alegría he dado: sólo uno?

15. ¿Al oír malignidades, habladurías, chismes, los he destrozado inmediatamente en mil pedazos lanzándolos al aire como confetis o he tapizado con ellos mi corazón?

Y, como conclusión de este examen, a consecuencia del cual verificarás si mereces aprobar esa materia fundamental, que es la alegría, te aconsejo la siguiente oración:

«Señor, la alegría es lo más difícil que nos has podido mandar, la menos proporcionada a nuestras capacidades humanas; más que la cruz, y más que la misma muerte. Porque también los hombres tienen capacidad para pensar en la muerte; pero la alegría, Señor, solamente tú podrías inventarla» (G. Calcagno).

Una oración que no cante es una oración traicionada

Jueves

Se ofrecieron aquel día grandes sacrificios y la gente se entregó a la algazara, pues Dios les había concedido un gran gozo; también se regocijaron las mujeres y los niños. Y el alborozo de Jerusalén se oía desde lejos (Neh 12, 43).

...Siempre que rezo... lo hago con alegría (Flp 1, 4).

Este es un misterio que no logro asimilar. Y creo que hasta el Señor encuentra dificultades para explicárselo.

A veces me divierto observando a ciertas... personas piadosas que salen de la iglesia después de misa. Una procesión lúgubre de rostros ceñudos, de gente tensa, de ojos bajos, de caras sombrías.

Me vienen ganas de preguntar:

—¿Pero de dónde venís? ¿Habéis acompañado al cementerio a un ser querido?

Y no es eso. Parece mentira. Vienen de una fiesta. De un banquete fraterno. ¡Se han sentado a la mesa con el Señor! Y llevan aquellas caras entristecidas...

Me dan ganas de decir:

—Debe haber sido una cosa muy bella, más bien alegre, por lo que puedo observar...

Ah, sí, lo sé. Echarían mano del recogimiento, la compostura y otros mil pretextos, al responder.

Yo, sin embargo, no he entendido nunca cómo uno se puede «disipar» regalando una sonrisa. Cómo se puede «distrar» anun-

Jueves

105

ciando a los demás la propia alegría de haber encontrado, conversado y comido con el Señor. De haberse encontrado entre hermanos sentados a la misma mesa.

¿Podéis imaginar una propaganda del paraíso con la fotografía de aquellos rostros, de aquella procesión?

¿Podéis imaginar con... cara de funeral a las mujeres que, en la mañana de la pascua, corrían a comunicar a los apóstoles la noticia de la resurrección?

Pues bien, la oración es un encuentro con Cristo resucitado. Y es necesario llevar cada día a la gente la noticia de este encuentro.

¿Podéis imaginar con cara larga a los apóstoles que bajan del Tabor?

Pues bien, la oración es una especie de transfiguración. Y deben aparecer, ir marcados en nuestros rostros, los signos de este milagro. Signos de luz, de alegría, de gloria, destinados a impresionar a los demás.

Sin embargo, al observar ciertos rostros sombríos, se saca la impresión de que la oración ha operado una *desfiguración*, no una transformación.

Dice Jean Sullivan: «Cualquier verdad que no cante es una verdad traicionada».

Esto también vale para la oración. Una oración que no cante, que no estalle de alegría, es una oración traicionada.

El hombre en oración hace la experiencia de la alegría. La alegría del encuentro entre dos enamorados.

Y no va a esconder esta alegría, como si se avergonzase.

No. La persona que ora se convierte en un experto de la alegría.

Que haya orado de verdad, qué es lo que le haya proporcionado la oración, lo debemos conocer por su rostro.

«Que ellos mismos tengan mi alegría cumplida» (Jn 17, 13).

Y que no tengan miedo de comunicarla a los demás.

Si veo un rostro triste después de la oración, soy yo el que me «distrigo» de orar. Me desanimo, aun antes de comenzar...

«...Y la alegría de Jerusalén se oía de lejos...». Y tu alegría después del encuentro con el Señor ¿hasta dónde se oye?

Una invitación al confesor para comer

Viernes

Habrà más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse (Lc 15, 7).

La misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta (Lc 15, 10).

...Zaqueo bajó en seguida, y lo recibió muy contento (Lc 19, 6).

Si no le hubiera visto yo con mis ojos entrar allí dentro, podría no creerlo.

Pero la verdad es que ha estado dentro.

Y ahora le veo salir como enfadado, triste, con las cejas fruncidas.

Me dan ganas de preguntarle:

—¿Te han perdonado o te han pegado?

O sea, ¿tehas puesto en contacto con la misericordia o con el castigo de Dios? ¿Has experimentado su bondad o su severidad implacable?

¿Quizás es que el confesor se ha olvidado de decirte que Dios te ama, que es feliz al perdonarte?

Si no te ha dicho esto, entonces volvamos atrás y démosle a él los palos —que bien se los merece— porque ha traicionado su misión que es la de dar una comunicación esencial: la noticia de la misericordia de Dios.

El sacerdote no da nada suyo. El perdón, la ternura, la acogida, el amor son de Dios. Y él debe sencillamente ofrecer todo esto.

Viernes

107

Si da otra cosa, traiciona su deber. Se queda con algo que no le pertenece.

Aquel rostro compungido, quizás iba bien antes de la confesión.

Pero, después, la alegría es obligatoria.

La alegría de los perdonados.

La alegría de los «rehechos».

La alegría de los recreados gracias al amor.

La alegría de los reconciliados con Dios y con los hermanos.

No hay duda, en la confesión también te reconciliaste conmigo, y con aquella persona que has encontrado inmediatamente después, y con aquella otra... Y me resulta difícil admitir que un *signo* de la reconciliación conseguida pueda ser aquel rostro mustio.

Cuando Cristo ha «reconciliado» a alguno, le ha perdonado los pecados, el episodio ha terminado con una fiesta. Y hasta con un banquete. No hace falta más que leer los pasajes que tienen como protagonistas a Mateo, Zaqueo y al hijo pródigo de la parábola. ¡Y también «una mujer de la ciudad, una pecadora...» (Lc 7, 37) fue perdonada durante un banquete!

Cristo nos asegura que se hace fiesta «en el cielo» y que hay «alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que se convierte». ¿Por qué no se puede hacer fiesta también en la tierra?

¡Qué hermoso sería si, después de las confesiones, el sacerdote no se marchara silencioso, silencioso como llegó, sino que se le invitase a comer con nosotros! A festejar juntos el perdón. Aquel perdón que él ha tenido la alegría de dar y que nosotros hemos tenido la alegría de recibir.

De todos modos, al menos un cierto aire de fiesta debería caracterizar el día de confesiones en una comunidad.

Yo sueño siempre con poder descubrir con seguridad de éxito, por la cara de los... habitantes, que en una determinada casa es día de confesiones.

¡La alegría que uno no tiene... puede darla siempre!

Sábado

...Los afligidos siempre alegres, los pobres que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen (2 Cor 6, 10).

Lo sé. Puedes vivir momentos en que, aunque rebusques en los bolsillos y explores en los rincones más escondidos de tu ser, no logres descubrir ni una migaja de alegría.

Se dan circunstancias en que, por mucho que examines los acontecimientos de tu pequeña crónica cotidiana, los escrutes por todas partes, no se descubre nada que pueda legitimar ni siquiera una sonrisa relámpago.

Y hay situaciones en las cuales las personas que te rodean, aunque las peses en una balanza benévola, no te ofrecen sino motivos de decepción, y hasta de disgusto.

Con toda tu buena voluntad no logras reunir en ti, ni a tu alrededor, ni un gramo de alegría.

Eres pobre de alegría. De una manera absoluta, radical.

Ni un rayo de luz, ni una vislumbre de tiempo sereno en el horizonte.

Solamente oscuridad y tristeza, abatimiento y amargura, cansancio y desconsuelo.

Pues bien, te queda una increíble posibilidad.

La de ofrecer alegría.

Esa alegría que no tienes, entiéndeme bien.

Sí, precisamente tú, harapiento, reducido a la extrema miseria, pobre en materia de alegría, estás en condiciones de enriquecerte

Sábado

109

con aquel producto que escasea en tu casa, que ha desaparecido de tus armarios, regalándolo a los demás.

El coraje —decía don Abundio— si uno no lo tiene no se lo puede dar.

La alegría, sin embargo, si uno no la tiene, *siempre puede darla*.

Por una paradoja extraña ¡dándola se recibe!

No es un producto que sea necesario poseer y acumular preventivamente para poder después hacer partícipes a los otros.

No se da la alegría como si se ofreciese un caramelo. Si no tengo el caramelo tampoco puedo regalarlo.

Pero la alegría se crea, se inventa, se produce en el instante mismo de ofrecerla.

La alegría no es lo supérfluo, las sobras de tu banquete, que te dignas distribuir porque estás bien comido.

Si esperas a comunicar alegría sólo cuando la poseas, estas circunstancias favorables se dan pocas veces en tu vida.

No. En materia de alegría no se ofrece de lo superfluo sino de lo necesario; diría más: del no tener, de su falta.

Preocúpate, pues, de la alegría de los demás.

Sal fuera del agujero de tus dudas, de tus ansiedades, de tus problemas angustiosos, de tus dificultades.

Deja de pensar en ti mismo.

Olvida tus desgracias.

Deja a un lado tus disgustos.

Piensa en la soledad, en los sufrimientos, en la tristeza de los demás.

Ocúpate de las dificultades, de los disgustos de tu prójimo.

Toma a pecho los afanes, las exigencias de quien vive junto a ti.

Regala a los otros la luz que no tienes, la fuerza que no posees, la esperanza que sientes vacilar en ti, la confianza de que te ves privado.

Ilumínales desde tu oscuridad.

Enríquelos con tu pobreza.

Regala una sonrisa cuando tienes ganas de llorar.

Crea serenidad desde la tempestad que llevas dentro.

«Ahí tienes, te doy lo que no tengo...». Que sea ésta tu paradoja.

Advertirás que la alegría, poco a poco entrará en ti, inundará todo tu ser, se hará verdaderamente tuya, en la medida en que la regales a los demás.

Existe una alegría, una felicidad de la persona, del ser que se comunica, se transmite, que actúa por contacto. Y es natural.

Pero existe también una alegría, mucho más valiosa, que se crea de la nada en el momento mismo de darla.

En el mismo gesto de ofrecer un tesoro que no tengo, me lo encuentro entre las manos. Mejor dicho: lo descubro «dentro».

¿Nos decidimos a probar?

Via crucis (I)

**Te rogamos, Señor Dios nuestro, que tu gracia nos ayude,
para que vivamos siempre de aquel mismo amor
que movió a tu hijo a entregarse a la muerte
por la salvación del mundo**

(Colecta del quinto domingo de cuaresma).

El vía crucis es una de las prácticas más discutidas y hasta más desacreditadas en ciertos ambientes religiosos.

Los motivos son múltiples. Entre otros: una cierta manera tristemente mecánica de hacer el vía crucis, un cierto estilo intimista, ambiguamente sentimental. Una cierta postura de superficialidad, en virtud de la cual, este ejercicio piadoso afecta solamente a una pequeña región periférica del propio ser, provocando una conmoción superficial, sin tocar eficazmente en una realidad más profunda y sin que la persona «devota» se vea obligada a un compromiso más auténtico.

Y sobre todo: con frecuencia el vía crucis se circunscribe al pasado. Se limita a recordarnos los sucesos del pasado. Se nos intenta conmover también, con expresiones aburridas y de gusto dudoso, por lo que Jesús ha hecho, por lo que le han hecho, por lo que le ha sucedido, por lo que ha sufrido, por lo que los otros le han hecho sufrir.

Y no se nos ocurre subrayar la actualidad de la pasión, el hecho de que Cristo todavía hoy lleva la cruz, y es condenado, escarnecido, ayudado, confortado, ultrajado, clavado, desnudado, abandonado...

El vía crucis, sin embargo, debería ser el único «ejercicio de piedad», en que se permitiesen las distracciones. Es más, que incluso fueran obligatorias. Quiero decir las distracciones hacia el presente, hacia la actualidad de la pasión de Cristo, hacia la contemporaneidad de sus protagonistas.

Ahora bien, el esquema que propongo quiere ser esencialmente un estímulo para meditar la pasión en clave de *actualidad* y de *corresponsabilidad*. En suma, se trata de sentirnos contemporáneos y cómplices, no simples espectadores, aunque devotos.

La formulación es muy simple para cada estación: el hecho, su impacto en el hoy, mi responsabilidad.

Podríamos decir:

- Qué tiene que ver Cristo con la pasión del hombre de hoy.
- Qué tengo que ver yo.

Pasar del «ejercicio piadoso» al «ejercicio incómodo».

Me limito a breves y concisas observaciones¹. De manera que deje espacio a la reflexión personal y comunitaria. De tal modo que ofrezca a cada cual la posibilidad de incluir otros elementos, ligados a su participación personal no solamente en el vía crucis del «hombre familiarizado con el padecer», sino también en el vía crucis de todo hombre.

Por eso, este ejercicio, como le proponemos, no es un «asunto», que se limite a la iglesia, a la capilla. Es necesario tener los ojos y el corazón bien abiertos sobre el mundo en que vivimos.

Más que un pasar de una estación a otra, siguiendo los cuadros colgados en la pared, se necesita un pasar habitual de una visión devocional a una visión verdaderamente cristiana y participada de la realidad que está mucho más allá del «pequeño jardín» de nuestra alma.

El calvario, en sus dimensiones reales, se descubre solamente saliendo fuera.

Cristo salió a morir fuera de la ciudad.

Si nos empeñamos en permanecer al resguardo, protegidos por los muros acolchados de una espiritualidad pietista, si no nos dejamos herir por una realidad, el gran ausente de nuestro vía crucis será precisamente él, el verdadero, insustituible protagonista.

El vía crucis será entonces el «ejercicio piadoso» de la ausencia.

La ausencia de la vida.

Animo, salgamos al aire libre.

1. Para un desarrollo más completo del tema de la «fuga», véase mi libro *La oración del pecador*, Madrid 21972.

Primera estación: Jesús condenado a muerte

Domingo

MARCO

Pilato había declarado: «No encuentro en él ningún delito» (Jn 19, 2). Y, sin embargo, a los pocos minutos daba la sentencia. La expresa no con palabras sino con un gesto helador: «A Jesús se lo entregó a su voluntad» (Lc 23, 25).

Antes de ser condenado por Pilato y por los gritos de la multitud, Jesús ya había sido «condenado» por la traición de un amigo, por el sueño, por el abandono y apostasía de otros amigos...

El que no había venido al mundo para juzgarlo, sino para salvarlo, es condenado por todos.

El que había venido a ser Emmanuel, el Dios-con-nosotros, es quitado del medio de una manera brutal. «¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!» (Jn 19, 6).

ACTUALIDAD

— El enfermo sobre el que se pronuncia un veredicto de condena. «Pronóstico reservadísimo». Operación, aplicación de rayos, «desgraciadamente la metástasis...».

— Sobre todo los «condenados a muerte» en la plenitud de sus energías, en el apogeo de su juventud, en el amanecer de un brillante porvenir.

— Aquellos que son despedidos, que quedan sin trabajo.

Aquel grupo de peones que he visto, en una mañana de niebla, en el muelle del puerto. Después de una larga espera, silenciosa,

ha llegado un individuo con un abultado cuaderno. Ha escrito los nombres de una docena. Los otros, los excluidos, han marchado cabizbajos, como aplastados bajo el peso del abatimiento, de la desilusión, de la humillación...

— Todos aquellos que, culpables o inocentes, escuchan al juez de un tribunal que da la sentencia condenatoria.

CORRESPONSABILIDAD

Nuestras condenas.

Nuestros juicios duros inapelables.

Las sentencias que pronunciamos con tanta facilidad y rapidez.

Las clasificaciones fáciles.

Nuestra manera expedita de «liquidar», poniéndole encima una etiqueta superficial e... imposible de eliminar, a quien nos molesta.

La animosidad que ponemos en descubrir y denunciar los defectos de los otros...

Señor, hazme entender que cuando adopto el papel de juez, y «maltrato» a mis hermanos ajusticiándoles con veredictos de condena o de descrédito, no elimino a nadie más que a ti, el justo.

Segunda estación: Jesús carga con la cruz

Lunes

MARCO

Los eruditos no están de acuerdo acerca de la forma de la cruz de Jesús. Discusiones académicas. No importa la forma de aquel instrumento que le molía las espaldas ya aradas por los golpes de la flagelación.

La cruz no es más que el «signo» exterior del peso que le aplastaba el corazón.

Sobre aquel cuerpo martirizado se amontonan efectivamente los dolores, las angustias, las penas de todos los hombres. Los sufrimientos de la humanidad entera forman grumos de sangre en su corazón. Sobre su cruz cae el peso insoportable de la cruz de millones de criaturas.

Su cuerpo se convierte en el continente sin fronteras del dolor humano.

Ningún sufrimiento es extraño a aquella cruz.

Por eso es tan pesada la cruz de Cristo.

«¡Ahí tenéis al hombre!».

Ahí está el hombre que carga sobre sí el sufrimiento de todos nosotros, sus hermanos.

La cruz es el signo, el sacramento del sufrimiento de los hombres que Dios acepta, que Dios pone sobre sus espaldas.

La cruz es el choque tremendo del dolor humano que va a estrellarse sobre el corazón de Dios.

Cristo se posesiona también, en este momento, de tu sufrimiento.

Y ahora camina tambaleándose.

¡Ahí tenéis al hombre! «Ahí está el que carga, soporta, lleva nuestra angustia» (K. Barth).

ACTUALIDAD

— Todos aquellos sobre los que cae, de improviso, la cruz. Precisamente aquella que no esperaban. Aquella que viene a echar por tierra sus sueños, a desbaratar sus proyectos, a devastar sus más legítimas aspiraciones, a demoler sus esperanzas.

— Una desgracia cruel, fulminante.

— La pérdida de una persona indispensable para la familia.

— Una noticia que te deja sin respiración, a pesar de que te la han comunicado «con todas las cautelas».

— El hijo arrestado, y aparece el nombre, la fotografía en los periódicos.

— Una enfermedad que extiende una sombra de incertidumbre sobre el porvenir. Estoy pensando en aquel hombre de unos treinta años que encontré en una casa de salud. Saldrá de allí, en la hipótesis más optimista, después de dos años. Mientras tanto en casa está la mujer con dos niños pequeños, y han de arreglarse con la modesta prestación por razón de enfermedad.

Pienso en el caso de aquella mujer que desde hacía tiempo soñaba con hacer un crucero. Cuenta ella misma lo siguiente¹:

«Después de una juventud muy sacrificada gané un concurso y trabajé como empleada de la administración pública: horarios minuciosos, pocas distracciones. Sin embargo algún año antes de jubilarme me parecía que podía permitirme el lujo de una pequeña locura. ¡Cuántas veces había soñado con hacer un crucero por Grecia antes de poderlo tener al alcance de la mano!

«Seleccioné los vestidos, compré las guías turísticas, estudié los mapas. Ya había cerrado las maletas y contaba las horas que me faltaban para partir, cuando un repentino ataque de hemiplejía hirió la parte izquierda de mi cuerpo, matándola antes que a mí, que yacía desvanecida al lado de las maletas. Después una mano caritativa quitó del medio los folletos ilustrados, alineando sobre mis estantes pilas de medicinas...».

CORRESPONSABILIDAD

Las lamentaciones por aquella cruz que no nos gusta...

La «dramatización» de un pequeño incidente, de una incompreensión, de un insignificante fastidio, de una desgracia sufrida.

La incapacidad de sufrir en silencio.

1. Cf. J. Moret, *Quel che manca alla passione di Cristo*, Torino.

La obstinación por hacer valer «mis razones» en cuestiones banales.

La negativa a aceptar serenamente aquella humillación, aquel trato que «no merecía».

Señor, te lo pido, no te preocupes de mis lamentos. No tomes en serio mis estúpidas exageraciones, cuando hay un cruz a la vista. Hazme consciente de que cada cruz rechazada es un peso que cae sobre tus espaldas. Convénceme de que no es posible seguirte, hasta el calvario, como un turista, con las espaldas libres. Sin peso, me quedo inexorablemente parado, clavado en mi mediocridad.

Contigo sólo se puede caminar agarrado firmemente a aquel tosco madero, que nunca es bello de mirar...

Tercera estación: Jesús cae bajo la cruz

Martes

MARCO

No importa que el evangelio no recoja las tres caídas, y que solamente encuentren eco en la tradición y en la fantasía popular.

Pueden ser más que verosímiles, habida cuenta de las circunstancias.

Después de aquella noche terrible, Jesús está completamente extenuado, en el límite de su resistencia. Sin fuerzas, deshecho, destruido.

No puede seguir caminando.

Marcha cada vez más fatigosamente, tropezando penosamente.

Su espalda es frágil como la mía, como la tuya, como la de todos los hombres. Y el peso termina por hundirlo.

«...Despreciable y deshecho de los hombres, varón de dolores y sabor de dolencias, como uno ante quien se quita el rostro...» (Is 53, 3).

En esta caída me parece que puede subrayarse, sobre todo, la soledad del condenado.

Rodeado por soldados que le azuzan, por una multitud que grita, Cristo está trágicamente solo.

Solo para soportar el dolor del mundo.

Solo para llevar el pecado del hombre.

Esta soledad aplasta a Cristo contra el suelo más que la cruz...

«Me asombré de que no hubiera quien me apoyase...» (Is 53, 5).

Martes

121

ACTUALIDAD

— El drama de la soledad de los viejos, a quienes se considera como estorbos y marginados de nuestra «civilización del bienestar».

— Los que se consideran una carga.

— Las personas que son rechazadas y despreciadas como inútiles.

— Los que no son como los demás.

— Los «excluidos», los marginados, las víctimas de los racismos (color de la piel, ideologías políticas, confesiones religiosas).

— El pobre hombre, ya reducido a chatarra, que ha salido de la cárcel y ve que se abre el vacío a su alrededor, incluso en el círculo familiar. Las personas «bien» huyen de él como de un apestado.

— El pobre viejo que encuentro hecho un ovillo sobre un banco en esta fría mañana de otoño, mientras mastica su propia amargura, con la mirada ausente, cargado de tristeza.

— El desconocido que marca el número del teléfono de la esperanza, así sin un motivo al parecer, sólo para oír una voz con timbre de humanidad.

— La mujer que va buscando algo en medio del gentío de la ciudad y se lamenta: «Siento que mi alma explota. Solamente veo rostros que no me miran».

— La esposa que confiesa: «A la noche comemos pan y silencio».

— La viuda que expresa su ilimitada desolación: «No tengo amigos y espero la muerte mirando al televisor».

— La madre soltera que pide ayuda y solamente encuentra el desprecio general.

CORRESPONSABILIDAD

A nivel personal:

— Cuando, por los motivos más variados y mezquinos, no aceptamos a ciertas personas.

— Cuando «aislamos» a alguno a causa de nuestros prejuicios.

— Cuando negamos la limosna de un poco de nuestro tiempo a quien quisiera contarnos la letanía de las propias desgracias.

— Nuestras negaciones a escuchar, a comprender.

A nivel comunitario:

- La crisis de rechazo, como si fuesen cuerpos extraños, de algún hermano menos simpático.
- Ciertos climas de desconfianza y frialdad.
- Ciertas «distancias» manifestadas, sobre todo, frente a aquellos que se encuentran en dificultades.

Señor, cuando levantes el rostro, extraviado, después de tu caída, quiero que puedas acogerte a mi mirada cargada de compasiva participación amorosa.

Hazme atento y presente a las innumerables criaturas que atraviesan el túnel de la soledad.

Que mi mano esté siempre dispuesta a expresar el gesto de la amistad, sin caer jamás en la tentación de levantar barreras de separación, de rechazo, o de indiferencia.

Cuarta estación: El encuentro con la madre

Miércoles

MARCO

Esta vez se da un encuentro verdadero.

Se había dado un encuentro fallido, en los primeros tiempos de la vida pública. «Mira, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan. Les contestó: ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y paseando la mirada por el corro, dijo: Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mc 3, 32-35).

Ahora la situación ha cambiado. No hay peligro de molestar.

La multitud que ahora le rodea, que le estruja, que lo acosa, es de otra clase.

Finalmente, hay lugar y tiempo también para la madre.

A lo largo de la vía dolorosa, ya no hay gente que reivindique el derecho a los primeros puestos.

Basta una mirada. Y, quizás, en la de la madre, se vislumbra una pregunta dramática, pero muy natural.

—¿Dónde están? ¿Te han abandonado?

—Sí. ¿Dónde están?

¿Dónde ha ido a parar el primer núcleo de la «iglesia militante», vencido ya en la primera pelea contra el sueño, en el huerto de los olivos? ¿Y el primer papa? ¿Y los primeros obispos? ¿Y la multitud que quería hacerle rey? ¿Y los ciegos, los leprosos, los lisiados, todos los enfermos curados?

«Paseando la mirada alrededor...» él podría preguntar: «¿Dónde están mi madre y mis hermanos?».

Mira, la madre está aquí. Ha sabido esperar después de aquel encuentro fallido, casi rechazado. Una larga, oscura espera de silencio, de discreción, de renuncia.

Bienaventurados los pobres...

María ha renunciado a todo, también a los derechos de la sangre sobre su hijo. Voluntariamente «se ha dejado empobrecer de su hijo».

Le ha sido expropiado por los otros. Le ha dejado completamente libre para la misión que le había confiado el padre. Y, durante toda la vida pública de Jesús, prácticamente ha desaparecido de la escena.

Ahora reaparece en el camino del calvario. Para descubrir, para vivir la última consecuencia del «sí» inicial.

A lo largo de la vía dolorosa, la Virgen ha encontrado al hijo para asegurarle que aún podía contar con aquel «sí». En medio del torbellino de los «no» del rechazo, perdura siempre aquel «sí» de la aceptación, de la disponibilidad, de la colaboración.

Y Cristo puede proseguir su camino.

Es más, ni siquiera se ha parado...

ACTUALIDAD

Esta estación nos sugiere el encuentro con un tipo particular de madres. Aquellas para quienes el «sí» es tremendamente difícil.

Quiero decir las madres que tienen un hijo deforme en el cuerpo, o disminuido psíquico.

No hay nada que añadir. Porque solamente el silencio logra respetar un dolor tan profundo y no aumentar el desgarrar de ciertas situaciones «imposibles».

CORRESPONSABILIDAD

La Virgen sabe dónde encontrar a su hijo. A lo largo de la vía dolorosa la cita es segura.

Sin embargo, no siempre logra «encontrarse» con nosotros.

No nos encuentra donde deberíamos estar.

Somos especialistas del «no ser» y del «no estar».

Somos muy hábiles para no dejarnos encontrar en las citas decisivas, para faltar a las citas más comprometidas.

«Yo soy aquel que no estoy nunca...».

✓ A cuántas citas hemos faltado durante nuestra vida, en nuestro testimonio religioso. Citas con la santidad, con la historia, con la adoración, con la novedad, con el radicalismo evangélico, con la renovación...

Nos emboscamos en una infinidad de senderos tortuosos, con tal de no recorrer el camino de la coherencia absoluta y de la fidelidad total a nuestra vocación.

Así nos hacemos responsables de demasiados encuentros fallidos, a todos los niveles.

Quedamos reducidos a personas mediocres, resignados «viajantes» de desilusiones.

Señor, en medio de una multitud anónima has sabido descubrir la presencia de tu madre.

Una presencia «diversa» de las demás. Un encuentro hecho de discreción y de silencio, sin gestos exteriores. Ha bastado una mirada de mutua inteligencia, una repetida convergencia de voluntades. Un intercambio del «sí».

También yo quiero dejarme encontrar por ti.

Quiero estar en mi sitio.

Que tú me veas «diverso».

Que no te desilusione demasiado.

Que no desilusione jamás las esperanzas de los hermanos, que te buscan, que me buscan...

Quinta estación: Simón Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

Jueves

MARCO

«Cuando lo llevaban, echaron mano de un cierto Simón de Cirene que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús» (Lc 23, 26).

Simón de Cirene es un mozo de cuerda ocasional, que ha tenido la gran suerte de echarle una mano a Dios vacilante bajo un peso desproporcionado.

Es verdad que el encargo no era apetitoso. Han tenido que «requisarlo». Es un asunto del que se ocupan los militares. Y los soldados no acostumbran a invitar con buenos modales, no se informan con cortesía: «¿Quién se atrevería a...?». Agarran al primero que pasa por el lugar y que parece tener lo que se requiere para aquella necesidad, y le imponen bruscamente: «¡Hala!, deprisa, ponte allí... carga con aquel peso, pues de lo contrario jamás llegaremos a la meta... ése se nos muere por el camino. ¡Venga!, y deja de poner pegas».

El, por supuesto, al principio no debió entusiasmarse mucho con el «honor» que le habían deparado. ¡Qué caramba! ya había sudado bastante en el campo durante toda la mañana. Tenía todos los derechos para llegar tranquilamente a casa sin tenerse que ocupar de desgracias ajenas. Y mucho menos de las de un condenado a muerte, un desconocido. El era una persona honesta y trabajadora. El nunca había hecho mal a nadie. El se preocupaba de sus cosas. Y ahora por qué le complicaban la vida metiéndolo a la fuerza en aquel lío...

Jueves

127

Sea como fuere, más que rompernos la cabeza adivinando lo que pensara —y murmurase— Simón de Cirene, el mozo de cuerda sin vocación, es hermoso imaginar lo que habrá pensado Cristo de él.

Para Cristo, Simón de Cirene, el mozo de cuerda ocasional y mandado, adquiriría una fisonomía precisa y esencial: «el que me ayuda a llevar la cruz. Un hombre que pone sus espaldas a mi disposición». Nada más.

Más allá de los defectos y de las cualidades, de las virtudes y de las villanías, de la honorabilidad o no honorabilidad, persona honesta o poco recomendable, a los ojos de Jesús Simón de Cirene es ni más ni menos, «aquel que le ha prestado un poco de alivio».

Dios para juzgarnos no tiene necesidad de nuestros complicados y enredados *test* psicológicos.

Para él una persona se define también a través de un simple gesto: el ofrecimiento de un vaso de agua, de un trozo de pan, de un poco de compañía.

Un gesto que *fija* a una persona en una perspectiva de amor y, por lo mismo, de eternidad.

ACTUALIDAD



«...Un cierto Simón de Cirene... padre de Alejandro y de Rufo...» (Mc 15, 21). Y padre, desde aquel momento, de una familia inmensa. Fundador de una estirpe de estupendos mozos de cuerda, diseminados por los caminos del sufrimiento humano.

La descendencia de Simón de Cirene, por fortuna, se ha multiplicado y alargado hasta hoy de una manera inverosímil.

La pertenencia a esta familia se distingue por una característica común a todos sus miembros: la actitud para ayudar a un hermano a llevar la cruz.

No hace falta dar nombres. Basta con el del patriarca, un cierto Simón de Cirene, de profesión labrador.

Los infinitos sin nombre que alivian los sufrimientos de los otros.

Especialmente aquellos que, aun teniendo ya demasiados dolores en casa, se preocupan de los dolores de los demás.

Aquellos que pagan regularmente el precio del olvido de sí mismos, del propio tiempo, de los propios derechos, de los fastidios propios, de los propios medios «limitados», para regalar a los otros una sonrisa, un respiro de consuelo, un brillo de esperanza.

Los animosos que rompen los cercos del egoísmo y de la prudencia, para comprometerse en favor del débil, del indefenso, del oprimido.

Los solitarios que se interesan por los «últimos», en quienes nadie piensa.

CORRESPONSABILIDAD

Siempre que cedemos a la tentación de pasar de largo ante la cruz de los demás.

Fingimos no ver.

Ya hice demasiado.

No me toca a mí.

¿Qué puedo hacer yo?

¿Qué tengo que ver yo con eso?

Siempre que no nos dejamos molestar por un prójimo poco grato, que llega en el momento menos oportuno, y no respeta las normas sociales, no anuncia su visita, altera nuestras costumbres...

Señor, borra de mi vocabulario la expresión «yo no tengo nada que ver». Y también aquella otra: «Ya hice demasiado».

Cuando se trata de la cruz de un hermano, siempre tengo algo que ver con ella. Desde el momento en que te concierne a ti...

Y cuando ya hice demasiado, me queda siempre por hacer... lo más.

Sexta estación:

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Viernes

MARCO

«Sin figura, sin belleza.

Lo vimos sin aspecto atrayente...» (Is 52, 2).

Tampoco esta estación es del agrado de los historiadores. Hay quien quisiera quitar del vía crucis a esta mujer cuyo gesto no viene recogido en el evangelio. Pretenderían echar de la narración de la pasión a esta intrusa de la misericordia, a esta «abusona» que no puede presentar la entrada con el sello de la historia.

Sin embargo, ¡ay! si nos «saltáramos» esta estación. Sería la descalificación de un mundo poblado de animales, equipados de razón y de un robusto... corazón de piedra.

Si Cristo, a lo largo de la vida dolorosa, no hubiese encontrado ni siquiera una persona capaz de cumplir el gesto de la Verónica —un pañuelo pasado furtivamente por un rostro deshecho por el cansancio y cubierto de sudor, sangre y salivazos— entonces, en verdad, me avergonzaría de ser hombre.

Entonces debería dirigirme a geógrafos y astrónomos y científicos de distintas tendencias, y decirles rotundamente: «Queridos e ilustres señores, habéis tenido una colosal equivocación al presentarnos la tierra en la forma que la vemos en el mapamundi. Corregid vuestro error. En realidad la tierra tiene forma de jaula, y dentro hay dos clases de fieras: las que se arrojan, ávidas, sobre la presa. Y las que asisten, impasibles, al estrago».

No. Por suerte existe esta mujer con su pañuelo. Todos la necesitamos. Para que se nos reconozca al menos una brizna de dignidad.

ACTUALIDAD

Podemos decir que las pruebas de la existencia histórica de la Verónica no deben buscarse en el pasado, sino en el presente.

También hoy, además de individuos de la raza de Simón de Cirene, hay gente de la familia de la Verónica.

Son las personas que tienen el coraje de realizar *un gesto que no resuelve nada*. Un gesto pequeño, insignificante, inútil, desproporcionado a la gravedad y complejidad de la situación.

Y, sin embargo, estos oscuros profesionales del «gesto de nada», son los que hacen creíble el término «progreso».

Ellos no tienen la pretensión de resolver «los problemas globales», de afrontar las situaciones «en sus implicaciones socio-culturales», ni esperan que se invente «una nueva estrategia de la misericordia». Se contentan con resolver el minúsculo problema de *aquel* sufrimiento, que está ahí, ante su vista, y del que nadie se preocupa.

Pienso en aquella joven religiosa que encontré en una sección alucinante de un hospital psiquiátrico de Italia central. Las flores, el rincón característico con las butacas multicolores colocadas con gusto, las pinturas de las paredes.

De vez en cuando el contenido de algún plato iba a estrellarse contra los cuadros y lo que goteaba paredes abajo no era precisamente algo artístico...

Alguno, razonable por supuesto, insinuaba:

—No merece la pena afanarse tanto por adornar un ambiente como éste. Total, al final de la tarde, todo queda hecho una lástima. Y además, ellos ni siquiera entienden...

Pero ella, la hermana de la congregación de la... Verónica, cada tarde comienza de nuevo a pintar, a poner todo en orden, a colocar adornos en las paredes, a reparar una butaca deshecha...

Sabe que el amor tiene una lógica para la cual no hay gesto inútil o insignificante. Y todo merece la pena, cuando se ama...

CORRESPONSABILIDAD

Demasiadas discusiones académicas.

Una cierta problemática complaciente y complicada, pero que jamás se traduce en un compromiso concreto de sacrificio y renuncia.

La insistencia exasperada por pensar en «nuestras cosas».

Tantas charlatanerías inútiles.

Formulación de proyectos grandiosos e indiferencia o ceguera frente aquella persona concreta, de carne y hueso, que vive a tu lado, y que necesita precisamente de ti un gesto, una pequeña palabra, un mínimo de atención.

La cabeza y la boca en actividad frenética, y el corazón distraído, cansado, ausente, entorpecido, tardo para entender, poco entrenado para hacerse cargo del sufrimiento ajeno.

Señor, dáme la fuerza del gesto «que no resuelve nada».

Y no estoy llamado a resolver todos los problemas del mundo. Debo comenzar por resolver el minúsculo, elemental problema del pobre hombre que espera algo de mí ahora.

No permitas que falten nunca en medio de nosotros los animosos profesionales del «gesto de nada».

El que tiene hambre, frío; el que está solo, pobre de amor, nada tiene que oponer a que los grandes especialistas afronten y resuelvan los problemas globales y las situaciones complejas. Mientras tanto, sin embargo, se conforma con el «gesto que no resuelve nada». Tiene necesidad de él.

El gesto, sorprendente, de la persona que sale fuera del propio egoísmo y pone al descubierto su propio corazón. De carne.

Séptima estación: Jesús cae por segunda vez

Sábado

MARCO

«Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados; ellos no sabían qué contestarle...» (Mc 14, 40).

Ahí está Simón de Cirene que le ayuda. Y sin embargo cae de nuevo. Está acabado. Ya no puede más.

En esta nueva caída Cristo es empujado —además de por sus padecimientos y su cansancio acumulado— también por nuestras *recaídas*. Por nuestra voluntad adormecida. Por nuestro entusiasmo. Por nuestras fogosidades que, poco a poco, se han debilitado, apagado, cuasi petrificado. Por nuestros ojos cargados, que no logran ya descubrir horizontes suficientemente espaciosos. Por nuestro pequeño cabotaje en los cenagales de la mezquindad. Por nuestro frecuentar las zonas de la insignificancia.

Cristo lleva el peso de nuestra debilidad, de nuestra flaqueza. Cristo lleva el peso de nuestro *pecado habitual*.

ACTUALIDAD

Intentemos desgranar el rosario de las miserias cotidianas de tanta gente:

- Los altercados de cada día.
- Los frecuentes escándalos del marido violento y borracho.
- Las acostumbradas desilusiones de quien busca desesperadamente trabajo.

Sábado

133

— La habitual angustia por el hijo que frecuenta ciertas compañías equívocas (y la droga, desgraciadamente, es algo más que una sospecha preocupante).

— Las repetidas preocupaciones por el dinero que no alcanza.

— Las letras de siempre que vencen.

— Las diarias ocupaciones banales.

— Las acostumbradas infidelidades que hay que soportar en silencio.

— El trabajo inhumano de cada día en la cadena de montaje.

— Los monótonos, interminables kilómetros recorridos de noche y con niebla. Y el camionero tiene los nervios deshechos, los ojos que queman, y le parece estar perdido en el desierto.

— Las acostumbradas crisis de insomnio.

Y dentro del tema de las re-caídas no olvidemos una plaga vergonzosa: los frecuentes accidentes de trabajo. En todas partes, solamente en la construcción, mueren cada año miles de personas por caídas de los andamios.

CORRESPONSABILIDAD

Nos viene por nuestra incapacidad de dar un sentido a las «cosas ordinarias» que caracterizan nuestra existencia cotidiana y que constituyen el *test* más convincente de la grandeza y de la fidelidad.

Cuando lloriqueamos porque nos sentimos marginados.

Cuando nos enfadamos porque se nos ha confiado un que-hacer sin relieve, poco vistoso.

Cuando nos limitamos a repetir gestos mecánicos, sin alma, sin espontaneidad, sin adhesión interior.

Cuando nos dejamos seducir por ciertos ambientes de aburrida uniformidad, de obtuso conformismo.

Cuando nos contentamos con fórmulas, con *slogans*, sin un profundizar personal, sin un esfuerzo de originalidad.

Cuando aceptamos determinadas «situaciones de hecho», poco claras, por amor al vivir tranquilos y para no tener complicaciones.

Cuando nos resignamos aun antes de haber intentado algo...

Señor, cúrame del contagio de la costumbre, de la tentación del cansancio.

Que mi don tenga siempre la frescura y la espontaneidad del primer día.

Que mi fidelidad no sea cansina y resignada repetición del pasado, sino creatividad, novedad, sorpresa, alegría de inventar el futuro, de anticipar la aurora, de caminar al ritmo de la esperanza.

Quiero reinventar, día a día, el significado de mi compromiso. Señor, no pretendo envejecer a fuerza de costumbre. Y... déjame caer en la tentación de estar despierto.

Via crucis (II)

Dios todo poderoso y eterno,
tú que quisiste que nuestro salvador se anonadase,
haciéndose hombre y muriendo en la cruz,
para que todos nosotros sigamos su ejemplo;
concédenos que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio,
y que un día participemos en su resurrección gloriosa

(Colecta del domingo de ramos).

Octava estación: Un grupo de mujeres llora por Jesús

Domingo

MARCO

«Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose a ellas dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos» (Lc 23, 27-28).

No había pronunciado una palabra más después del interrogatorio ante Pilato. Ahora habla, y sus palabras tienen un acento de dureza.

Aquellas mujeres sin duda se sentían impulsadas por un sentimiento de sincera piedad. A la vista de aquel hombre que llevaba sobre la propia carne las señales de la ferocidad humana, blanco de los más refinados venenos que pueden brotar de la boca de una chusma sin freno, las lágrimas representan la reacción más espontánea.

Y, sin embargo, Jesús se vuelve y reprende a las mujeres.

Deja traslucir una especie de enfado. Como si dijese: «Preocupaos de vuestras cosas». ¿Por qué?

Me parece que es la afirmación más que natural, de la desproporción.

Desproporción entre el sufrimiento y las lágrimas, entre el dolor y el consuelo, entre lo que él está sintiendo «dentro» y lo que los demás entienden desde fuera, aunque tengan las mejores intenciones.

Desproporción o abismo, si queremos.

Esta afirmación, expresada con palabras un tanto ásperas, es más significativa porque la encontramos en los labios del *varón de dolores, para quien el sufrimiento es familiar*. Como una

advertencia severa para todos aquellos que se acercan al dolor del hermano.

El lo ha «probado».

El ha querido tener un corazón de carne, para poder «experimentar».

Por eso, ahora, tiene un movimiento que, aparentemente, puede parecer de enfado, pero que en realidad es una advertencia para que comprendamos la desproporción, para que, al acercarnos al dolor ajeno, lo hagamos de puntillas, con una especie de pudor, con un sentimiento de respeto y de adoración infinita hacia un misterio que no lograremos jamás entender del todo.

ACTUALIDAD

— Los que no se sienten comprendidos, aceptados por los demás.

— Los que viven angustiosamente su propio drama interior, y que no dejan traslucir nada al exterior.

— Las personas que se han degradado en el vicio, y que se sienten solamente objeto de desprecio, de condena, de falsa piedad, sin cruzarse jamás con una mirada pura, penetrante y liberadora.

— Todos los que se sienten juzgados antes de ser conocidos de verdad.

— Los agonizantes. Esta es la situación «límite» en la que se advierte plenamente la desproporción. Entre el amor de quien está a su cabecera y la «lejanía» vertiginosa a que se siente lanzado quien sabe que tiene que afrontar aquel «paso» solo.

CORRESPONSABILIDAD

Nuestras profanaciones del dolor ajeno son esencialmente de dos tipos.

1. *A través de la costumbre.* No hay nada más triste que el tener callos para el sufrimiento de los otros. No existe espectáculo más mortificante que el ofrecido por ciertos *robot* de la compasión, por ciertos burócratas de la caridad. Da la impresión que su sensibilidad se ha congelado en un funcionamiento impersonal, rígido, aséptico, mortificante. Se avergüenzan de «emplear» en el dolor ajeno el propio corazón.

2. *A través de las palabras.* Sobre todo quien no ha «probado» la angustia de ciertas situaciones, la laceración cruel de ciertas separaciones, habla con una desenvoltura extrema.

Quien no «experimenta» en su propia carne, tiene normalmente a punto la palabra fácil, el consejo, la recomendación, la justificación piadosa para todas las eventualidades dolorosas (ajenas).

Es fácil de explicar el dolor ajeno.

Es fácil aceptar serenamente el sufrimiento. Pero el de los otros.

Es fácil ser fuertes y generosos. Pero las espaldas que llevan la cruz no son las nuestras.

Quien jamás ha sufrido la experiencia de una verdadera enfermedad, tiene infaliblemente la receta para la «resignación cristiana». Sabe lo que *los otros* tienen que hacer para sufrir «bien», sin exageraciones, de una manera ejemplar.

(¡Ay, cómo se vienen abajo tristemente ciertas cátedras ambulantes de generosidad y obediencia cuando una cruz insignificante obliga a sus ilustres y locuaces titulares a ofrecer un pequeño ejemplo de generosidad, de despego y de obediencia!).

Señor, tengo necesidad de un complemento de respeto hacia el dolor de los hermanos. Necesito discreción en relación con su sufrimiento más profundo.

Haz que no me acerque jamás, con manos poco hábiles y torpes o con palabras demasiado fáciles, a una persona que sufre, con el riesgo de humillarla, de provocar heridas aún más dolorosas, y así aumentar el peso de su propia cruz.

Ayúdame a acercarme al dolor del hermano con un sentimiento de pudor, como si me encontrase ante un misterio.

Hazme entender que tú tienes necesidad no de palabras, sino de alguien dispuesto a compadecer, o sea, a *sufrir juntos*.

Novena estación: Jesús cae por tercera vez

Lunes

MARCO

Una vez más tropieza y cae hasta morder el polvo.

Es la caída del inocente que se hace culpable por todos, mientras todos los verdaderos culpables se tienen por inocentes.

«...Llevaban, además, otros dos malhechores para ejecutarlos con él» (Lc 23, 32).

Solamente dos delincuentes «verdaderos» que van a expiar los propios delitos.

Y él que va a expiar las culpas de todos.

Tres individuos que van a «pagar».

Dos por sí mismos.

Uno por todos.

Y la gente bien, apiñada a lo largo del camino, para observar, comentar, sentenciar. Esta tarde, cuando aquel asunto haya concluido, volverán a casa más tranquilos. Ellos nada tienen que ver con aquel pequeño cortejo de individuos que merecieron una muerte atroz.

Y el peso de los delitos de la gente bien, que está a los lados —y de millones de hombres a quienes representan— debe ser terrible si él, el inocente, que se hace culpable por ellos, cae por tierra.

«Al que no había pecado, Dios lo hizo expiar nuestros pecados para que nosotros, unidos a él, recibamos la salvación de Dios» (2 Cor 5, 21).

Esta caída, pues, más que consecuencia de las culpas es consecuencia de la *ausencia de culpables*.

Lunes

141

El mundo está plagado de crímenes, de defectos de toda clase, de suciedades. Pero en la vía pública solamente encontramos jueces. Se diría que la tierra está poblada de jueces. Faltan los culpables.

Y a él, el inocente, que se declara culpable, la hipocresía descarada de muchos culpables, que no «hacen nada malo», le arroja por tierra.

ACTUALIDAD

— Las víctimas inocentes de los «juegos atroces» de los poderosos. Los pobres actores de la guerra «por cuenta ajena» (hoy particularmente de moda). Quienes, con la propia sangre, pagan la cuenta de la locura de los grandes.

— De modo especial: los niños abrasados por las bombas napalm, martirizados por otras mortíferas bombas, horriblemente mutilados por las explosiones.

— Los soldados que llevarán siempre en su conciencia las cicatrices de escenas espantosas de las que han sido protagonistas. Cito solamente a uno, que encarna el drama de muchos. Es un conductor israelí de carros de combate, que se volvió loco durante el reciente conflicto en el frente del Sinaí (octubre de 1973). Le han obligado a ametrallar desde su tanque a una patrulla de la infantería egipcia que avanzaba a pecho descubierto: «Caían como conejos», continúa repitiendo todavía hoy como un trágico disco rayado...

CORRESPONSABILIDAD

Nuestra mentalidad farisaica, separatista, de superioridad.

El rechazo de una corresponsabilidad, de una complicidad con el mal que existe en el mundo. «El mundo es como un océano: todo fluye y todo está unido, de modo que, si tú lo tocas en un punto, tu contacto repercute quizás en el otro extremo de la tierra» (Dostoyevski).

Nuestro instinto de juzgar, de condenar desde la altura de nuestra virtud.

Nuestro «fácil escándalo» por las culpas de los otros.

La repugnancia a gritar con convicción el «mea culpa».

Conozco a personas religiosas que siempre se colocan fuera de toda responsabilidad. A ellos nadie puede decirles nada. Son intocables, inatacables. No se les puede atribuir ninguna culpa. Se sienten siempre ellos solos «en regla». Si alguna cosa sale tor-

cida —aun en cosas de poca monta— ellos abren los brazos con un gesto que significa «yo por supuesto nada tengo que ver» y vuelven los ojos para fijarlos sobre otros objetivos, a la búsqueda de los responsables.

Me temo que estos retoños de fariseos, a fuerza de no meterse jamás en nada, tampoco «se metan» en el reino de los cielos, donde de todos modos serán precedidos por aquellos que «se meten». «En verdad os digo: los publicanos y las prostitutas os precederán en el reino de Dios» (Mt 21, 31).

Señor, un cortejo formado por sólo tres culpables camino del calvario es, dadas las circunstancias, verdaderamente raquítico. Quiero unirme yo también al grupo.

Cúrame de la hipocresía que me hace sentirme mejor que los demás.

Acostúmbrame a considerar todas las noticias que fácilmente me escandalizan como otras tantas «reclamaciones de complicidad», como otros tantos «capítulos de acusación» contra mí.

Hazme sentir, responsable de todo y de todos. O sea, simplemente, cristiano.

Señor, cuando busques un culpable de algo, de cualquier cosa, ven también a llamar a mi puerta. Soy yo, sin duda.

Décima estación: Jesús es despojado de sus vestiduras

Martes

MARCO

«Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos —con los que hicieron cuatro lotes, uno para cada soldado—, y la túnica. La túnica era sin costura, de una pieza, tejida de arriba abajo. Por eso se dijeron: no la rompamos; echemos a suerte a ver a quien le toca...» (Jn 19, 23-24).

El reparto de los vestidos presupone que a Jesús, antes de ser crucificado, le desnudaron.

Una escena que nos turba profundamente. Sentimos casi una rebelión instintiva ante aquella profanación.

Jesús «expuesto» al ludibrio de la plebe. A merced de la curiosidad, de los insultos, de los gestos más vulgares.

Es ésta también una consecuencia del «anodamiento» iniciado en la encarnación. «El, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, *se despojó de su rango*» (Flp 2, 6-7).

En realidad, todo lo que le hacen los hombres, ya lo había aceptado anticipadamente.

Todo lo que le quitan, le arrancan, ya lo había ofrecido antes. «El don precede a cualquier voluntad de captura» (J. Cardonnel).

El mismo había declarado: «Nadie me quita mi vida, sino que yo la entrego libremente» (Jn 10, 18).

Es difícil, con todo, convencerse de que aquel hombre desnudo, «expuesto», sea aquel de quien se ha dicho que es «reflejo de la gloria» de Dios (Heb 1, 3), en el que reside toda plenitud (Col 1, 19).

Y, sin embargo, su esplendor consiste precisamente en el despojo total.

Y la plenitud es aquella de quien lo ha dado todo.

ACTUALIDAD

Aquí el elenco, desgraciadamente, es hasta demasiado fácil:

- humillados,
- escarnecidos,
- difamados,
- calumniados,
- acusados o condenados injustamente,
- víctimas de la explotación y de la opresión,
- torturados,
- familias obligadas a vivir amontonadas en chamizos indignos,
- todos los que se ven despojados de su dignidad, libertad, confianza, respeto, honor,
- todos aquellos que, indefensos, sufren la violencia y la prepotencia,
- todos los que se ven privados de los más elementales derechos humanos,
- las personas que, como conejos de indias, inconscientes, son manipulados por las más refinadas técnicas inventadas por el progreso...

CORRESPONSABILIDAD

También nosotros somos cómplices del gesto brutal y torpe de los soldados cuando:

- quitamos a alguien su dignidad con nuestras charlatanerías, chismes, maledicencias, sospechas, insinuaciones;
- tratamos a las personas como a cosas, las instrumentalizamos, nos aprovechamos de ellas;
- cedemos a la curiosidad, y con nuestras groseras intrusiones e indiscreciones pisoteamos aquella zona de intimidad que debería respetarse celosamente;
- no sabemos guardar un secreto, una confidencia;
- clasificamos, catalogamos a la ligera, sin esforzarnos por conocer, por amar. Aplicamos etiquetas a capricho en vez de leer, de intuir las intenciones profundas;

— dejamos al descubierto con facilidad los defectos de los otros, y encubrimos, e ignoramos sus cualidades.

✓ Señor, hazme entender que la acción más vulgar que puedo llevar a cabo es la de entrar a saco en el misterio de una persona.

Hazme entender que, cuando me acerco a una persona sin un sentido de respeto profundo, la profano, la vacío, la despojo del misterio.

«Quitate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado» (Ex 3, 5).

Cualquier hombre es un ser «habitado», un tabernáculo. Y toda ofensa a su dignidad es profanación de un «lugar sagrado».

Señor, no permitas que maltrate el misterio.

Undécima estación: Jesús es clavado en la cruz

Miércoles

MARCO

«Llegados al lugar llamado calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda...» (Lc 23, 33).

Ya nos hemos acostumbrado. Los clavos, el martillo, la cruz. Jesús tendido sobre ella.

Pero debe ser un espectáculo horrible. Los evangelistas lo despachan con muy pocas palabras. Marcos logra el máximo de laconismo: «...Después lo crucificaron» (15, 24).

Lo explica así un especialista, el padre Lagrange: «Los primeros cristianos, no sin horror, reproducían la figura de Cristo en la cruz porque entonces aún podían ver con sus propios ojos aquellos pobres cuerpos completamente desnudos colgados de un tosco madero que llevaba encima un palo transversal, en forma de T, con las manos clavadas al suplicio, y los pies igualmente sujetos por los clavos, con el cuerpo que pendía bajo su propio peso, mientras los perros, atraídos por el olor de la sangre, mordían los pies, y los buitres giraban alrededor de aquella carnicería; el paciente, exhausto por los tormentos y abrasado por la sed, pedía la muerte con gritos inarticulados. Era el suplicio de los esclavos y de los bandidos, y a este suplicio fue condenado Jesús».

He ahí, plantado en medio de nuestra tierra desolada, el árbol con su increíble fruto.

Dios es omnipotencia. Pero, en el calvario es también *omnidebilidad*.

Miércoles

147

ACTUALIDAD

— Pienso particularmente en los enfermos clavados durante muchos años en la inmovilidad.

— Todos los que sufren sin ver sentido al dolor y sin remedio.

— Los niños espásticos.

— Los niños privados de una parte de vida, porque ya desde pequeños les han obligado a trabajar. A veces en una sola provincia, «el ejército blanco» —un eufemismo para indicar la vergüenza de la explotación de los menores como trabajadores— cuenta con miles de efectivos.

— Los niños privados de la posibilidad de vivir. Y este ejército de muertos antes de ver la luz, presenta una cifra como para volverse locos...

— Los pueblos sometidos al subdesarrollo, al hambre, al analfabetismo, por el egoísmo desenfadado de las grandes potencias.

— Los esclavos, cuya trata continúa en las naciones más «adelantadas» y necesitadas de «carne de trabajo».

CORRESPONSABILIDAD



Nuestras faltas de justicia.

Una cierta mentalidad de privilegio.

Nuestro miedo a comprometernos en favor de los débiles, de los oprimidos.

Nuestra incapacidad para prestar nuestra voz a los sin-voz. Pero, eso sí, dispuestos a gritar apenas hieren nuestros intereses.

Las maniobras poco claras, los negocios poco ortodoxos, los procedimientos desvergonzados, las presiones, las ambigüedades, las mezquinas astucias de las que pagan los gastos normalmente quienes no pueden defenderse.

La vanidad a nivel personal y a nivel de Instituto. Celos. Competencias. Deseo de ser tenidos en cuenta. Búsqueda de apoyos. Ambición de sobresalir, de aparecer poderosos, influyentes, importantes.

Rivalidades mezquinas. Cuestiones de prestigio.

Cálculos procedentes de una prudencia excesivamente humana y no de la simplicidad evangélica.

Señor, dame el coraje de orientarlo todo, exclusivamente, hacia la fuerza de la debilidad y hacia la locura de la cruz.

Debo dejar de considerarme «importante», si quiero de verdad llevar algo a los hombres. Debo dejar de moverme demasiado.

Debo dejar de considerarme indispensable.

Clávame a la cruz de la pobreza, del ocultamiento, de la debilidad, de la «inutilidad».

Así estoy seguro de no girar —ruidosamente— en el vacío.

Duodécima estación: Jesús muere en la cruz

Jueves

MARCO

«Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró» (Mc 15, 37).

La palabra, sobre la cruz, se hace grito.

La palabra, nacida del silencio (el gran silencio que envolvía todas las cosas aquella noche de navidad...), muere con un grito.

Sin embargo, poco antes, en el desgarramiento del cuerpo estirado, rasgado por todas partes, desde el tormento de la sed, logra aún hacer el inventario de lo que le queda por dar.

El don debe ser total, más allá de cualquier esperanza de recompensa.

¿No ha olvidado nada?

Sí. Queda una última deuda por pagar. Lo que le están haciendo los hombres...

Ha venido a expiar los pecados de la humanidad. Y no hay que excluir esta última culpa.

«Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).

Es el regalo de una absolución plena.

Y le queda aún su madre.

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre...» (Jn 19, 25).

Y no duda en regalárnosla.

«Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 26-27).

«El discípulo a quien Jesús ama no es un simple individuo, él representa a todos los discípulos de Cristo: en su persona estos discípulos son confiados a María declarada madre de ellos... La

iglesia nace de Jesús clavado en la cruz, de su corazón traspasado, y en este momento María acepta oficialmente la iglesia que le es entregada» (P. Bénédict).

La misión de María no ha terminado, no se agota en el calvario. Suena para ella otra *hora* comprometida. Deberá preocuparse de todos nosotros.

Un último regalo. Se trata, nada menos, que de un puesto en el paraíso.

Y... la aureola va a colocarse sobre la cabeza de uno de los ladrones.

El proceso de canonización fue rapidísimo. El procedimiento expeditivo. «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43). Y así tenemos el primer santo cristiano.

Una absolución, la madre, una entrada al paraíso. Lo ha dado completamente todo.

Ahora ya puede morir. Y será el don supremo.

«...Inclinó la cabeza y entregó el espíritu» (Jn 19, 30).

ACTUALIDAD

Ninguna estación es más actual que ésta. Porque ningún acontecimiento es más actual que la muerte.

Hay alguien que está muriendo en este instante, mientras escribo.

Hay alguien que está muriendo mientras lees estas líneas.

Alguien que muere. En el lecho propio. En un hospital. En la calle. De hambre. De un balazo.

Dediquemos nuestra atención —y un poco de silencio— a todos los que mueren hoy. A los «caídos» de esta jornada.

Una multitud de gente anónima que se presenta ante aquel que conoce a cada uno por su nombre. Que ha muerto por cada uno. Que ha «probado» también esta experiencia de la condición humana.

CORRESPONSABILIDAD

También nosotros podemos causar la muerte a alguien. Podemos matarle en su calidad de hermano, de hermana, negándole el perdón.

Golpes bajos, venganzas sutiles, resentimientos, rencores, indiferencia ostentosa, todos son «atentados» al amor, y por lo mismo a la vida.

Cuando niego a alguien un lugar en mi corazón, le niego el derecho a vivir. Negando el amor, el perdón, la reconciliación, quito la vida.

Cuando retiro mi don de amor, ofrezco la muerte.

Señor, tengo necesidad de estar durante mucho tiempo bajo tu cruz para aprender lo que es el amor. Y, sobre todo, cuál es su precio.

El amor, en efecto, no calcula. Paga.

«Jesús dijo: Todo está cumplido» (Jn 19, 30).

Solamente el egoísta es un *inútil en la vida*, aunque sus miserables cuentas le salgan bien.

Mi vida es inútil si es *inútil en amor*.

Décimotercera estación: El cuerpo de Jesús es restituído a su madre

Viernes

MARCO

«Y a ti, una espada te traspasará el alma» (Lc 2, 35).

«Hijo, ¿por qué nos has tratado así?...» (Lc 2, 48). Esta pregunta podría hacerse a cada uno de nosotros.

«Ella que había dado la vida al hijo, recibe ahora su muerte» (P. Talec).

Antes no me molestaba mucho en imaginar la escena del descendimiento de la cruz. Pensaba en la Piedad de Miguel A —aquella, sobre todo, de la catedral de Florencia— y me creía que había entendido todo.

Después, un día, vi ante mí a una madre de carne y hueso. Le habían llevado lo que quedaba de su hijo de veinte años —un montoncito de huesos y una mochila— perdido en la montaña siete meses antes.

Creo que en aquel momento ni siquiera Miguel Angel hubiera sido capaz de sostener en su mano el cincel.

Desde aquel día, esta estación del vía crucis me da miedo. El cuadro que tengo ante los ojos se me esfuma lentamente y se me presenta, en toda su trágica evidencia, el rostro de aquella madre. Y es una imagen difícil de soportar.

Quizás fuese mejor retirarse. No estorbar. Respetar aquel dolor. No hacer de intrusos con nuestra presencia ambarazosa.

Viernes

153

ACTUALIDAD

Es la estación de quienes no soportan su suerte y se separan de la cruz. Aquellos que ya no pueden más.

Aquellos que no encuentran un motivo válido para vivir. Que no tienen esperanza. Que ya no esperan nada. Que no aceptan una situación concreta. Que no se aceptan.

Los suicidas.

Las infidelidades de cualquier clase.

Los que se van...

CORRESPONSABILIDAD

Frente a una infidelidad yo no puedo limitarme simplemente a escandalizarme, a deplorarla y a las lágrimas por las «rendiciones» ajenas.

Los que se van, reclaman contra los que se quedan.

Protestan contra *mi manera de quedarme*.

¿Ofrecí siempre un testimonio alegre, lleno de fidelidad dinámica y creativa?

¿No he desilusionado quizás a quien buscaba más coherencia, más sinceridad, más estilo evangélico, más fraternidad auténtica, más «ser»?

¿Mi interpretación personal de la vida religiosa es tal que favorezca la fidelidad de quienes se encuentran en dificultad; o más bien un cierto «funcionarismo», un cierto aburguesamiento, un cierto ir tirando no terminan por apagar el último destello de una llamita insegura?

¿No soy quizás responsable de haber traicionado las expectativas, las esperanzas, las aspiraciones más legítimas?

Sí, toda infidelidad hunde sus raíces, además de en la responsabilidad personal, en una atmósfera sofocante, en un terreno donde escasea el amor, en un ambiente donde son menospreciados los ideales, en un espacio donde se achican los horizontes...

Señor, méteme bien en la cabeza que yo me «sostengo» en cuanto me «sostienen» los clavos. Los clavos de la coherencia, del sacrificio, de la convicción, del encuentro contigo en la oración, del amor.

Sí, mi fidelidad depende de la profundidad con que me penetren los clavos.

Y son clavos, quede claro, que «sostienen» la vida, no la muerte...

Décimocuarta estación: La sepultura de Jesús

Sábado

MARCO

«Vino José de Arimatea, miembro respetable del consejo, que esperaba también el reino de Dios, y tuvo la valentía de entrar donde Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. Se extrañó Pilato de que ya estuviese muerto y, llamando al centurión, le preguntó si efectivamente había muerto. Informado por el centurión concedió el cadáver a José, quien, comprando un lienzo, lo descolgó de la cruz, le envolvió en el lienzo y le puso en un sepulcro que estaba excavado en roca; luego, hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro. María Magdalena y María la de Joset se fijaban donde era puesto...» (Mc 15, 43-47).

Parece leerse, en el rostro de José de Arimatea, mientras se está limpiando las manos y secándose el sudor después de haber colocado la gran piedra a la entrada del sepulcro, este pensamiento: «Todo terminó».

Y él también ha cumplido una buena acción.

Pero alguno no está de acuerdo con eso de que todo está terminado.

Son dos mujeres que no se resignan a marchar (¡una vez más las mujeres! Durante toda la pasión, la bandera de la dignidad humana se ha mantenido alta casi exclusivamente por el llamado «sexo débil»...).

«María Magdalena y María la de Joset se fijaban donde era puesto... ¿Sólo por la preocupación de fijar bien en la memoria el lugar «donde era puesto», para poder venir después, a tiro fijo, con los aromas y los perfumes? No creo. O al menos no sólo por eso.

Sábado

155

Quizás tenía algo que ver la fe. O —si se prefiere— la intuición femenina de «algo» que a los otros se les escapaba.

El hecho es que se quedan allí, cerca del sepulcro.

Quedémonos también nosotros con ellas, dejando que los otros marchen arrastrando tras sí, cansinamente, la convicción de haber asistido al «fin».

Para nosotros aquella tumba puede ser el «principio».

ACTUALIDAD

Sobre todo dos categorías de «sepultados».

— Los condenados a cadena perpetua, condenados a muerte en vida. Conozco a centenares. Para expresar su condición, algunos, cínicamente, dicen: «Le han parado el reloj». Algo más: le han matado la esperanza. Arrancar totalmente al esperanza a un hombre puede ser peor que quitarle la vida.

— Los huéspedes de los manicomios.

—Tengo aún presente la figura de una mujer, hecha un ovillo en un rincón de una triste sala de un hospital psiquiátrico.

—¿Qué tal está, abuela?

—Vamos tirando. Aquí no estoy mal del todo. Pero no deja de ser un manicomio... Y hace 69 años que estoy aquí dentro.

La religiosa que me acompaña me confirma que aquella viejecita fue internada cuando tenía diez años.

—No deja de ser un manicomio... —repite la vieja moviendo la cabeza con un gesto de triste resignación.

CORRESPONSABILIDAD

Sepultamos al Señor cuando lo... escondemos.

Cuando lo enmascaramos con nuestros compromisos, con nuestras componendas, con nuestras «reducciones».

Cuando desconectamos, con operaciones de buen sentido, la carga explosiva de su mensaje.

Cuando ponemos en circulación una imagen deformada, en lugar de la auténtica.

Cuando nuestra vida, en vez de estar bajo el signo de la transparencia, está bajo el signo de la opacidad más deprimente.

Cuando, en vez de dar un testimonio de liberación, nos escondemos detrás de la piedra sepulcral del formalismo, del más agrio moralismo, de la intolerancia, del «comportamiento», del

miedo y de una compostura exterior que con frecuencia cubre el vacío...

« Señor, concédeme la obstinación de la esperanza.

Quiero que mi vida cristiana sea «signo» de esperanza para todos.

Quiero asegurar a los hermanos el «servicio de la esperanza».

Octava de pascua

Via resurrectionis

Señor Dios, que en este día
nos has abierto las puertas de la vida por medio de tu hijo,
vencedor de la muerte;
concédenos al celebrar la solemnidad de su resurrección,
que, renovados por el espíritu,
vivamos en la esperanza de nuestra resurrección futura
(*Colecta del domingo de pascua*).

¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!
(*Secuencia «Victimae paschali laudes»*).

Primera estación: Cristo nos ofrece el «paso»

Domingo de resurrección

Barred la levadura vieja para ser una masa nueva... (1 Cor 5, 7).

El que vive en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo (2 Cor 5, 17).

Hoy es el cumpleaños del mundo.

Es la fiesta que celebra el nacimiento de un mundo nuevo.

«Este es el día en que actuó el Señor: aleluya, aleluya», repetimos en el salmo responsorial de la misa del domingo de pascua.

Sí. Este es «el día» por excelencia.

El día que ha hecho el Señor.

Los demás días los hemos hecho nosotros. Son obra nuestra.

Los días de la traición, del abandono, de la huida, de las negaciones, del odio, de la cobardía, del pecado, los hemos inventado nosotros. Forman parte de nuestro «viejo» calendario.

Hoy, por el contrario, es el día creado por el Señor.

Es la primera mañana del mundo.

Es un día «nuevo».

Es el día que inaugura un mundo nuevo.

Es el primer día de la nueva creación.

Nosotros hemos inventado las tinieblas. El nos ofrece la luz.

Nosotros hemos acumulado suciedades. El nos inunda de agua purificadora.

Nosotros hemos buscado la muerte. El nos regala la vida.

Nosotros nos hemos especializado en amontonar dolores, en destruirlo todo. El ha decidido «rehacerlo» todo de arriba abajo, a costa suya.

Nosotros hemos fabricado el odio. El ha respondido con el perdón.

Nosotros hemos elegido el pecado. El ha reaccionado con la misericordia.

Nosotros le hemos condenado. El nos ha «indultado».

Este es el día del «paso».

Paso del hombre viejo al hombre nuevo.

Nos trasladamos del mundo viejo a un mundo nuevo.

«Cristo, nuestra pascua...» (1 Cor 5, 7).

Pascua, literalmente, significa paso.

Ahora bien, Cristo es nuestro «paso».

En él pasamos de un estado de separación a una relación de comunión. De una situación de muerte a la vida.

La piedra sepulcral es la que nos encerraba nuestro mundo viejo, cansino, inhabitable. El mismo mundo decrepito, sofocante, en el que hemos quedado apresados.

Cristo ha arrojado lejos aquella piedra.

Y nosotros hemos salido con él fuera de la prisión.

El nos ha hecho pasar a un mundo nuevo.

El es nuestro paso.

Nos ha hecho desalojar un mundo viejo, para introducirnos en la tierra prometida.

De la esclavitud a la libertad.

De nuestra miserable contabilidad al reino de la gratuidad.

A través de este «paso» hemos salido de la celda oscura y a duras penas los ojos logran soportar la luz que encontramos a la salida.

Cristo, hoy, nos ofrece «su» día.

Nos entrega un mundo nuevo.

Y la única recomendación es la de no volver atrás. Ni siquiera para recoger nuestros pobres harapos.

Tenemos que cortar las ataduras con lo viejo, con el odio, con las divisiones.

No echar de menos nuestro calendario.

Se trata de seguir su calendario, lleno de novedad.

Habituémonos a la luz, al amor, a la libertad.

En suma, hoy el mundo tiene un agradable olor a pintura reciente.

Y el constructor-reparador nos invita a mantenerlo siempre nuevo.

Hoy, todo recomienza desde el principio.

Y cada uno de nosotros debe abandonar las viejas costumbres, para ser «nueva criatura».

Hoy, cada uno de nosotros es un *principiante*.

Esta es una estación de partida. Hacia un camino que sólo él conoce, hacia un territorio todavía enteramente sin explorar.

¿Quieres descubrir este *mundo nuevo*?

Animo, en marcha.

Segunda estación: Cristo nos encarga anunciar que está vivo

Lunes

Sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea, allí le veréis (Mt 28, 5-7).

Nos dirigimos en triste peregrinación hacia una tumba.

Y aquí, alguien nos confía un encargo. «Lleva esta noticia a los amigos, a los conocidos, a todos los que encuentres».

¿Qué clase de noticia se puede llevar a la vuelta de un cementerio? Se imagina fácilmente...

Sin embargo, de aquel sepulcro se parte para entregar una participación de... vida.

El había lanzado un desafío a la muerte: «Muerte, seré tu muerte. Muerte, seré tu victoria» (J. Cardonnel). Y con su muerte, efectivamente, ha vencido de manera definitiva a la muerte.

Por eso, ahora, el sepulcro está vacío.

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado...» (Lc 24, 5-6).

Y su resurrección es una cuestión de vida para todos nosotros. También nosotros participamos en aquella victoria. También nosotros estamos vivos gracias al viviente.

Algunos iconos nos presentan a Cristo inclinado hacia un vijo, en actitud de levantarlo. No es difícil captar el simbolismo

Lunes

163

de esta figura. El viejo es Adán, o sea, el hombre. La humanidad entera. El Señor se inclina sobre la humanidad muerta para restituirle la vida.

Dios todavía está inclinado sobre esta argamasa de fango, para comunicarle su «soplo». Como el primer día. Esta vez, sin embargo, será la vida *para siempre*.

Entonces ¿nuestro anuncio es de verdad un anuncio de vida?

Quizás algunas veces nos encontramos más a gusto donde está el dolor que donde estalla la alegría. Pensamos, instintivamente, que nuestro puesto está mejor cerca de una tumba que alrededor de una mesa donde se celebra la vida.

Y, sin embargo, Jesús, si bien no ha faltado a la cita con el dolor (pensemos en las lágrimas sobre el sepulcro del amigo, en su conmoción ante el ataúd del hijo de la viuda de Naim) tampoco ha desdeñado la alegría ruidosa de un banquete de bodas, mereciéndose hasta el apodo de «comilón y borracho» (Mt 11, 19).

* Dios es el Dios de la vida, no el de la muerte.

Dios está en el centro de la vida, no en sus márgenes.

Observa Bonhoeffer: «Las personas religiosas hablan de Dios cuando la conciencia humana ha llegado al límite (a veces por pereza mental) o también cuando las fuerzas humanas disminuyen... Quisiera hablar de Dios no en los extremos, sino en el centro; no en la debilidad sino en la fuerza; no a propósito de la muerte y del pecado, sino en la vida y en la bondad del hombre... La iglesia no reside allí donde la capacidad del hombre no alcanza, en el límite, sino en medio de la aldea». *

Ciertas personas consagradas, en su testimonio religioso, dan la impresión de haberse quedado paradas en el viernes santo. Presentan el mensaje de Cristo con tonos lúgubres, severos, casi con repiques fúnebres... Al oírlos, se saca la impresión de que Dios sea enemigo de la alegría de los hombres. Que Dios como si llevase a mal que alguno goce en este «valle de lágrimas».

Otros, al contrario, parece que han llegado a la mañana de la pascua, de prisa y más fácilmente, a través de un atajo descubierta por su astucia, evitando el camino, más bien incómodo, del calvario. Y presentan así un mensaje vacío de su auténtico contenido, desfigurado, sin vida, «limpio» de toda aspereza y sacrificio. Guiñan el ojo a los compradores dando la impresión de querer «vender» la religión a un precio «razonable», conveniente, al alcance de cualquier bolsillo, haciendo un gran descuento sobre el precio original.

San Pablo define a éstos, sin tantos cumplidos, como «enemigos de la cruz de Cristo».

Más simplemente, son los que pretenden poner a la cruz entre paréntesis. Para ellos es demasiado. Y hasta embarazosa.

✧ La vida religiosa, para ofrecer un testimonio completo, debe unir dos estaciones: la del Calvario y la de la resurrección. Se llega a la alegría de la mañana de pascua solamente pasando a través de las tinieblas del viernes santo. ✧

El que se queda parado en el Calvario va con retraso tras el viviente. ▶

Y quien salta por encima de la cruz, no podrá jamás «reconocer» al resucitado.

✧ Así pues ¿estás dispuesto a comunicar esta noticia de vida?

Pero, ten en cuenta que sólo una persona viva —esto es, que vive en plenitud— es capaz de anunciar al viviente.

San Ireneo tiene una frase estupenda: «Gloria Dei vivens homo», la gloria de Dios es el hombre viviente. L. Boros¹ la traduce libremente así: «A Dios quien más le honra es el hombre más lleno de vida y con más ganas de vivir».

El ha dado precisamente la vida para que nosotros pudiésemos tener el gusto de la vida.

Para que fuésemos los «celebrantes» de la vida. —

Tercera estación: Cristo nos informa de que no está de acuerdo con nuestros retrasos

Martes

Y va por delante de vosotros a Galilea, allí lo veréis (Mt 28, 7).

Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán (Mt 28, 10).

Inmediatamente después de la resurrección, hay una cita que debe respetarse.

Pero esta cita no autoriza a estar esperando, cómodamente, al personaje que ha de llegar.

El personaje está... más adelante.

«...Os precede».

Es necesario ponerse en camino inmediatamente.

Dios nos precede.

✧ Dios está más adelante.

Dios nos espera «más allá».

Pero como nosotros somos unos rezagados incurables, de una lentitud exasperante, él ha hecho bien en *escapar hacia adelante*.

No se aleja de nosotros. Sencillamente quiere que le alcancemos. Ha compartido nuestras limitaciones humanas, para que fuésemos finalmente capaces de *soportar* sus limitaciones divinas.

Con un Dios que nos precede, que va siempre «delante», no se puede vivir tranquilos. No hay más remedio que estar saluda-

1. L. Boros, *Dios cercano*, Salamanca 21973, 78.

blemente preocupados. Preocupados por no faltar a sus citas sorprendentes e incómodas.

Por eso, la pascua, antes de ser un augurio de paz, es un augurio de inquietud. «La inquietud de que Cristo esté siempre con nosotros».

Un Dios que se sitúa «más adelante» quiere decir, antes de nada, un Dios diverso de como le pensamos, de como nos agrada imaginarlo.

«Jesús es siempre decepcionante para nuestras ideas preconcebidas de cómo debería ser Dios» (L. Short).

Estemos atentos a no anunciar a un Dios hecho a nuestra imagen y semejanza. Un Dios a quien prestamos nuestras facciones, nuestros sentimientos y resentimientos, nuestras ideas pequeñas, nuestros prejuicios, nuestras pequeñeces.

Cuando nos quedamos parados, el Dios que proclamamos es un ídolo nuestro, no el Dios viviente que tiene la costumbre de «precedernos».

Dios no se deja enjaular por nuestros esquemas asfixiantes.

Donde hay desgana, pereza, presunción, allí no está Dios.

Que Dios está «más adelante» significa también que es necesario para comenzar ponerse en camino.

El no acepta nuestras discusiones preliminares.

Pretende que partamos.

Exige la ejecución inmediata de una orden.

Quiere una postura radical de fe.

«Ahora que has cumplido las órdenes, si quieres, podemos discutir...».

Las explicaciones, las aclaraciones, vienen siempre después.

Que Dios está «más adelante» quiere decir, finalmente, que debemos ser testigos del presente y del futuro, y no sólo del pasado.

Crear en la resurrección se traduce por un mirar hacia adelante, no por un volverse hacia atrás.

J. Sullivan ha observado justamente, que la única manera de ser fieles a lo eterno es ser actuales.

Lo que no significa estar a la moda, correr detrás de cualquier novedad. Sino dejar que penetre un mensaje eterno en el hoy de la historia. Hablar de Dios en la longitud de onda de los hombres de nuestro tiempo. Presentar nuestro testimonio religioso sirviéndonos de «signos» que sean perceptibles y comprensibles y significativos para las personas a que van destinados. Afrontar los problemas reales, las situaciones concretas del mundo en que vivimos. Responder a las necesidades de hoy. Poner en hora nues-

tros relojes con el reloj del tiempo presente. Inventar, día a día, nuestra acción atendiendo a las provocaciones de la historia y de las exigencias de los acontecimientos. En suma, vivir la lógica de la encarnación.

Si Dios está «más adelante», no podemos permitirnos el lujo de esperar atrincherados en nuestras posiciones anteriores.

Faltar a la cita del hoy, equivale a faltar a la cita con Dios. Una vida religiosa desfasada respecto al tiempo presente, es una vida religiosa que ha perdido el contacto con el Dios viviente.

En sus apariciones después de la resurrección, el Señor no hace sino reprender a los discípulos porque son «necios», tardos, lentos...

La *via resurrectionis* no se puede recorrer arrastrando los pies.

Nuestros retrasos son retrasos en las esperas de Dios.

Y él, cuando se cansa de esperarnos, escapa todavía *más adelante*.

Cuarta estación: Cristo nos informa de que no está de acuerdo con nuestro miedo

Miércoles

...Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. El les dijo: «¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta que de un fantasma no tiene carne y huesos como veis que yo tengo» (Lc 24, 37-39).

Los fantasmas dan miedo.
Cristo resucitado aparece como el viviente, y así quiere que le consideren, no como un fantasma.
Por eso no acepta el miedo de sus amigos.
El resucitado representa la derrota del miedo.
Su relación con los suyos es una relación de amistad, de amor. Y donde hay amor ya no hay lugar para el temor.
«No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa al temor, porque el temor mira el castigo; quien teme, no ha llegado a la plenitud en el amor» (1 Jn 4, 18).
Es necesario desembarazarse de una mentalidad servil para entrar en una perspectiva liberadora de amistad.
«Ya no os llamo siervos... a vosotros os llamo amigos» (Jn 15, 15).
El esclavo ve en el amo a aquel que le hace obrar conforme a órdenes indiscutibles.

Miércoles

169

El amigo camina recto, con la cabeza alta, sin ansiedad, sin turbaciones, en la línea del amor.

Debemos, pues, exorcizar en nosotros los fantasmas del miedo. Si creemos de verdad en la resurrección ya no hay nada que justifique nuestros temores, nuestras ansiedades.

Ni siquiera el peso del pecado.

¿Y ahora qué me sucederá?

Simplemente esto: la fuerza de gravedad de tus culpas te hará precipitar en el abrazo de la misericordia. Con tal que tú lo quieras.

«...En caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo» (1 Jn 3, 20).

Ciertos desánimos, ciertas depresiones exasperadas, ciertos tormentos continuos en relación al pasado, en realidad son una forma de egoísmo enmascarado. «También en este excesivo abatimiento, te exaltas a ti mismo por encima de Dios, consideras la peor parte de ti superior a sus cualidades, tus pecados más grandes que su misericordia» (J. Donne).

No. Tus culpas no son más grandes que su perdón.

Tus miserias, aunque numerosas, no llegan a agotar su misericordia.

«Dios es mayor que tu corazón».

Dios es más grande... que tu pequeñez.

San Pablo nos hace una recomendación que puede parecer superflua: «Os lo pedimos por Cristo: deaos reconciliar por Dios» (2 Cor 5, 20).

No es fácil dejarse reconciliar.

Es más fácil, a veces, dejarse reprender. Y hasta dejarse castigar. Sin embargo la salvación consiste en dejarse reconciliar.

O sea: dejarse amar.

No tengamos miedo ni siquiera ante los comportamientos imprevisibles de Dios.

Con frecuencia, su modo de obrar resulta desconcertante.

«Hay bendiciones de Dios que entran rompiendo los cristales» (L. Veillot).

No te dejes impresionar por algún cristal que se hace añicos en tu vida. Entrará más luz, más aire, más calor.

Verás que con Dios, a pesar de todo, todo irá bien.

Caerás en la cuenta de que todo es gracia. Porque todo es amor. Todo es bondad.

Todo es sonrisa, incluso una tormenta impetuosa.

Quinta estación: Cristo nos regala su paz

Jueves

Estando cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros». Dicho esto les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús repitió: «La paz con vosotros» (Jn 20, 19-21).

Paz en el nombre de la resurrección.

Cristo, cuando aparece a sus discípulos, utiliza la palabra *sâlôm*, que era un saludo familiar para todo israelita, una expresión augural.

La paz era un don de Yahvé, y más que un vocablo, era un concepto teológico.

El estado de paz, en una persona, indicaba una condición de plenitud, de bienestar, realizable solamente por medio de una íntima comunión con Yahvé.

El resucitado, pues, augura la paz.

Y se trata, bien entendido, de *su* paz.

Había dicho antes de la pasión: «Os dejo la paz, os doy la paz. No os la doy como la da el mundo» (Jn 14, 27).

Como de la alegría, también de la paz, se puede decir que existen en el comercio dos tipos. La nuestra y la que nos dan los otros.

La primera tiene características de inalterabilidad. La otra existe bajo el signo de lo precario y lo provisional.

Me explico con un ejemplo.

Jueves

171

Pablo es un niño simpático. Un día decide construir una cabaña en su propio patio. Convoca a los compañeros de juego y todos se comprometen a colaborar en la empresa. Uno trae los palos, otro una tienda, otro una silla, otro una estera, otro un florero, otro un espejo...

El pacto se mantiene durante algunas semanas. Una tarde los chicos riñen con Pablo. «Si no fuese por mi patio...». «Pero nosotros hemos puesto todo lo demás». Al terminar la encendida disputa, cada cual retira lo que había ofrecido para la construcción de la cabaña. Cada cual recupera precipitadamente y se lleva a casa su propio pedazo. Todo se deshace en un momento. Y Pablo se queda con *su* patio vacío y una escoba.

Este es el problema. Todo está aquí. ¿Con qué materiales hemos fabricado *nuestra* paz?

Cuando alguno se queja:

— Padre, me han hecho perder la paz...

Yo respondo:

— Si los otros se han llevado la paz de usted, es porque no era verdaderamente de usted. Los otros se han limitado a recuperar lo que habían prestado... Estaban en su derecho.

Demasiadas veces *nuestra* paz está construida con materiales que no nos pertenecen. Uno nos da una migaja de confianza, otro nos ofrece un poco de comprensión, otro todavía una pizca de estima por nuestro trabajo, una cierta cantidad de paciencia, una manifestación de consenso con nuestras ideas, una sonrisa, un elogio.

Y nosotros vivimos en paz en nuestra cabaña. Todo marcha a la perfección.

No tenemos el valor de reconocer que tal construcción se mantiene en pie con materiales prestados. Que *nuestra* paz depende, en realidad, de lo que han puesto los otros.

Luego un día hay un pequeño incidente. Alguien retira su pedazo (un desaire, una incompreensión, una observación injusta, una indelicadeza, una malignidad...). Y *nuestra* paz se viene abajo.

Es natural. No era nuestra.

Simplemente hemos perdido lo que no nos pertenecía.

La paz que no es nuestra dura mientras todo va bien.

La paz nuestra, en cambio, dura también cuando todo fracasa.

«No tengo ya paz...».

No la has poseído de verdad nunca.

La que tenías estaba expuesta a la intemperie, a las variaciones meteorológicas, al capricho de los otros, a los humores cambiantes de las personas que viven a tu lado.

Cristo, en cambio, nos da *su* paz.

Y es una paz diferente.

Porque, si nosotros la acogemos, se convierte en *nuestra*. El no la vuelve a tomar ya. Nos pertenece.

Se sitúa en el centro, en las profundidades de nuestro ser, no se pega a la piel, con peligro de verla desaparecer al más ligero soplido de viento en contra.

El es nuestra paz.

Acoger la paz de Cristo significa acoger a su persona, no simplemente un don suyo «separado». La paz es la consecuencia necesaria del don fundamental de su persona.

En esta perspectiva, se carga de una densidad singular el significado bíblico de *sâlôm*, que expresa la idea de plenitud, perfección y armonía. En suma: «una condición a la que no le falta nada» (J. L. McKenzie).

Si acogemos a Cristo alcanzamos la plenitud de nuestro ser. No nos falta nada. Conseguimos la paz.

Por consiguiente la paz es el signo más evidente de que hemos abierto la puerta a Cristo.

En tal caso, solamente nosotros podemos perder esta paz. Desentendiéndonos del huésped. O también, lo que es igual, obligándole a cohabitaciones desagradables.

La paz, más que una conquista, es una elección. La elección de un todo.

La paz es una totalidad.

No se puede tener «un poco de paz». Tener un poco de ella, quiere decir no tener nada absolutamente.

Con relación a nuestro «ser», o no nos falta nada o nos falta todo.

La paz, por eso, es un don extremadamente comprometido. Como es comprometido el que nos la regala.

No sin razón, antes de traernos la paz, nos ha traído la espada.

La espada para cortar, operar separaciones. De manera que se haga sitio a él, que, después de aquellas roturas, es *nuestra* paz.

Sexta estación: Cristo nos enseña nuestro oficio

Viernes

Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberiades. Y se apareció de esta manera: estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?» Le respondieron: «No». El les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron y no tenían fuerza para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes, ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntar quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan, se lo da, y lo mismo el pescado... (Jn 21, 1-13).

«Me voy a pescar», anuncia Pedro.

Cada uno de nosotros, a la mañana, sale para ir a su propio trabajo.

Cada uno de nosotros ha aprendido un oficio.

Cada uno de nosotros hace las cosas que hacen todos.

Sabemos siempre lo que tenemos que hacer. Quizás, con frecuencia, no sabemos lo que debemos «ser»; pero aun cuando es-

tamos desorientados en cuanto al ser, encontramos siempre algo que hacer.

Y así llenamos nuestra jornada.

«...Pero nada pescaron».

Cierto, cuando nos limitamos a hacer, aun cuando nuestra jornada esté recargada de trabajo, de carreras, de compromisos, al final nos encontramos vacíos, decepcionados. Y acaso descubrimos que algunas cosas hay quien las hace mejor que nosotros.

Las cuentas que no resultan son las que se hacen dentro de nosotros. Son las cuentas con nosotros mismos las que no salen bien nunca.

Aun cuando conocamos perfectamente nuestro oficio, y estemos al día en técnicas de vanguardia, los resultados son descorazonadores.

Falta algo. Falta alguien.

«Echad la red a la derecha».

Cuando había hablado de un oficio diferente, el de pescadores de hombres, Pedro podía también reconocerse incompetente, un aficionado, tanto más que no entendía exactamente qué genero de trabajo era aquél. Pero aquí el Señor tiene la pretensión de enseñar el oficio a pescadores experimentados.

Y sin embargo los apóstoles aceptan dejarse enseñar su viejo oficio por aquel desconocido.

¡Qué despistados! Nos comportamos con él como con un muerto. Le encendemos las velas de nuestra temerosa devoción, le ponemos las flores artificiales de nuestro recuerdo.

Y él, en cambio, ha resucitado. Es el viviente. A la mañana quiere venir con nosotros. Quizás a cultivar las flores de verdad. A hacer nuestro oficio. A acompañarnos en nuestro trabajo. Quiere ser «cómplice» de todos nuestros actos. ✧

No se resigna a la parte del fantasma, de una imagen por la que suspiramos.

No está esperándonos en la iglesia hasta nuestra vuelta.

Quiere ser una presencia allí donde trabajamos fatigosamente todos los días.

Nos hacemos la ilusión de saber dónde encontrarlo.

En realidad, es él el que sabe dónde encontrarnos.

Y no nos impone el tener ciertas consideraciones con él. No nos molesta ni nos abruma. Ni pretende que cambiemos de oficio.

Y Océpate, pues, en las cosas de siempre.

Haz lo que hacen todos.

Pero acepta mi presencia. Vívela. Maniféstala.

Es esto sólo. Lo fundamental de la vida religiosa está precisamente aquí.

Ser como todos; y sin embargo diferentes.

Hacer como todos; y sin embargo de otra manera.

Compartir la condición común; y sin embargo dar testimonio de otros valores.

Igual a los otros, pero con una presencia más. Una presencia que lo cambia todo. ✧

Si se rompe este equilibrio —o sea, si descuidamos uno de los dos términos que deben estar en relación dialéctica— nos ahogamos en el mar de la insignificancia.

En los «oficios» comunes a millones de hombres, debemos testimoniar lo que es específico de nuestra vocación, *lo que es nuestro*.

Mejor: lo que *no es nuestro*. Sino que es con relación a otro.

«Sabíamos bien que era el Señor».

Nuestra vida debe tener referencia constante a esta presencia.

Pero es necesario, por lo mismo, que no lo encerremos en la capilla, cuando nos marchamos a trabajar.

✧ El día en que no sepamos ofrecer a los hermanos *otra cosa*, algo que ellos no tienen —o sea un suplemento de valores, de significados, de alma, de «ser»— tendrán derecho de decirnos en la cara:

¿Qué es lo que venís a hacer entre nosotros? No tenemos necesidad de que nos importunéis con vuestra presencia. Para no coger nada ya somos capaces nosotros solos.

O nuestra vida deja traslucir al resucitado.

O estamos muertos (aunque nos agitemos tanto, quizás demasiado). Y hasta molestos, además.

Séptima estación: Cristo nos informa que ha decidido quedarse

Sábado

Ya cerca de la aldea adonde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron diciendo: «Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos (Lc 24, 28-29).

La aventura que les tocó en suerte a los dos discípulos de Emaús es ciertamente paradójica.

Creo que no ha sucedido nunca a nadie el narrar al presunto difunto su muerte y hacerle la descripción de sus propios funerales.

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Son nuestros discursos.

Los discursos de muerte hechos al que vive, al viviente.

Un triste elenco de derrotas, desilusiones, amarguras, desgranado delante del vencedor.

Un negro cuadro de la situación presentado a aquel que es «la luz del mundo».

«¿Eres tú el único forastero... que no sabes...?».

Nos preocupamos nosotros de informarte de estas feas cosas de aquí abajo, de las noticias desagradables que nos afectan.

Solamente noticias desagradables tenemos que comunicar a aquel que nos ha traído una extraordinaria «buena noticia».

Sábado

177

¿Es posible que no tengamos nada bello, alegre, consolador que contarle?

Hay gente que experimenta un gusto particular — casi sádico — en informar a los otros acerca de sus motivos de descontento.

«Nosotros esperábamos... Y ya ves: han pasado ya tres días...».

¡Esta es la magnitud de nuestra esperanza!

¡Esta es la consistencia de nuestra fe!

No sabemos esperar.

No sabemos pagar el precio de la paciencia por los ideales que llevamos en el corazón.

Un momentaneo fallo de la realidad hace que todo se venga abajo.

Somos incapaces de sufrir en silencio.

Tenemos necesidad de ver *inmediatamente* reconocidas, aplaudidas, triunfantes nuestras ideas.

Nuestra esperanza tiene pocos alientos. Y una esperanza de cortos alientos no es ya una esperanza, es cálculo humano, es prudencia «de la carne».

Nuestro horizonte no se extiende un palmo más allá de la punta de nuestra nariz. Somos incapaces de ver «más allá». Más allá del obstáculo, más allá del fracaso inmediato, más allá de la incomprensión, más allá de la repulsa, más allá de la confusión.

En mitad del túnel oscuro no logramos adivinar la luz que nos deslumbrará solamente después de aquella inevitable y atormentadora purificación de los ojos.

«Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo».

Conocemos demasiado nuestra oscuridad para saber «reconocer» la luz.

Conocemos demasiado nuestras debilidades, para saber «reconocer» la fuerza.

Conocemos demasiado nuestra soledad, para advertir a este discreto compañero de viaje que camina a nuestro lado, precisamente cuando se hace el vacío en torno a nosotros.

Es el desconocido. Irreconocible por nuestro cansancio, por nuestra pesadez, por nuestros pueriles aplazamientos.

Y él sigue siendo desconocido. Porque sabemos muchas cosas. Nos hacemos muchas ideas sobre él. Pero no lo conocemos de verdad.

«Necios y torpes para creer lo que anunciaron los profetas».

¿Cuándo hemos tomado en serio su palabra? ¿Cuándo nos hemos especializado en esta palabra, por medio de una lectura,

de una profundización, de una reflexión, una oración, una confrontación asidua, diaria, obstinada, apasionada?

Entonces no debemos quejarnos si no logramos leer los acontecimientos que nos afectan. O los leemos en una clave errónea, con las lentes deformadas del pesimismo, de la opacidad, de los prejuicios, de los dogmatismos, de las falsas seguridades, del escándalo varato.

«Y comenzando por Moisés...».

Sí, es necesario comenzar desde el principio. Es necesario partir de una explicación de nuestra vida a través de la fuente por excelencia: la palabra de Dios. Sin la mediación obstaculizadora de nuestras fórmulas pietistas, de nuestras recetas moralistas, de nuestros prontuarios con respuestas prefabricadas para toda clase de problemas (también para aquellos que no conocemos, para los que vendrán...).

Dejémonos «instruir» por Dios. Volvamos a ser alumnos del evangelio. Tendremos menos respuestas seguras y «aseguradoras». En compensación, sabremos ver mejor, entender más, darnos cuenta de lo que sucede. No sufriremos los acontecimientos. Sino que nos convertimos en protagonistas.

No se trata de tener las respuestas a la mano. Sino de tener la mirada, el cerebro y el corazón preparados. Preparados para entender.

Cristo no reprocha a los dos caminantes porque no tienen las soluciones a punto. Los reprende porque no tienen la inteligencia y el corazón dispuestos. «Necios y tardos de corazón».

«Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída».

Finalmente han atinado con la palabra justa, con la frase sensata.

Dos leguas de camino con aquel desconocido que «no sabe lo que ha pasado», para darse cuenta al fin de que son ellos en realidad los que lo ignoran todo, porque ignoran el significado de los acontecimientos que solamente sabían narrar.

Dos leguas de camino con aquel compañero de viaje para reconocer que no pueden prescindir de él.

De ahora en adelante lo podremos encontrar en nuestros caminos. Viaja de incógnito. Es uno cualquiera. Tiene el rostro común de una persona que encuentro y que me detiene.

Sí. Ha decidido quedarse.

«Y entró para quedarse con ellos».

Nos espera en la cita con lo imprevisible.

Exige la prueba de la atención.

Se revela a través del «sacramento del hermano».

El permanece en medio de nosotros.

Y nosotros debemos «reconocerle».

La *Via resurrectionis*, en este libro, se detiene en la séptima estación.

Pero las estaciones de nuestro camino pueden ser millares.

Todo encuentro con el resucitado, con el vencedor, es una estación más. Es una sorpresa, una desconcertante novedad. Todo encuentro es una aparición.

Con tal que nuestros ojos y nuestro corazón estén en condiciones de «reconocerle».

«A ellos se les abrieron los ojos y le reconocieron».

Pascua es el don de la luz.

Pero es un don que se recibe... con los ojos.

Cuando llegó en medio de nosotros «el mundo no lo reconoció» (Jn 1, 10).

Ahora que ha decidido quedarse, el pecado por excelencia es el de los «ojos cerrados».

Nosotros que nos sentimos frecuentemente y con gusto con derecho a devorar amarguras por su ausencia y sus tardanzas, somos en realidad culpables *reincidentes de no reconocimiento*.

«La luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la recibieron» (Jn 1, 5).

Pero, entonces, no tenemos ya derecho a quejarnos por la oscuridad.

Si «atardece» la culpa es solamente nuestra.

Segunda semana de pascua

Cita con la nueva comunidad

(I)

Como niños recién nacidos
apeteded la leche espiritual, no adulterada,
para que con ella crezcáis hacia la salvación
Aleluya

(Antifona de entrada del segundo domingo de pascua)

Después de los teorizantes se espera que lleguen los apóstoles

Domingo

No insistas en que te abandone y me separe de ti, porque donde tú vayas yo iré, donde habites, habitaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras moriré y allí seré enterrada. Que Yahvé me dé este mal y añada este otro todavía, si no es tan solo la muerte lo que nos ha de separar (Rut 1, 16-17).

La consigna para la vida religiosa en estos últimos años, ha sido «renovación».

Recientemente la exigencia de renovación se ha aplicado a un sector bien concreto: la vida comunitaria.

Son ya innumerables los institutos que han tomado como tema fundamental para sus capítulos el problema de la vida común y han comprometido a todos sus miembros, en los próximos años, a estudiar, profundizar y vivir de una manera nueva esta realidad central de la vida religiosa.

Las mismas experiencias que se ponen en marcha en diversas partes van esencialmente dirigidas a la búsqueda de una comunión más profunda entre las personas y de nuevos modos de expresarla. Basta pensar en las tentativas de establecer pequeñas comunidades. Tentativas, ciertamente, no exentas de riesgos e inconvenientes, pero que constituyen sin duda un signo elocuente de los tiempos, una exigencia que no se puede ya eludir ¹.

1. «Están surgiendo algunas tendencias dirigidas a crear comunidades más reducidas. Una especie de reacción espontánea contra el anonimato de

Se percibe, en realidad, que la crisis que atraviesa la vida religiosa, hoy, encuentra en la vida comunitaria su punto más delicado y determinante.

Observa con mucho realismo la priora de un monasterio de carmelitas² que se trata, sobre todo, de una «crisis de comunión fraterna». Y llegando a una diagnosis más detallada, precisa: «No son pocos los síntomas de nuestra inmadurez comunitaria. Recuerdo tres.

1. La ausencia de un decidido sentido de igualdad.
2. La desconcertante falta de confianza recíproca, que debilita nuestras relaciones interpersonales.
3. El desinterés, si no la clara desestima, de la amistad».

Y concluye: «Por encima de todo, no obstante, hay un pecado de fe: si en el hermano y en la comunidad se viese verdaderamente a Cristo, no seríamos tan avaros».

Desde el vértice a la base. Los resultados de recientes encuestas concuerdan en denunciar la vida comunitaria como «punto doliente» del actual malestar general, causa (o al menos concausa) de algunas defecciones, obstáculo a una plena realización personal.

Sobre todo se observa cómo la rigidez de las estructuras, el aspecto institucional y jurídico, obtienen demasiado frecuentemente la preponderancia sobre las relaciones fraternas, sobre las que, por el contrario, debería fundarse una comunión de personas en Cristo.

Aquí me urge subrayar la idea de fondo en la que todos los responsables concuerdan.

La solución de la crisis actual no puede venir por otro camino que por el de la vida en común.

Por otro lado, basta leer el *Perfectae caritatis* para darse cuenta de que la renovación pedida por el concilio es esencialmente una renovación comunitaria.

El futuro de la vida religiosa *se juega*, pues, en el terreno específico de la comunidad.

Devolver un rostro nuevo a la comunidad —más evangélico, más fraterno, más auténtico— significa ofrecer un rostro nuevo a la vida religiosa, garantizar su credibilidad, restituirle un atractivo intacto, asegurarle su porvenir.

las concentraciones urbanas... y la misma necesidad de estar más cercanos, en cuanto a las condiciones de vida, a una población que hay que evangelizar...» *Evangelica testificatio*, n. 40.

2. En *Religiose oggi*, 33, 1973.

Cualquier otra reforma que no llegue profundamente a este terreno, será solamente un paliativo o un narcótico.

Yo pienso que lo malo, hoy, consiste en el hecho de que, frente a una determinada situación, se tiende a dividir y separar netamente las partes: culpables y jueces, enfermos y médicos.

Sería necesario, en cambio, partir de la consideración de que *somos todos culpables y víctimas* al mismo tiempo.

Quizás hay demasiadas discusiones teóricas, libros, mesas redondas, acerca de la vida comunitaria. Y escasean los ejemplos prácticos, que demuestren una realidad «diferente».

Demasiados teorizantes y pocos apóstoles.

La renovación en la vida comunitaria comienza desde el mismo instante en que algún apóstol decide *hacerlo*.

Lunes

Pero al principio no fue así... (Mt 19, 8).

Para llegar a una conversión, a una «nueva comunidad», más auténticamente evangélica, es necesario ante todo hacer un diagnóstico exacto —aunque sea incómodo— de los males de que se resiente la vida en común.

Me parece obligado, no obstante, precisar enseguida que tantas deficiencias y desviaciones como se encuentran en algunas comunidades dependen —más que de la mala voluntad de los individuos— de la adhesión a una concepción incompleta y equivocada de la vida comunitaria.

El mal, frecuentemente, está en la raíz. Ciertas orientaciones prácticas resultan equivocadas porque no es ortodoxa la idea que las ha provocado.

La que esté enferma, antes de nada, es una cierta concepción de la vida en común.

Por consiguiente, es desde aquí desde donde hay que partir, si no se quiere caer en el error simplista de irritarse contra personas, culpables solamente de haber asimilado una lección impartida durante decenios por cátedras y textos cualificados.

Es necesario, pues, aludir esencialmente a esta concepción «enferma».

Enferma por... incompleta.

Efectivamente el mal fundamental ha sido la insistencia exagerada en un aspecto (por ejemplo, el institucional, o el de la dependencia, o el del funcionamiento de las obras), en sí totalmente

legítimo, con daño de otros (relaciones interpersonales, la fraternidad, el valor de la persona) todavía más importantes.

El pecado consiste en una falta de equilibrio, en un exceso, en una disonancia, en una desproporción, en una parte que resulta anárquica.

El mal es, esencialmente, falta de armonía.

Y esto es verdad también del *malestar* comunitario de que estamos tratando.

Precisado este punto, vengamos a algunas puntualizaciones sobre diagnósticos.

El hermano Basilio Rueda, superior general de los maristas, en una obra¹ que tendremos ocasión de citar más veces, afirma con una claridad extraordinaria que la situación de la vida comunitaria se puede sintetizar así:

1. *Se observan en ella insuficiencias y deformaciones.* Las lagunas son evidentes. Bastantes cosas deben ser corregidas. No pocos defectos, eliminados. Ciertas estructuras, rejuvenecidas.

Y enumera algunas de estas lagunas: «Se ha reducido el tiempo y las ocasiones de contacto. Se han inventado sucedáneos superficiales y carentes de autenticidad. Se han añadido oficios y ocupaciones, algunas veces muy pesados, que no tienen nada que ver con la vida de comunidad».

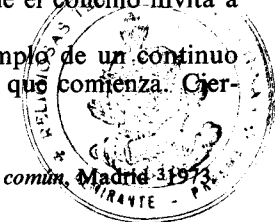
En consecuencia precisa el error de fondo que consiste, según su punto de vista, en el «predominio práctico y normativo» de lo externo sobre lo interno; en el predominio del aspecto disciplinar sobre el aspecto profético, «neumático»; en el predominio del reglamento sobre el encuentro y la comunión.

Y comenta amargamente: «Es muy triste observar que algunas personas (no solamente animadas de buena voluntad, sino también de una dedicación y una generosidad admirables) se agotan y se secan en una versión equivocada o, al menos muy pobre y menos santificante de la vida común».

2. *Una situación de esta naturaleza no ha existido siempre.* En los orígenes la fuente manaba a borbotones, aun cuando, a veces, removía un poco de fango... He aquí por qué el concilio invita a una vuelta a las fuentes.

«Ahora bien, los orígenes ofrecen el ejemplo de un continuo rejuvenecimiento, como todo amor histórico que comienza. Cjer-

1. B. Rueda, *Apología y desmitización de la vida común*, Madrid 1973.



tamente las impurezas y las incertidumbres no están ausentes. Pero se manifiesta una potencia real de caridad y de creatividad, como también toda la flexibilidad de una juventud a la búsqueda de los senderos que desea seguir».

Como se ve, ningún proceso. Solamente la toma de conciencia de una responsabilidad concreta. Y la invitación de un regreso a las fuentes. A una concepción de la vida comunitaria (precisaremos cuál sea, en las próximas meditaciones) anteriores a la... enfermedad.

Solamente la recuperación de una visión más auténtica de la vida común es garantía de juventud.

No defraudar las esperanzas

Martes

Centinela, ¿qué hay de la noche?

Centinela, ¿qué hay de la noche?

Dice el centinela:

Se hizo de mañana y también de noche.

Si queréis preguntar, volved, venid (Is 21, 11-12).

En el diagnóstico que hemos presentado ayer, el hermano Basilio Rueda añade un tercer elemento:

Las nuevas generaciones están buscando una vida comunitaria más profunda. «En el corazón de los jóvenes de hoy y de entonces se agitan vivas aspiraciones a renovar la vida comunitaria».

Intentemos enumerar algunas de estas exigencias.

- Mayor autenticidad y simplicidad evangélica.
- Relaciones más espontáneas y menos formalistas.
- Preponderancia de lo «verdadero» sobre todos los otros valores tradicionales.
- Un clima de confianza, comprensión, lealtad y tolerancia recíproca.
- Primacía de la persona. Deseo de ser tomados en serio «como persona única y distinta». Se sienten y quieren ser «alguien». «Se da un horror a verse reducidos a cumplir exclusivamente una función, a ser solamente un número» (A. Uleyn).
- Predominio del «ser» sobre el «hacer».
- Experiencias de comunidades pluralistas.
- Sentido de lo relativo. No se acepta la comunidad «prefabricada». Se quiere construirla a través de la experiencia.

— «Se insiste para que la comunidad tutele los derechos sociales de la persona: personalidad, reputación, participación, información, expresión, cultura, iniciativa» (Rueda).

- Rechazo del paternalismo y del autoritarismo.
- Rechazo de los métodos «infantilizantes».
- Sentido de la responsabilidad personal.

Desearía que, frente a estas reclamaciones, no se montasen procesos de defensa, quizás pasando al contrataque y acusando en el plano personal a aquellos que se hacen portadores de las mismas.

Se trata simplemente de tomar nota de hechos. En una actitud de disponibilidad y de atención.

Como advierte el autor citado, la alternativa es más bien dramática: o estamos preparados para acoger estas aspiraciones y conducir las por el camino conveniente, o por el contrario éstas tomarán otra dirección... Y nos encontraremos sin fuerzas juveniles.

Y aquí el peligro justamente denunciado es el del *narcisismo de una generación* contenta y satisfecha de sí misma e incapaz de responder válidamente a la inquietud manifestada por las nuevas generaciones, con el peligro de privar a la vida consagrada de las aportaciones de candidatos deseosos no de soluciones fáciles, sino de un compromiso total. Y deseosos de «encarnar en la iglesia el rostro del mundo actual, con el fin de transmitir a *este mundo*, de una manera más eficaz, el mensaje de Jesús».

Se trata, pues, de no faltar a una cita decisiva para el futuro de la vida religiosa.

Una vida religiosa incapaz de responder a tiempo a ciertas exigencias evangélicas se condena a vivir retrasada... respecto a sí misma.

Después, avisados en sueños... se retiraron a su país por otro camino (Mt 2, 12).

También yo tengo derecho a soñar. Al menos una vez.

El sueño es uno de los derechos fundamentales del hombre.

Los hombres, según mi parecer, se dividen en dos categorías: los que sueñan y los que se limitan a dormir.

Los primeros *hacen* la historia.

Los otros se dan cuenta, cuando despiertan, de lo que ha sucedido, de lo que habrían podido hacer también ellos si hubieran tenido el coraje de soñar.

Ninguno es más realista que el soñador. O sea, aquel que constriñe la realidad a ponerse al paso de sus sueños.

Yo no tengo la pretensión de escribir una página de historia. Me contento con escribir una página de meditación que sirva a la historia de alguno.

Por eso hoy ofrezco un sueño mío. Con la esperanza de que pueda servir a la realidad.

Sueño, pues, en una comunidad...

Una comunidad formada, naturalmente, de hermanos y hermanas. Pero en la que el término «hermano» o «hermana» no esté pegado encima por el reglamento o por la costumbre, sino ganado, sudado por todos, día tras día.

Sueño en una comunidad en la que lo «real» representa la ley fundamental, de la que dependen todas las otras leyes. Lo real: o sea, estas personas concretas, con esta mentalidad, con esta

cultura, con esta formación, con estas cualidades, con esta edad, en esta situación particular, en este ambiente, con esta misión que cumplir, en este tiempo.

Sueño con una comunidad en la que venga reconocida la primacía de la persona. Y todos estén convencidos de que el «bien común» no puede sino coincidir con el bien de cada una de las personas.

Una comunidad construida en orden a las personas. Una comunidad en la que las estructuras y las obras estén en función del equilibrio, del desarrollo, del crecimiento de las personas.

Sueño en una comunidad en la cual la igualdad fundamental de todos sus miembros sea reconocida y acentuada por todos los medios.

Sueño en una comunidad en la que no falten los privilegiados. Con tal que estos privilegiados sean los pequeños, los débiles, los últimos.

Una comunidad en la cual domine la «mentalidad de la cadena», según la cual la fuerza y la consistencia de la cadena en su conjunto viene dada por el anillo más débil.

Sueño con una comunidad en la que no haya tiempo que perder. Quiero decir que haya tiempo que perder para el reposo, para la distensión, para la... desintoxicación. Pero no haya tiempo que perder en boberías, chismes, insinuaciones, sospechas, maledicciones y charlatanerías. Donde se ama no hay nunca tiempo que perder. No hay nada que absorba tanto como el amor.

Una comunidad en la cual ninguno se tome demasiado en serio, pero donde cada uno se sienta tomado en serio por los otros.

Sueño con una comunidad en la que sea bruscamente desaprobado todo intento, de cualquier parte que venga, de hablar mal de una persona ausente.

Una comunidad en la cual todos se encuentren «seguros». Es decir, cada cual se sepa seguro en cuanto a libertad, dignidad, respeto y, sobre todo, responsabilidad personal.

Sueño con una comunidad en la que cada cual tenga el valor de expresar libremente su propio pensamiento. En la que las opiniones manifestadas por los individuos sean tomadas en consideración por el peso real de las razones que se aducen, y no por otras valoraciones oportunistas o emocionales.

Una comunidad en la que cada uno de sus miembros sea considerado por todos los otros como *uno del que se pueden fiar*. Y cada cual, naturalmente, se empeñe en ser tal de verdad.

Sueño una comunidad en la cual todos permitan ser discutidos. Y el lenguaje sea sincero. Y no se tenga miedo a la verdad. También porque el estilo habitual sea un estilo de verdad, que penetra, incomoda, pero no humilla a ninguno. Una verdad que cura —aunque sea con dolor— pero no hiere. «Felicidad es poder decir la verdad sin hacer llorar a nadie» (F. Fellini).

Una comunidad en la cual todos los que se las dan de maestros sean *condenados a vivir su palabra*. Todos los que se las dan de jueces sean *condenados a sentirse cómplices*.

Sueño en una comunidad en la que la única *sospecha válida* sea la sospecha de que algún hermano no recibe la parte de amor que le corresponde.

Sueño en veinte, cincuenta, mil, cinco mil comunidades que me demuestren que... he soñado la realidad.

Hemos pasado de la muerte a la vida,
porque amamos a los hermanos (1 Jn 3, 13).

El concilio Vaticano II ha marcado una etapa decisiva en la evolución de la vida de comunidad.

Podemos sintetizar tal evolución en la fórmula siguiente: *paso de una comunidad de observancia a una comunidad comunión de personas*¹.

Advertimos rápidamente:

1. *No ha sido un cambio brusco e improvisado.* Como si todo hubiera comenzado o hubiera sido impuesto autoritativamente por el concilio. El proceso de evolución del concepto de comunidad había comenzado hacía algunos años y se venía acentuando y acelerando cada vez más. Se había dado al menos en muchos sectores más sensibles y abiertos, una maduración de las conciencias. Se advertía la insuficiencia —sobre todo desde el punto de vista evangélico— de una concepción comunitaria demasiado estrecha y legalista.

El concilio ha consagrado y legitimado lo que antes era un proceso espontáneo. Ha dado un aval cualificado a intuiciones,

1. Cf. V. de Couesnongle, *La vie communautaire dans les instituts religieux hier et aujourd'hui*: VieSp Suppl 104, 1973. Tomo estas reflexiones, como también algunas de las meditaciones siguientes, de este artículo.

anticipaciones, exigencias maduradas y soportadas en diversas partes.

2. *No debemos entender de manera excesivamente absoluta la fórmula precedente.* Como si en la «comunidad de observancias» estuviera ausente la «comunión». Como tampoco es necesario concluir que en la «comunidad comunión de personas», hoy, no cuente ya nada la observancia y deba ser mandada retirar entre los trastos del pasado.

Simplemente se trata de reconocer y respetar un decisivo *desplazamiento del acento*. En el pasado, la observancia ocupaba el primer puesto. Era una especie de valor decisivo, último, al cual había que referir todo lo demás. Ahora viene subrayado principalmente el aspecto comunión, que se convierte justamente en el fin último de la vida de comunidad. Y todo lo demás está en función de este último fin.

Un traslado de acento que no es una banal cuestión de forma. Sino que comporta una lógica diferente, una diversa valoración de las cosas y de las situaciones, una diversa escala de valores.

El desorden más peligroso, en una comunidad, acontece cuando se trastorna la escala de valores, como consecuencia de lo cual lo que era secundario se convierte en principal, lo que era medio es promovido a fin.

Los cambios que se han verificado son puestos de relieve, con mucha exactitud, en algunas respuestas a un cuestionario distribuido a comienzos de 1972 a todos los miembros de la Unión de superiores generales.

La mayor parte de las respuestas subrayan, por lo que se refiere al pasado, los aspectos comunidad-uniformidad, comunidad-regularidad, comunidad-de-prácticas, comunidad-de-observancias.

La vida común era presentada más como una práctica ascética que como un vivir juntos gozosamente por Cristo.

La misma recreación era considerada, según una óptica estricta de «ejercicio de comunidad», como uno más (y aún más molesto...).

La figura del superior era identificada con la del «guardián de la regla», garante de su exacta observancia, con principal misión de *vigilancia*.

O también, a la vez, el superior era el encargado del «funcionamiento de las obras», a expensas de la atención a las personas. O la atención a las personas estaba en relación con «el regular funcionamiento» de las obras. «La comunidad corre el peligro de transformarse de esta manera en una empresa; los superiores

asumen la función de jefes de personal, los «súbditos» son estimados sobre todo por su capacidad «productiva»².

La caridad, ciertamente, se practicaba. Pero era sobre todo ascesis religiosa, condescendencia con el otro, paciencia, soportación, respeto sugerido por la buena educación, más que intercambio y enriquecimiento recíproco, más que verdadera fraternidad.

Las exigencias del apostolado estaban habitualmente subordinadas a la regularidad de la vida común, cuyos horarios resultaban «prefabricados» independientemente de las situaciones objetivas y de las obligaciones a las que estaba llamada la comunidad en el servicio a los hermanos.

En este contexto de vida, *los temperamentos más débiles estaban en condiciones de rendir al máximo* (porque se sentían protegidos, asegurados desde el exterior, sin tener que comprometer nunca la propia responsabilidad), *mientras que las personalidades más descollantes tenían la impresión de ser aplastadas*. En realidad, estas últimas sufrían por las limitaciones a que se veían sometidas en nombre de una cierta uniformidad que terminaba por nivelarlas dolorosamente. Tenían la impresión de que la persona venía absorbida y se perdía en el anonimato. Indudablemente, la personalidad era mirada con sospechas, y constituía un obstáculo para la vida común.

Sin embargo no debemos acentuar demasiado los aspectos negativos de este pasado, ni juzgarlo atendiendo a la mentalidad y a las ideas hoy ya definitivamente establecidas. No olvidemos, sobre todo, que de aquellas estructuras insuficientes han surgido no obstante siempre santos...

No se trata de condenar o liquidar en bloque el pasado. Sino de entenderlo envuelto en la «transición».

También el pasado -para ser fieles a su propio origen etimológico— debe *pasar* a una nueva realidad.

Queridos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio (1 Jn 2, 7).

«Hemos adolecido de una concepción excesivamente estrecha de la vida común, que ponía su esencia en el solo orden disciplinar. Esta visión dominante —cuando no completamente exclusiva— ha intentado hasta el exceso conservar la homogeneidad y la estabilidad de horarios rígidos, como si se tratara de un valor supremo»¹.

Hoy, en cambio, se ha pasado a una concepción diferente. De la comunidad de observancias hemos llegado a la comunidad-comunión.

Esta concepción está en sintonía con la problemática actual que es consciente de los peligros que amenazan nuestra civilización. Estos peligros se pueden reducir esencialmente a dos:

— *despersonalización* (anonimato, la persona reducida a un número);

— *cosificación* (instrumentalización, la persona reducida a objeto o a función).

Para reaccionar contra tales peligros, se ponen en marcha dos procesos paralelos:

— *proceso de socialización* (que responde a la exigencia comunitaria);

1. F. Sebastián, *¿Podremos ver la verdadera renovación de la vida religiosa?, Religiosos y religiosas ante la iglesia de mañana*, Madrid 1968, 17.

— *proceso de personalización* (que responde a la exigencia personalista).

La concepción de la comunidad como comunión de personas se inserta en los dos procesos de socialización y de personalización y respeta sus exigencias más profundas.

Ciertamente, el equilibrio que hay que alcanzar entre exigencia comunitaria y exigencia personalista no es fácil de obtener. La acentuación de un aspecto en daño del otro lleva a desequilibrios notables y a excesos difícilmente controlables.

El equilibrio entre estas dos exigencias tiende a evitar

— ya sea el peligro de un *colectivismo nivelador*, que sacrifica a la persona al sistema, a la estructura;

— ya sea el peligro opuesto de un *individualismo exasperado y anarcoide*, que sacrifica la comunidad a los propios intereses egoístas y trastorna las estructuras de la sociedad.

En la comunidad comunión de personas se reconoce, se reivindica y se consagra:

— la primacía de la persona. «Principio, sujeto y fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana» (Gs 25).

— el respeto de su dignidad y sacralidad, de sus aptitudes, de su itinerario interior;

— la responsabilidad individual.

A través de los intercambios con el otro, del diálogo, de la reciprocidad de servicios, la persona crece según sus propias posibilidades y sus propios ritmos de desarrollo y está en condiciones de responder plenamente a la propia vocación.

Socialización y personalización no deben oponerse entre sí, sino caminar al mismo paso.

Comunidad y persona se armonizan y se integran mutuamente.

Los institutos religiosos se han dado cuenta de que su progreso no depende tanto de las estructuras exteriores ni de las obras cuanto del progreso de sus miembros. Solamente el respeto a cada individuo y la preocupación por su desarrollo personal garantiza la eficiencia y la vitalidad del instituto.

No es sofocando y nivelando a las personas como *crece* el instituto. Al contrario. Un instituto, como una comunidad individual, lo puede ganar todo, lo mismo en el plano de la eficiencia que en el de la autenticidad, con *la importancia primaria reconocida a las personas*.

Cuando es la persona la que pierde, no puede haber ventaja de ningún género.

Nada puede ganarse con daño, aun de una sola persona.

Allí donde desaparece la persona, desaparece también el evangelio.

Negándome a la comunidad yo me empobrezco a mí mismo

Sábado

Con nadie tengáis otra deuda
que la del mutuo amor (Rom 13, 8).

Se pueden dar dos actitudes opuestas¹ frente a la comunidad:

— *el individualismo*

— *el conformismo gregario*.

En el primer caso uno *se aísla*, se excluye voluntariamente del tejido y del dinamismo comunitario.

En el segundo caso uno *se pierde* (no en el sentido evangélico, obviamente) en la comunidad. La persona desaparece, se deja absorber, engullir por la colectividad. Termina por perder la propia identidad. No se reconoce ya.

Ambas actitudes, aunque de signo contrario, se reducen a un mínimo común denominador: rechazo sustancial de la comunión.

Efectivamente con el individualismo me cierro en mí mismo, me niego a los otros, no participo en la construcción de la comunidad comunión de personas.

Con el conformismo gregario, en cambio, me abandono pasivamente a la comunidad. Presento *la dimisión de persona*. Quiero decir, de persona responsable, única, irreplicable. Ofrezco solamente una parte de mí mismo, negando en consecuencia la aportación más valiosa: la aportación de mi originalidad, de mi espe-

1. Cf. A. Motte, *Un coeur et une âme en Dieu*, Paris 1972.

cidad, de mi creatividad, de mi singularidad. En este caso tiene razón Nietzsche al denunciar que «la comunidad hace comunes». Pero este triste fenómeno se hace posible sólo por el hecho de que ciertas personas *se convierten en comunes*, aceptando el perderse en el anonimato, el dejarse absorber en una masa indiferenciada y niveladora, el disolverse en el más chato conformismo.

Debemos tener presente que el destino del hombre es un destino personal y comunitario a un tiempo. El hombre es un ser único, un ejemplar exclusivo. Pero es también un «ser comunitario». Será bueno reparar a este propósito las enseñanzas de la constitución conciliar *Gaudium et spes* sobre la comunidad humana en general (capítulo 2.º), subrayando sobre todo «la índole comunitaria de la vocación humana en el plano divino» (n. 24) y «la interdependencia de la persona y de la sociedad humana» (n. 25). «De la índole social del hombre aparece evidente cómo el perfeccionamiento de la persona humana y el desarrollo de la misma sociedad son interdependientes entre sí»,

1. *La verdadera comunidad comunión de personas representa una superación del individualismo*

Según los planes de Dios una persona no puede realizarse si no saliendo fuera de sí misma e insertándose en una comunión, o sea, en una red de relaciones de amor con los otros.

Para ser yo mismo es necesario «vivir-con».

Todos tienen derecho a recibir mi aporte.

El «nosotros» se convierte en la realidad determinante hacia la cual convergen las personas con sus aspiraciones, sus pensamientos, sus acciones, en un intercambio y un enriquecimiento recíproco.

2. *La comunidad representa también la superación del conformismo gregario*

La aportación, con todo, debe ser una aportación verdaderamente *mía*. Es decir, personal, dinámica, inteligente. Lo cual es precisamente lo opuesto a una «disolución en la colectividad».

«No se trata de seguir, más o menos pasivamente, el movimiento general; un cierto conformismo oculta una indiferencia, una pereza o una pusilanimidad que lesionan efectivamente la comunidad. De hecho ésta es rica solamente por las aportaciones de sus miembros. Ella queda empobrecida cuando yo no pongo

a su servicio la totalidad de mis recursos. Y, al mismo tiempo, me empobrezco a mí mismo».

«El cielo no es un sueño hipnótico colectivo de una muchedumbre anónima en la que cada uno estuviera fuera de sí. Tampoco una comida a la cual se participa ordenados en pequeñas mesas, donde se mantiene la distancia entre unos y otros. No. Es un concierto donde cada uno tiene la propia voz personal, insustituible. Y donde las voces acordadas se reclaman, se completan y se sostienen mutuamente» (A. Motte).

La sinfonía tiene necesidad de tu nota personal. Si la niegas, permaneces solo, pobre, con tu nota que resulta infaliblemente desentonada.

Si tu nota se halla privada del timbre inconfundible de su unicidad, la sinfonía se reduce a una monótona retahila de palabras sin sentido.

En los dos casos la condena es inevitable: nos empobrecemos en el mismo acto que empobrecemos a los otros.

Tercera semana de pascua

Cita con la nueva comunidad

(II)

Que tu pueblo, Señor, exulte siempre
al verse renovado y rejuvenecido en el espíritu;
y que la alegría de haber recobrado la adopción filial
afiance su esperanza de resucitar gloriosamente.

(Colecta del tercer domingo de pascua)

El momento de la verdad

Domingo

Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo. Y si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada cual quedará al descubierto: la manifestará el día que ha de manifestarse con el fuego. Y la calidad de la obra de cada cual, la probará el fuego. Si la obra de uno, construida sobre el cimiento, resiste, recibirá la recompensa. Mas aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño. El, no obstante, quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego...

Nadie se engañe... Así que no se gloríe nadie en los hombres, pues todo es vuestro: ya sea Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro, todo es vuestro. Y vosotros de Cristo y Cristo de Dios (1 Cor 3, 10-23).

Y llega siempre el momento de la verdad.

Toda comunidad está llamada a ofrecer una prueba de su consistencia.

Hay una aprobación a la que no está permitido sustraerse.

Hay una verificación que no se puede eludir.

La resistencia, de una comunidad no se debe controlar por la fachada, sino que debe ser comprobada por los cimientos, por las estructuras portantes, por el cemento empleado.

«Es una comunidad ejemplar».

Me alegro de ello. Pero yo espero que me ofrezca un ejemplo decisivo en una hora comprometida e incómoda.

«Es una comunidad edificante».

No busco más que eso. Pero yo espero a descubrir *sobre qué, sobre quién está edificada.*

No basta que una construcción esté en pie. Es necesario comprobar en qué condiciones resiste.

Y viene, finalmente, el momento de la verdad.

Una separación. Una partida. Una prueba de la generosidad tan predicada.

Y he aquí que la comunidad «edificante» cruje penosamente y se deshace, porque ha fallado el cemento.

Y he aquí que las personas así llamadas «ejemplares» ofrecen un triste ejemplo de infantilismo y de mezquindad.

No. No puedo alegrarme de ello, aun cuando se confirmen mis previsiones pesimistas.

Es siempre triste observar cómo ciertas personas se han engañado durante años creyendo que están juntas por amor a Cristo, mientras que su unión resultaba ligeramente empastada con arena, con algún perifollo decorativo y alguna palabra «edificante».

«Fuerzas en la fe». No. Una apariencia de fuerza y de fe, y una realidad de debilidad y de conveniencia.

«Adultos en Cristo...». No. Incorregibles niños, que han arrastrado consigo, durante decenios, su «complejo del seno materno». Y tienen necesidad de protección, de seguridad, de tutela y de caricias maternas. Tienen necesidad de que haya quien piense en su lugar, quien decida por ellos, quien los dispense de juzgar y hasta de ver.

Una comunidad, o está edificada en Cristo, o se mantiene unida con arena.

O la razón única y fundamental del mismo estar juntos es Cristo —y solamente él— o bien sencillamente están «agrupados de alguna manera».

La alternativa es clara: o están *edificados juntamente* en Cristo, o están *apuntalados juntos* bajo una apariencia «ejemplar» que disimula el vacío.

Cuando una comunidad «edificante» se resquebraja al llegar el «momento de la verdad», ciertas personas interesadas tienen razón de lloriquear o de exhibir caras fúnebres. Lloran sobre sí mismas, sobre la sepultura de las propias gigantescas ilusiones.

En el negocio de la construcción no se puede hacer trampas con el cemento.

Cristo no acepta dar sólo el nombre al edificio de la comunidad.

Quiere ser proyecto, cimiento, material de construcción, contratista, arquitecto, huésped. Quiere serlo todo, en suma.

Cristo es la verdad de una comunidad.

Una construcción que no se apoye en esta verdad es una construcción abusiva.

Que se destruye sola. Un edificio que... no existe.

Para que la casa no quede vacía

Lunes

¡Ay, los que juntáis casa con casa,
y campo a campo anexionáis, hasta ocupar todo el sitio
y quedaros solos en medio del país!
Así ha jurado a mis oídos Yahvé Sebaot:
¡Han de quedar desiertas muchas casas;
grandes y hermosas, pero sin moradores! (Is 5, 8-9).

No podemos contentarnos con una «vida de comunidad».

Es necesario llegar a una *vida de comunión*.

Tratemos de precisar los términos, para evitar equívocos.

La comunidad expresa sobre todo un aspecto institucional, jurídico. Es una especie de marco externo.

La comunión, en cambio, expresa la unión profunda de las personas, que viven en una comunidad determinada. La unión de corazón, de alma, de propósitos, entre personas que están en comunión con el único Espíritu y comparten los mismos ideales.

En otras palabras: la comunidad es el «lugar» en el que se cumple, se realiza la unión profunda de los seres.

La comunidad no es nada, es un triste marco vacío, si no hay comunión de las personas.

Y, por otra parte, la comunión de las personas encuentra su expresión, su manifestación externa, visible y por consiguiente perceptible, en la comunidad.

Sin la comunión, la comunidad es solamente una ficción jurídica.

Pero, desde el lado opuesto, la comunión tiene también necesidad de la comunidad para poderse expresar y en consecuencia realizar su propia función de «signo».

La institución es, pues, necesaria a la comunión. Pero nunca deberá ser preponderante. Una hipertrofia del aspecto institucional lleva necesariamente a una atrofia de la realidad más profunda y esencial.

El fin último sigue siendo siempre la comunión de los espíritus, no la comunidad, la estructura o la institución, que tienen simplemente función de medio. Medio todo lo importante que se quiera, importantísimo, pero que no puede ser ascendido a fin.

Teniendo presentes estas distinciones se evitarían muchos conflictos y no pocos despistes. Se caería en la cuenta entonces de que la estructura no puede nunca sacrificar a la persona.

El conflicto nace precisamente, cuando se tiene la pretensión de oponer la «comunidad-institución» o «comunidad-funcionamiento» o «comunidad-obras» a la «comunidad-comunión».

En la «comunidad-obras» la *unión* de las personas desciende a medio para alcanzar el fin (obras, actividad).

En la comunidad-comunión, en cambio, la unión profunda de las personas es buscada en cuanto que ella misma es el fin de la comunidad; y las obras son «medios» para conseguir el fin último, que es siempre el amor fraterno entre los miembros de la comunidad.

En otros términos. En la comunidad-comunión tenemos la comunidad al servicio de la persona. O sea la comunidad valoriza las dotes peculiares de la persona, realiza sus posibilidades y aspiraciones. Madura la persona en el servicio a los otros, en el respeto recíproco, en el cumplimiento de los propios deberes, en la corresponsabilidad del trabajo común, en la adhesión a una norma libremente aceptada. La conduce a una auténtica y fraterna amistad con todos.

En cambio, «la *comunidad de suyo es un modo humano de estar agrupados, que puede implicar y traducir la comunión, pero puede también traicionarla o negarla: ¿no es tal vez el anticristo una especie de *cuero* que se contrapone al *cuero de Cristo*? De aquí, el deber y tarea fundamental de toda comunidad: *obedecer a la comunión*» (G. Moiolí).*

Sin la comunión, la comunidad es como una casa vacía. Falta el amor está ausente de hecho el personaje principal.

Una última observación. La comunión entre las personas en el ámbito de la comunidad religiosa, acontece solamente por Cristo y en Cristo. Un hermano encuentra al otro solamente en Jesucristo. Solamente en él somos uno, sólo mediante él estamos unidos los unos a los otros.

«Lo que es determinante para nuestra comunión es lo que es uno en Cristo. Nuestra comunión se basa solamente en lo que Cristo ha hecho por los dos» (Bonhoeffer).

La ganancia importa un riesgo

Martes

No se turbe vuestro corazón.
Creéis en Dios; creed también en mí (Jn 14, 1).

El paso de una comunidad de observancias a la nueva comunidad comunión de personas, responde a concretas exigencias evangélicas, está de acuerdo con las aspiraciones más profundas de la naturaleza humana y representa un indudable «signo de los tiempos». Sin embargo el «paso» no es nunca tranquilo. No todo va sobre ruedas. Las transformaciones importan siempre una notable dosis de riesgos.

Examinemos, pues, brevemente los aspectos positivos de estos cambios. Sin dejar, no obstante, de subrayar los negativos¹.

I. ASPECTOS POSITIVOS DE LA NUEVA CONCEPCIÓN DE VIDA COMUNITARIA

Podemos reducirlos a los siguientes:

a) Son las personas las que ganan principalmente como consecuencia de esta evolución. Efectivamente, la nueva concepción de la vida religiosa responde mejor a las aspiraciones naturales y psicológicas del ser humano y consiguientemente es fuente de desarrollo, de madurez y de equilibrio.

1. Sigo casi a la letra el artículo citado de V. de Couesnongle.

Se produce, en la comunidad, un clima de mayor sinceridad, espontaneidad, simplicidad de relaciones, acogida, amistad y comprensión. Gracias a todo esto, la vida adopta un nuevo dinamismo. Y el religioso se siente más fuerte y más él mismo, también frente al mundo.

b) Gracias al pluralismo, la comunidad gana en madurez y las relaciones entre las personas se hacen más auténticas. El esfuerzo que todo esto supone es factor de progreso en el campo de la caridad. En efecto, el amor en una comunidad comunión es más comprometido, más exigente. Se aman —como tendremos ocasión de subrayar mejor a continuación— no porque todos son iguales. Sino que se aman a través de las diferencias de cada uno, que son respetadas y consideradas como un enriquecimiento para la comunidad.

c) Desde el punto de vista apostólico. Los religiosos demuestran más imaginación y fervor. La fantasía es puesta a prueba.

d) La vida religiosa se hace más ligera (lo cual no quiere decir, bien entendido, más fácil). De hecho no es ya sinónimo de ascesis. Las motivaciones predominan sobre los ejercicios y las prácticas. La conciencia responsable sobre el voluntarismo. La libertad sobre la costumbre. El «puedes» sobre el «debes». Más ligera, pero también más comprometida. En esta perspectiva todo depende de las personas, de su responsabilidad, de su generosidad.

e) La oración gana en profundidad, verdad y espontaneidad. La liturgia no es solamente rito, sino que traduce la vida.

2. ASPECTOS NEGATIVOS DE ESTOS CAMBIOS

Puede darse:

- Aliento al individualismo.
- Abusos por parte de personas inmaduras.
- Tensiones más exasperadas entre jóvenes y viejos.
- Desorientación y desánimo (especialmente por parte de aquellos que estaban habituados al «binario» de la regularidad).
- Dificultad para encontrar a responsables de la comunidad capaces, abiertos y preparados a esta nueva realidad (digamos incidentalmente: es mucho más fácil la tarea del superior en una comunidad de observancias que en una comunidad comunión de personas. Para esta última se necesitan dotes psicológicas, pedagógicas, de intuición, de interioridad, etc.).
- Dificultad para conservar todas las obras del instituto (trataremos de este aspecto en relación con los conflictos que se pueden producir entre bien común y bien personal).

De todos modos, aun no ignorando estas dificultades, los expertos más calificados están de acuerdo en reconocer que los aspectos positivos son con mucho superiores a los negativos. Y que estos últimos pueden ser anulados muy bien por medio de un esfuerzo constante y de la insistencia en el camino emprendido.

Basta saber dónde se quiere llegar. Poseer lúcidamente el sentido del camino. En tal caso no se corre el peligro de hacer «marcha atrás», apenas se perfila en el horizonte un obstáculo o un tropiezo.

Aquí la atracción de la meta que se debe alcanzar —un «ser más» de la persona en el amor fraterno— debe hacernos aceptar, con espíritu de fe, los inevitables riesgos.

Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia (2 Pe 3, 13).

Según que se haya dado o no el paso de la comunidad de observancias a la comunidad comunión; según que se haya logrado o no la maduración de la nueva mentalidad, y concepción de la vida en común, se han producido en los diversos institutos diversos tipos de comunidad. Simplificando —y sin tener la pretensión de reducir a un esquema toda la realidad que resulta siempre más bien compleja— podemos reducirlos a los siguientes:

1. *Comunidad de estampa tradicional*. Han quedado ancladas en la época preconiliar, aun habiendo introducido nuevas disposiciones. Pero ha sido una adaptación superficial, de estructuras, de nombres. Las cosas, en cambio, han quedado sustancialmente como antes («Es necesario que todo cambie para que todo siga como antes...»).

No ha habido una verdadera conversión.

Los cambios han sido soportados más que queridos, deseados o «anticipados».

Sobre todo se ha tratado de una adaptación formal, una laboriosa alineación con las directrices conciliares, pero las mentalidades no han cambiado.

Se han limitado a un barniz externo. Nada más.

Ha habido adaptación a nuevas orientaciones, sin haberlas madurado ni asimilado sus exigencias y sus motivaciones profundas.

Es el típico fenómeno evangélico del vino nuevo en odres viejos.

2. *Comunidades «divididas»*. En estas (y acaso son las más numerosas) se han ido delineando dos grupos opuestos entre los cuales se está haciendo más profundo cada vez un surco de desconfianza y de incomprensión recíproca. Choque de mentalidades opuestas. Las posiciones aparecen inconciliables. Se asiste a una especie de diálogo de sordos.

En una parte, un grupo alineado (al que llamaremos por comodidad *progestista*, aun cuando el término es muy equívoco). Se nota en él:

- Indiscriminado rechazo y hasta desprecio del pasado.
- Convicción arraigada de que se debe partir de cero.
- Abuso de eslógans a la moda.
- Verbalismo excesivo, al que no siempre corresponde un compromiso coherente.

En la otra parte, el otro grupo alineado (llamado *tradicionalista*). En él se nota en cambio:

- Fácil descalificación y excomunión de quien piensa de otra manera.
- Desconfianza y hostilidad preconcebidas hacia todo lo que... apesta a nuevo.
- Acusaciones apasionadas de falta de espíritu religioso dirigidas contra aquellos que intentan hacer algo diferente.
- Miedo de que las nuevas generaciones entierren el instituto.

Por las dos partes se echa de menos una verdadera y desapasionada clarificación acerca de las cosas esenciales y las marginales de la vida religiosa. No se deciden nunca a hacer un serio inventario de lo que pertenece al espíritu y de lo que es solamente «letra». Falta la actitud de recíproca tolerancia.

Y se cae inevitablemente en errores opuestos. Por lo cual los unos arrojan al mar, como superadas, realidades fundamentales (oración, silencio, contemplación, mortificación); los otros se obstinan en preservar como esenciales cosas absolutamente marginales.

3. *Comunidades verdaderamente renovadas*. En mis frecuentes «vagabundeos» tengo la suerte de encontrarme con bastantes. Es difícil definirlos. Diría que se reconocen desde el primer contacto, por un aire, por una atmósfera «diferente». Es algo que se advierte, que te sorprende agradablemente, aun cuando no puedas explicarte el fenómeno. Por otro lado, es difícil explicar la vida...

De todos modos, a grandes líneas, estas comunidades en las que la renovación es una cosa seria y un compromiso llevado adelante con lucidez, coraje y clarividencia, están caracterizadas por su ímpetu, su dinamismo, la sana creatividad y experiencias interesantes y ponderadas. Se acentúa el espíritu fraterno, el compromiso religioso y apostólico, un nuevo fervor de la vida espiritual centrada sobre todo en una liturgia particularmente expresiva. Hay verdadero intercambio y circulación de ideas. Información completa. Puesta al día también en cuestión de lecturas (con la costumbre de discutir las). Estilo sencillo. Inserción en el ambiente circunstante. Participación en la vida de la iglesia local.

Una sola observación final. No te pregunto a cuál de estos tres tipos de comunidades perteneces. Me interesa saber, más bien, para qué tipo de comunidad estás trabajando.

De la uniformidad niveladora a la complementariedad de las personas

Jueves

Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. En efecto, el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: puesto que no soy mano no soy del cuerpo ¿dejaría de ser del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde quedaría el olfato? Ahora bien, Dios puso a cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo (1 Cor 12, 12-20).

Intentemos resumir los cambios acaecidos en la concepción de la vida comunitaria a consecuencia del paso de la comunidad de observancias a la comunidad comunión de personas ¹.

En esta nueva perspectiva eclesiológica, la espiritualidad de la sumisión a la voluntad de Dios ha desembocado en la fraternidad y se ha abierto a la amistad en Cristo. Fraternidad y amistad que se construyen y se hacen más profundas principalmente en torno a la mesa eucarística.

Mientras que la concepción precedente era esencialmente *ascética y práctica* (la comunidad al servicio de las obras), la nueva es esencialmente *teológica y sacramental*.

1. Cito casi a la letra las condiciones del estudio de Couesnongle.

El bien común tiene precedencia sobre el bien particular. Esto es verdad hoy como ayer. Pero, ahora, se insiste en el hecho de que el uno es potenciado por el otro y no están necesariamente en oposición. El pluralismo y el respeto de las características particulares de cada uno, no engendra el individualismo.

Se pone de relieve cómo el bien particular de las personas, lejos de constituir un atentado al bien común, puede y debe enriquecerlo. Por lo cual las desconfianzas no deben degenerar en excomuniones y divisiones, sino traducirse en una complementariedad que representa la verdadera riqueza de toda comunidad.

Ayer como hoy la vida común es *también* escuela de santificación y exige renuncia y mortificación. Pero el acentuar la responsabilidad de cada uno a todos los niveles significa también hacer a los religiosos más fuertes y conscientes. Significa invitarlos a *darse* y a sacrificarse en una elección más lúcida y con más amor en el corazón.

Me parecen dignos de meditación los términos empleados en una nueva regla de vida:

«La comunidad religiosa puede ser solamente una comunión, o sea, una unión recíproca en Cristo. No puede reducirse a simple convivencia, sino que implica una verdadera fraternidad espiritual. Seguir las mismas observancias, encontrarse a las mismas horas para ciertos actos, no significa todavía una comunión de espíritu y de corazón y, de hecho, puede encubrir los más graves desacuerdos».

«La comunidad religiosa es algo más, es una realidad más profunda de lo que se llama comúnmente *equipo* o *grupo*. Es una forma de vida que no hace a las personas extrañas entre sí, sino que las une en el mismo interior de su ser, en sus sentimientos, en su fe. Ella establece entre todos los miembros la realidad del *compartir*, que comprende la totalidad de la existencia, desde sus aspectos materiales hasta los compromisos más espirituales. Es una comunidad de bautizados, unidos entre sí por el mismo compromiso, alimentados por la misma eucaristía, que se toman en cuenta el uno al otro en un profundo respeto de la originalidad y de la evolución de cada uno. Todo ello para mejor servir a la iglesia y al mundo».

Y todavía más: «La diversidad de carismas no impide en modo alguno la unidad de la comunidad y no obstaculiza su acción. Al contrario, la construye... La riqueza de la diversidad es dada para la edificación del cuerpo de Cristo» (Regla de las religiosas de enseñanza de San Francisco).

Tengamos una buena opinión de Dios

Viernes

La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo (Gál 4, 6).

Díme qué es lo que piensas de Dios, y te diré cómo son tus relaciones con los hermanos.

Díme qué opinión tienes de Dios, y sabré qué opinión formarme de tu modo de *ser hermano*.

De la imagen que te formas de Dios deriva inevitablemente el estilo de tus relaciones fraternas.

Yo pienso que muchas personas son incapaces de verdadero amor porque no han «aprendido» verdaderamente lo que es Dios. Lo han aprendido mal.

Su comportamiento con los otros resulta equivocado, porque es equivocada su teología.

Una mala teología, sobre este tema fundamental, conduce a una mala caridad, a una mala fraternidad.

No sabemos transmitir un mensaje de amor porque tenemos «malas informaciones» respecto a Dios.

No logramos vivir como hermanos porque nos hemos hecho una imagen pobre, torcida, casi caricaturesca, ciertamente poco ortodoxa, de Dios.

Si consideras a Dios esencialmente como a un juez severo, implacable, inflexible, frío al aplicar la ley, «copiarás» estas acti-

tudes también en la relación con los otros. Y así estarás siempre dispuesto a indagar, juzgar y condenar. Y enfermo de legalismo.

Si ves a Dios como policía o guardia civil, inexorable en descubrir la mínima infracción al código, asiduo y omnipotente en «espíar»¹ los actos y sobre todo las faltas, entonces también los hermanos serán vistos bajo la óptica de posibles transgresores del código de circulación. Y te harás suspicaz, fiscal, opresor, constantemente en acecho.

Si te fabricas la imagen de un Dios mezquino, justiciero, que exige «satisfacción», te portarás por tu parte de manera mezquina con los hermanos. Serás lento en perdonar y te parecerá que el restablecimiento de relaciones con un hermano que te ha ofendido no pueda realizarse más que después del debido castigo, de una lección ejemplar y siempre después de una larga... antecámara.

Si para ti Dios es solamente justo (pero con una justicia medida por criterios humanos) no hay duda de que tus relaciones con el prójimo no alcanzarán nunca «la altura, la anchura, la profundidad» y la imprevisibilidad del amor.

Si ves a Dios como un rígido distribuidor de premios y castigos, consecuencia de un meticuloso inventario de los méritos y de las culpas, te sentirás impulsado a dividir a los hermanos entre los que «merecen» y los que «no merecen» tu amor. Y no llegarás al amor gratuito, creativo. Te dejarás influir por el comportamiento de los otros, y no tomarás nunca la iniciativa.

Si no has profundizado en el misterio de Dios, que quiere, ama y tutela (no que soporta) la libertad del hombre, que acepta el riesgo de tal libertad, no serás ciertamente respetuoso de la libertad de los otros.

En suma, si no consideras a Dios esencialmente como padre, no llegarás a vivir como hermano.

La ausencia de una mentalidad filial (y, en consecuencia, la presencia de una mentalidad servil, dominada por el miedo), conduce inevitablemente a la ausencia de una mentalidad fraterna.

No se puede ser hermanos si se es constitucionalmente incapaces de ser hijos.

«Lo que hace *ser, sentir* y *obrar* como hermanos es *ser, sentir* y *obrar* como hijos.

1. No será inconveniente recoger la historieta del cura que da la acostumbrada lección de catecismo. «Niños, Dios es uno que lo ve todo, no se le escapa nada. Es un espí...espí...». «Un espía», grita triunfante un pequeño diablejo.

«En el cristianismo, toda fraternidad auténtica es esencialmente conducta filial. Y toda verdadera actitud filial nos conduce a la fraternidad. El origen, la raíz y el sostén es la línea vertical. En otros términos: no somos hijos porque seamos hermanos. Sino que somos hermanos porque somos hijos» (B. Rueda).

Solamente aprendiendo a ser hijos, aprendemos a comportarnos como hermanos.

Si no está en su sitio la línea vertical, dejará mucho que desear la horizontal.

Aprende, pues, la paternidad de Dios, si quieres aprender la fraternidad.

Aprende a ser hijo, si quieres aprender a vivir como hermano.

Hazte una buena idea de Dios. Y tu comunidad ganará mucho.

Producir aquello que esperamos de los otros

Sábado

Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas (Mt 23, 4).

- No esperes nada de los otros.
- No pretendas nada de nadie.
- Deja de hacer la lista de tus reclamaciones.
- Encierra en el cajón, de una vez para siempre, la hoja de tus justas reivindicaciones.
- Olvida tus exigencias frente a los que viven cerca de ti.
- Te digo esto no por un sentido de cínico pesimismo o por desconfianza crónica en la capacidad de los otros.
- Simplemente para hacer una llamada a tus responsabilidades comunitarias.
- O sea, pide a los otros solamente aquello que estás en condiciones de producir tú también.
- Debes limitarte a esperar de los otros exclusivamente aquellas cosas que los otros esperan de ti.
- Pretende aquello que puedes ofrecer.
- Reclama las cosas que estás en condición de exhibir.
- Exige aquello que sabes dar.
- Reivindica aquello de lo que tú eres capaz.
- Cobra la suma que has concertado.
- Extiende si quieres la mano: pero para tomar lo que has puesto.
- Predica las virtudes de las que tú das un ejemplo concreto.

Sábado

221

Aconseja la generosidad de que estás dando pruebas convincentes y *habituales*.

Recomienda las «curas» a las que te sometes tú mismo.

Da obras más que palabras.

Ten el pudor de la teoría y la... desfachatez de la práctica.

Yo tengo la impresión de que demasiado frecuentemente nosotros obligamos a los otros a caminar inclinados. Casi aplastados bajo el peso de lo que esperamos de ellos.

Todos esperamos algo del prójimo.

Todos nos sentimos con derecho a estar descontentos de los hermanos, porque traicionan nuestras legítimas esperanzas.

Y, por parte nuestra, no esperamos nunca nada de nosotros mismos. ¡Pretendemos tan poco de nosotros mismos!

Nos proveemos siempre del exterior... Vivimos de las importaciones.

Así como nos mostramos exigentes frente al prójimo, así nos contentamos con poco cuando somos nosotros los que debemos producir algo...

Somos de gustos extremadamente refinados en cuanto se refiere a los otros, y de boca demasiado buena con nosotros mismos.

Imposibles de contentar por una parte, fácilmente satisfechos por otra.

Intransigentes respecto al exterior, dispuestos a todas las reducciones, a todas las acomodaciones y compromisos en cuanto a lo interno.

Por eso la vida se convierte en ímproba tarea para muchos en la comunidad.

Los pesos no están equitativamente distribuidos.

Hay quien lleva el peso y quien... lo distribuye.

Quien ordena y quien curva la espalda.

La mayor parte de las personas deben cargarse con el fardo de *nuestras pretensiones* y *nuestras exigencias*.

Y nosotros, frecuentemente, llevamos encima solamente el ligero peso de nuestras exigencias que no pueden ser defraudadas.

En suma, hay quien se limita a echar la carga y quien está obligado a llevarla, y pobre de él si no lo logra, y ¡ay! si traiciona las esperanzas.

¡Ea! distribuyamos los pesos de manera más razonable.

Distingamos con más exactitud las «partidas» del debe y del haber, de las exigencias y las responsabilidades, de los derechos y los deberes, de nuestras esperas y las de los otros.

Los pesos que cargamos a los otros deben pasar primero por nuestras espaldas. Deben, antes, ser *aligerados* de la parte que nos toca a nosotros.

Sintámonos autorizados a esperar algo del hermano, solamente cuando estamos seguros de no haber defraudado sus esperanzas.

El modo mejor de «llevar cada uno la carga de los otros» consiste en no hacer que los otros lleven la carga que debemos llevar nosotros.

En una comunidad digna de tal nombre hay solamente una prohibición: la de *estar a la espera*.

Y un solo permiso válido siempre: el de producir lo que... esperamos. O mejor: producir lo que falta.

Cita con la nueva comunidad

(III)

La misericordia del Señor llena la tierra,
la palabra del Señor hizo el cielo

(*Antifona de entrada del cuarto domingo de pascua*).

La comunidad como misterio pascual

Domingo

No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.

Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean unos como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que yo les he amado a ellos como tú me has amado a mí (Jn 17, 20-23).

Entre toda las definiciones que he podido examinar, querría proponer una que me parece la más completa y la más apta para hilvanar una reflexión teológica seria acerca de la nueva comunidad. He la aquí:

«La comunidad religiosa (o consagrada) es una comunión de personas, don del Espíritu, signo de los hombres reconciliados con Dios y reconciliados entre sí, y que se expresa al fin en un servicio fraterno».

Tratemos de fijar algunos puntos de referencia¹.

El pecado había operado la doble separación, provocado una doble rotura. El hombre rompe sus relaciones con Dios («¿Adán, dónde estás?»). Y en consecuencia termina cortando también el lazo de solidaridad que le ata a su propio hermano («Caín, ¿dónde

1. J. M. R. Tillard, *La communauté religieuse*: NouvRevTh 94 (1972) y 95 (1973). Soy deudor de la orientación teológica de estos capítulos sobre la vida comunitaria a estos dos trabajos. Pienso que este estudio del P. Tillard constituye la aportación más original y más fuerte a la vida religiosa en estos últimos años.

está tu hermano Abel? ...¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?»).

La reconciliación se realizó sobre la cruz. Cristo tomó sobre sí la carga de nuestro pecado, la consecuencia de nuestras laceraciones.

La humanidad nueva, agraciada, rehecha, reconciliada, nace la mañana de pascua. Es la nueva creación.

Los hombres, hechos de nuevo hijos de Dios.

Los hombres, hechos de nuevo hermanos entre sí, llamados a la unidad.

La vocación de la humanidad entera vuelve a ser la vocación a la unidad.

TODOS LOS CRISTIANOS SON LLAMADOS A VIVIR
COMO COMUNIDAD DE HERMANOS

Hay dos sacramentos decisivos a este respecto:

— el bautismo (muerte al pecado, al hombre viejo, dividido, lacerado, y nacimiento de la nueva creatura en Cristo).

— la eucaristía, o sea, el banquete donde se construye y se consolida la unidad, prefiguración del convite final.

Pero difícilmente los cristianos, en su condición común, llegan a vivir habitualmente y a expresar de forma estable la realidad de la comunión fraterna. De hecho las comunidades cristianas tradicionales (diócesis, parroquias, asociaciones varias, grupos espontáneos...), por su vastedad y su fragmentariedad, por las dificultades que se derivan de un escaso conocimiento y de lo ocasional de los encuentros, no pueden llenar plenamente este cometido y, consiguientemente, no consiguen manifestar totalmente la realidad de la humanidad nueva, reconciliada, de los hombres hechos hermanos.

Los religiosos, en cambio, dadas las características de estabilidad de su forma de vida, expresan la comunidad de los creyentes de manera más intensa, continua y por consiguiente más claramente perceptible.

Su conjunto, sin embargo (que es una realidad dinámica, no estática), no depende de una voluntad de ellos, sino que es don del Espíritu. No son ellos los que *deciden* ser signo de la humanidad reunida en la unidad, de la humanidad reconciliada, sino que es Dios el que los *llama* a realizar en la comunión este «signo».

Al comienzo de estas reflexiones he sugerido una definición. Ahora bien, las definiciones tienen la pretensión de «fotografiar» la realidad. Pero frecuentemente las definiciones son fabricadas

en la mesa de estudio para colocarlas en los libros. Y de este modo quedan aisladas, separadas de la vida. La única compañía que se les concede es la del polvo...

Obviamente no siempre la culpa es de ellas.

En este caso pienso que depende de nosotros que la realidad de nuestra vida comunitaria vaya de acuerdo con la definición que de ella hemos dado.

Puede ser fácil ponerse de acuerdo en una definición.

Pero lo importante es hacer... que funcione la definición.

Lo importante es forzar la realidad a ir de acuerdo con la definición.

¿Queremos probar?

El triple servicio que ofrece la comunidad

Lunes

Después que les lavó los pies y tomó su manto, volvió a la mesa y les dijo: ¿«Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el maestro y el Señor, y decís bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo: no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que lo envía. Sabiendo esto seréis dichosos si lo cumplís» (Jn 13, 12-17).

Teniendo presente el fundamento teológico que hemos fijado en la meditación precedente y la definición que hemos propuesto, podemos indicar —siempre según el esquema del P. Tillard— las tres funciones específicas de la comunidad religiosa.

1. *Proclamación del acontecimiento de la salvación* (aspecto profético). La comunidad es una manifestación del misterio pascual. Es la afirmación de la presencia en el mundo de la realidad de salvación. *El hombre reconciliado con Dios.*

2. *Fraternidad (koinonia)*. La comunidad religiosa se esfuerza en vivir, en la santidad de una caridad animada por el espíritu de las bienaventuranzas, la realidad de la comunión de gracia instaurada por la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Bajo este aspecto, la comunidad religiosa es signo, sacramento del amor de Dios que es el fundamento de nuestro amor mutuo. *El amor reconciliado con el propio hermano.*

Lunes

229

3. *Servicio (diaconía)*. Como compromiso en servicio de los hombres, la comunidad entra en el dinamismo inaugurado por la pascua de Cristo, cuyo señorío es humilde servicio al mundo y disponibilidad para con los hermanos. *El hombre liberado del propio egoísmo.*

Estas tres dimensiones son correlativas entre sí e interdependientes. No se puede dar de hecho proclamación del acontecimiento de la salvación que no se exprese en una *fraternidad*. Y no puede darse fraternidad auténtica que no desemboque y se expanda en el *servicio*.

Podemos añadir todavía: la salvación es una pascua. Ahora bien, pascua quiere decir «paso».

Aquí vemos verdaderamente cómo la vida comunitaria es participación en el misterio pascual, o sea, el misterio del «paso»:

— Paso del no ser del pecado al ser hijos; de la separación a la comunión con Dios (*acontecimiento de la salvación*).

— Paso del estado de ruptura con los hermanos a la fraternidad (*koinonia*).

— Paso del egoísmo, de la avidez y del dominio al servicio (*diaconía*).

Detengámonos por hoy en estas pocas observaciones.

Menos de dos páginas. Pero hay dentro un programa para el cual apenas bastaría un vida. Una vida en común, se entiende.

Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar (Hech 2, 46-48).

Podemos sintetizar los componentes de una comunidad comunión de personas en este esquema:

DIOS

KOINONIA = FRATERNIDAD

Santificación personal

Diaconía

Observemos el esquema:

1. El eje principal de la vida de comunidad es Dios, el único necesario, el absoluto, su Espíritu. El es el que convoca. El es el que nos une a sí mismo. El es el que nos une entre nosotros.
2. La otra coordenada fundamental es el amor fraterno como expresión, manifestación del amor de Dios (*koinonia*, signo visible del amor de Dios).
3. Los otros dos componentes no específicos son:
 - la santificación personal;
 - un cierto tipo de apostolado y de servicio.Estas dos últimas líneas no son esenciales. O sea no se incluyen en lo específico de la vida religiosa. De hecho la santificación

personal es un deber de todo cristiano, derivado del bautismo y de la agregación al pueblo de Dios, por consiguiente no es exclusiva de la vida religiosa (cf. *Lumen gentium*, c. 5: «Vocación universal a la santidad en la iglesia»).

Tampoco la diaconía es una función específica y exclusiva de la comunidad religiosa.

La motivación esencial por la que se abraza la vida religiosa es el «vivir juntos por Cristo» (fraternidad). Aun cuando la elección de un instituto más que otro depende de la «diaconía» o sea de un cierto tipo de apostolado o de servicio. Tengamos también presente que la «diaconía» no es esencial siquiera en la vida contemplativa. Efectivamente, en esta forma de vida se presta a todo el pueblo de Dios el servicio de la oración, de la alabanza, de la adoración. Se trata, pues, siempre también de un «servicio público».

Aparentemente hemos hecho geometría con el esquema colocado al comienzo de esta meditación.

Pero no es árida geometría. Estas líneas expresan la realidad profunda, vital de la «comunión». Indican la dirección de nuestra existencia. Manifiestan la amplitud del compromiso de nuestra consagración.

Son líneas que parten del misterio de Dios y se refieren constantemente a aquella fuente y retornan a la fuente, pasando a través del servicio a los hermanos. Dios, pues, como punto de partida, de llegada y como explicación de todo.

Una línea fuera de lugar, o separada. Y va en ello el equilibrio de nuestra vida. Y el desvío es advertido y «pagado» por todo el pueblo de Dios.

Miércoles

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros (Jn 13, 34-35).

Hemos trazado líneas más o menos geométricas. Hemos subrayado sobre qué bases debe construirse una comunidad. Cuáles son sus funciones específicas.

Ahora intentemos ver las cosas desde el exterior. Cómo debe aparecer el «signo» de la comunidad unión de personas. O sea, intentemos mirar con los ojos de los otros.

1. Hemos dicho que el eje principal de la comunidad es Dios, único, necesario, absoluto. El Dios que convoca, que nos hace vivir juntos.

Pues bien, esta realidad ha de tener una comprobación externa muy clara. Dios como explicación convincente, última, exclusiva de nuestra vida.

Además: Dios como «fuerza inspiradora» y... «coagulante» de nuestro vivir juntos.

Hay gente en el mundo que se une y viven juntos por razones de simpatía.

Hay grupos que se reúnen por un interés común, para un trabajo común, por un ideal político, hasta por un hobby, y aun por afinidad... deportiva.

Hay personas que viven juntas por razón de vínculos de sangre.

Hay quien es «convocado» para discutir, tratar un problema. Y hay quien es «llamado» para hacer la guerra.

En cambio, este grupo de personas se han unido exclusivamente por causa de Cristo. No están allí por motivos económicos, o intelectuales, o por afinidades personales, ni siquiera por conveniencia o por miedo del mundo externo. Están allí por motivos evangélicos. Su cohesión no encuentra una justificación en un plano humano, sino que se explica exclusivamente por la fuerza del Espíritu.

No hay otras explicaciones.

Si se descubriesen —y existieran realmente— explicaciones más convincentes a un nivel inferior, más al alcance de la mentalidad común, entonces la comunidad habría perdido su dimensión más cualificada.

En el caso de que la explicación del estar juntos hubiera que buscarla en otra parte que no fuera la fuerza de Cristo, la comunidad habría ya dejado de existir en cuanto realidad misteriosa constituida por una comunión de personas.

Querría decir, entonces, que la línea vertical se ha doblado, ha descendido hasta tocar el suelo, y sigue un prudente itinerario terrestre...

En tal caso en el mundo habría una «fácil explicación» más. Y un «signo» menos.

2. La otra coordenada esencial es dada por la fraternidad como signo del amor de Dios.

O sea, una comunidad tiene la misión específica de proporcionar indicaciones acerca de Dios.

Ha de hacer catecismo.

Debe hablar de Dios.

Pero todas las informaciones y las lecciones se reducen a un mensaje fundamental: Dios es amor.

Y esta noticia hay que comunicarla no con las palabras, no con explicaciones teóricas, sino a través de una ilustración práctica: nuestro amor fraterno.

— *Viendo cómo nos amamos nosotros* el mundo debe poder entender qué es el amor de Dios, qué es lo que produce.

Nuestros hombres son «instruidos» acerca de Dios observando nuestro comportamiento fraterno.

El pueblo de Dios es «evangelizado» a través del signo de nuestro amor mutuo.

Poder decirle a una persona: ven a nuestra casa. Tenemos algo bello, estupendo que enseñarte. No. No son cuadros preciosos que admirar. Ni los muebles. Ni siquiera el jardín.

Ven a ver una cosa extraordinariamente interesante. Es nuestra especialidad. Todos nos hemos especializado en esto.

Ven a ver cómo nos queremos.

Te darás cuenta de que nuestra comunidad es verdaderamente interesante. Interesante en amor.

Ven a ver cómo nos amamos. Así entenderás mejor quién es Dios.

En esta perspectiva, una comunidad «funciona», no cuando funcionan sus obras, no cuando se multiplican y prosperan sus actividades, sino cuando «funciona» y es visible y es evidente su realidad central: la fraternidad. /

Si, en cambio, no hay amor, estamos fracasados, aun cuando todo marche a velas desplegadas, aun cuando la vida prosiga regularmente, ordenadamente, «ejemplarmente».

Faltando el amor fraterno, una comunidad queda como «vacía» en su misma razón de ser. Es una comunidad que no tiene ya nada que decir, nada que dar a nadie. Aun cuando tenga la (poco pía) ilusión de «hacer mucho».

Si se rompe la línea vertical de la *koinonia*, queda interrumpida la comunicación del mensaje más importante. Y todas las demás noticias resultan inútiles. Casi una tomadura de pelo.

Si pierde su «signo» específico del amor, una comunidad se reduce a un espejo que no refleja ya ninguna imagen.

Mejor: un espejo en el que el mundo encuentra su propia triste imagen. La cara antigua de la división. El rostro «viejo» del egoísmo.

Limpiar el terreno

Jueves

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: mantenéos unánimes y concordes, con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por envidia ni por ostentación, dejáos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás (Flp 2, 1-4).

Considero que una tarea urgente en la vida religiosa consiste en limpiar el terreno de conceptos errados o gravemente «minimistas» e insuficientes sobre la comunidad.

Veamos algunos ¹:

1. *Concepción compensadora*. Es la más cobarde y egoísta. Dominada por una mentalidad de privilegio. Una lectura simplista del pasaje de Marcos 10, 29-30 («Quien deje casa, o hermanos o hermanas... recibirá ahora en este tiempo cien veces más —casas, y hermanos, y hermanas, e hijos y tierras») puede llevar a reivindicar un estilo de vida burgués y un estado de bienestar material y espiritual aun superior al que se ha dejado o el que, en cualquier caso, uno hubiera logrado conseguir por sí mismo.

1. Cf. J. M. R. Tillard, *Los religiosos en la vida de la Iglesia*, Bilbao 1970. Las citas entre comillas se refieren a esta obra. Trataremos después, aparte, de la «concepción acumuladora» en el 4.º volumen *La sorpresa de Dios*, subrayando el aspecto de elección y consiguientemente de limitación propio de toda vocación. Esta debe tener y conservar una especificidad propia y no abrazar todos los campos.

La distorsión es particularmente evidente, entonces, en la interpretación del voto de pobreza. «He renunciado a todo y no me debe faltar nada». Renuncio a poseer personalmente, pero me compenso con muchas cosas obtenidas a través del... legítimo permiso. Tranquilidad, seguridad, ausencia de preocupaciones.

Pero también en la obediencia se puede notar esta mentalidad compensadora, especialmente cuando, detrás de la pantalla de la «docilidad», se descargan en los superiores las propias responsabilidades de conciencia y se evitan en consecuencia hasta los riesgos de las necesarias decisiones personales.

El equívoco puede resultar muy dañoso. «El religioso se ha despojado materialmente de todo; sin embargo con el pretexto de la comunidad, él reencuentra —y frecuentemente de modo notablemente aumentado— las mismas cosas que en su generosidad había abandonado».

Tengamos presente que el «sí» dado a Cristo, «si es verdadero y total, debe resultar incondicional, apoyándose no en una recompensa inmediata, aunque fuera parcial, sino en la promesa del reino futuro. No se entra en la comunidad para encontrar allí una seguridad material; se entra, al contrario, para despojarse, haciendo nuestro el despojo del mismo Cristo. Y es en la medida en que nosotros sentimos existencialmente que todo parece resquebrajarse bajo nuestros pies como podemos dirigirnos verdaderamente al Señor para gritarle en nuestra carne y en nuestro espíritu: Señor, no hay nadie más que tú, tú solamente cuentas para mí; yo me fío solamente de ti, tú eres mi único tesoro».

2. *Concepción utilitarista.* Esta tiene un aspecto más espiritual. Pero está viciada fundamentalmente por el egoísmo y desemboca en el individualismo.

Está dominada por la *primacía del ser individual, de la santificación personal*. Los otros son vistos, no como personas, con las que establecer relaciones fraternas y profundas, sino únicamente como «medio» para hacer méritos. Acentuación exagerada del aspecto penitencial de la vida en común.

«Nos sentimos espontáneamente molestos ante una teología de la *comunidad religiosa* únicamente centrada en este dimensión de medio de perfección». ¿No corre el peligro de caer en el individualismo? ¿De reducir la *comunidad* a un conglomerado de cristianos que buscan cada uno para sí mismo la perfección, llegando hasta hacer de su «servicio eclesial» (en el campo específico del orden o de la congregación en cuestión) un medio para «el servicio del propio progreso» en la propia santidad personal?

3. *Concepción pragmática.* Está muy extendida por desgracia. Y de aquí nacen tantos males, equívocos y sufrimientos. Domina en ella la *primacía de la acción*. Se acentúa el aspecto institucional, burocrático y funcional. Hay obsesión por la eficiencia, por las obras, a veces por la «bella figura» (podría citar ejemplos... alucinantes a este propósito). Destaca la cuestión de prestigio. Los religiosos son vistos sobre todo como fuerza. Con una mentalidad de este género se termina por *amar las cosas y servirse de las personas*, en vez de amar a las personas y servirse de las cosas.

El modo mejor para limpiar el terreno de las concepciones abusivas y peligrosas consiste, de todos modos, en dedicar todo el cuidado y el empeño a la *concepción auténtica*. Solamente reforzando ésta se pone en crisis a las otras.

Ahora bien, la concepción auténtica de la vida comunitaria —como hemos subrayado ya más veces en las páginas anteriores— *está fundada en el vivir juntos por amor a Cristo*.

Estar juntos como proclamación de la búsqueda del Dios único necesario. Como manifestación del *ágape* de Dios, a fin de comunicarlo a los otros.

Aquí *la primacía indiscutiblemente pertenece a la persona*. Pero no la persona aislada, cerrada en sí misma, agazapada en el cubil de las propias exigencias. La persona en relación, en comunión con los otros.

Sin ideas claras sobre este punto, es imposible observar un comportamiento claro.

La confusión en las ideas se traduce en una confusión en los hechos, en las actitudes prácticas.

Los constructores de la nueva comunidad

Viernes

Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer... Nosotros somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios. Sois también edificio de Dios (1 Cor 3, 6. 9).

¿Quién es el responsable de la construcción de la nueva comunidad, tal que sea verdaderamente comunión de personas? Se trata de una obra que comprende varias responsabilidades. Lo indicamos brevemente.

1. *La gracia de Dios.* La comunidad, como hemos precisado ya, nace de la potencia del Espíritu, no de una fuerza que viene de abajo.

Consecuencia práctica, inmediata: si se deja de buscar, intensamente, la inspiración y la fuerza de lo alto, aun los más generosos esfuerzos de fraternidad están destinados al fracaso.

Cuando una comunidad cesa de reavivar en la oración su referencia a Dios, *es herida inexorablemente en su mismo tejido fraterno*¹.

2. *Cada uno de los individuos.* El que abraza la vida religiosa ha de tener una *vocación comunitaria*. Debe estar en condiciones

1. Desarrollaremos el tema de la oración comunitaria en el volumen 4.º *La sorpresa de Dios*. Habrá, entre otras cosas, varias meditaciones dedicadas a la «Comunidad en torno a la mesa eucarística».

Viernes

239

de insertarse vital y responsablemente en la comunidad. Debe contar con evidente capacidad para «vivir junto», lo cual no es un hecho estático, sino una realidad dinámica. «Estar con los otros» es la otra cara del «estar con Dios». Y el *estar con* los demás implica un movimiento de recíproco encuentro, una confrontación dinámica.

Para descender al terreno concreto, las dotes esenciales que debe manifestar una persona para demostrar su capacidad para «vivir con», se pueden reducir a las siguientes²:

- Apertura hacia los otros.
- Sentido acentuado de justicia.
- Lealtad.
- Madurez afectiva.
- Capacidad de participar en el trabajo común.
- Capacidad de silencio y de soledad.
- Adhesión interior a la disciplina y a la regla, libremente aceptadas.
- Sentido eclesial de la vida cristiana y de la salvación.
- Superación de una visión de la comunidad que intente calcar un «modelo de orden».

3. *Los superiores.* En el esquema que hemos presentado al comienzo de la meditación del martes pasado, la figura del superior debería colocarse en los puntos de inserción de todas las líneas. El superior de hecho es sobre todo *responsable de la unidad*. Es «sacramento de unidad». Es responsable de las conexiones.

El superior, por eso, debe favorecer la unidad entre una comunidad en su conjunto y Dios, eje central; unidad de los religiosos entre sí (koinonía); unidad entre cada uno y la voluntad, y el proyecto de Dios sobre cada cual; unidad entre la comunidad y un cierto tipo de apostolado y de servicio (diaconía).

El papel del superior, en la nueva comunidad comunión de personas, es un papel caracterizado por la discreción y la delicadeza. Pero esto no quiere decir que el superior sea aceptado hoy, solamente a condición de que esté ausente (alguien ha dicho irónicamente: «parece que para algunos individuos el servicio más útil que puede hacer la autoridad es el de... desaparecer»). Y es tanto más aceptado cuanto más evidentes son sus ausencias.

No, el superior debe estar presente.

2. En el referido 4.º volumen desarrollaremos adecuadamente los temas referentes a cada una de estas dotes.

Todo consiste en ver qué tipo de presencia debe y pueda asegurar.

No se trata, en efecto, de estar presente para mandar, controlar, castigar o informar, sino esencialmente para «concienciar», estimular, orientar y animar. En suma: su misión es de guía, sobre todo. De aquel que «está delante» más que «arriba».

4. *Las estructuras.* Es cierto que son las personas las que construyen la comunidad comunión y no las estructuras. Pero es también verdad que son necesarias estructuras adecuadas, que *favorezcan la nueva orientación de la vida comunitaria.*

Como es injusto decir que «todo depende del cambio de estructuras», también es injusto e hipócrita sostener que «todo depende únicamente de los individuos».

También las estructuras deben someterse a un trabajo de adaptación. También las estructuras tienen el deber de *convertirse.*

Alguien, con una fórmula particularmente incisiva, ha dicho: «estructuras que favorezcan la personalización de las comunidades y la responsabilización de las personas». O sea, las estructuras deben contribuir a acentuar el aspecto personalista de las comunidades y subrayar el aspecto, la dimensión social de las personas.

Las estructuras «convertidas» serán «estructuras de participación» o mejor, «de comunión».

De este modo, nada y nadie es dispensado del trabajo de construcción de la nueva comunidad.

También el Señor tiene sus preferencias

Sábado

Pero la mayor de todas ellas es la caridad (1 Cor 13, 13).

También yo tengo mis preferencias,
dice Dios.

En algunas comunidades
no me encuentro a mis anchas.

Termino por aburrirme,
por culpa de las acostumbradas cosas
mezquinas

que se encuentran ya en gran abundancia
en tantos otros sitios.

No me interesan.

Y luego tengo la impresión
de no estar allí en mi sitio en absoluto
de ser un intruso.

No, a mí no me importan
esas cosas mezquinas.

A mí me importa solamente
el amor

—dice Dios—.

La comunidad que prefiero

—dice Dios—

la comunidad que me interesa
la comunidad que amo
es aquella
en que se ama.

Quinta semana de pascua

Cita con la nueva comunidad

(IV)

Yo soy la verdadera vid, vosotros los sarmientos;
el que permanece en mí y yo en él,
ese da fruto abundante

(Antifona de comunión del quinto domingo de pascua)

Acoger

Domingo

Por tanto acogéos mutuamente como os acogió Cristo para gloria de Dios (Rom 15, 7).

La realidad central de la fraternidad (koinonia) se puede traducir con cinco verbos:

- acoger
- aceptar
- conocerse
- compartir
- madurar juntos.

Cinco verbos que es necesario conjugar en la vida para que el «signo» de la fraternidad sea manifiesto a todo el pueblo de Dios.

Comencemos con el primero: *acoger*.

El hermano nos es dado por Dios para amarlo.

Tenemos, en la comunidad religiosa, una superación de los vínculos de la carne y de la sangre.

Se trata de demostrar que hay una potencia divina, el don del Espíritu, que crea en una comunidad vínculos todavía más fuertes y durables que los de la carne y de la sangre.

Por eso no cuentan las afinidades naturales, las simpatías.

Se trata de poner de relieve el *principio de la heterogeneidad*. La heterogeneidad, lejos de constituir un impedimento a la construcción de una comunión de personas, representa una *garantía*

de *autenticidad evangélica* de la comunidad (jóvenes y ancianos, mentalidades diferentes, culturas diversas, temperamentos diferentes...).

Un hermano ama al otro no porque se sienta en armonía con él a través de una afinidad natural, sino porque Dios se lo presenta y se lo asigna como hermano.

(Algunas veces, en cambio, asistimos a graves *procesos de marginación* en algunas comunidades, a verdaderas y propias *crisis de rechazo* de cuerpos extraños. Y esto, por desgracia, sucede casi siempre cuando hay de por medio algún hermano en dificultad, el cual por consiguiente tendría más necesidad de un clima más cálido de acogida por parte de todos).

Comunidades demasiado electivas son contrarias a una auténtica comunión evangélica.

Son excepción, naturalmente, los casos en los que se manifiestan aspectos graves de verdadera incompatibilidad de personas. Pero deben ser casos excepcionales. Así también cuando, por una determinada organización de una obra (según criterios nuevos, líneas precisas o experiencias particulares) se requieren personas que compartan totalmente ciertas ideas, y tengan por consiguiente la misma mentalidad y acepten tal determinada organización.

Pero, dejados estos casos, precisamente la heterogeneidad, la diversidad, deberían caracterizar y hacer significativa la fraternidad en una comunidad.

Un teólogo ortodoxo ha observado que el mismo don del Espíritu no es «solamente una fuerza que une, sino también una fuerza que divide» (J. Zizioulas). El Espíritu «divide» (diairoun) los carismas, las funciones, los dones (cf. 1 Cor 12, 4-6; 11).

Desde el momento en que el hermano nos viene dado por Dios y no lo elegimos nosotros, se sigue el *respeto hacia el hermano*. Un respeto no impuesto por las reglas de la buena crianza, sino por su *carácter sacro*.

«El respeto es una castidad de todo el ser que nace de la humildad» (O. Clément).

Respeto, de manera particular, con los humildes, los débiles, aquellos que no son capaces de defenderse. Respeto hacia aquellos «que no son como los otros».

Yo sueño muchas veces con que sea predicada, al menos durante un año, una «cruzada del respeto», en todas las comunidades del mundo. Pienso que si se insistiera largamente en este valor, y se recogiesen todas sus implicaciones, la vida comunitaria

daría un notable... salto de cualidad. Tendríamos un clima mejor. En todas partes. Y se encontraría la alegría de vivir juntos por amor a Cristo.

El primer verbo de la nueva comunidad es, pues, «acoger». Acoger no es otra cosa más que un «sí».

Después del «sí» dado a Dios, cada uno de nosotros está *llamado* a dar un «sí» al hermano. A todos los hermanos.

Responder a la vocación significa en último análisis ser capaces de pronunciar este doble «sí».

Si falta el segundo, suena falso también el primero.

En una comunidad «acogedora», lo mismo Dios que el hermano deben encontrar siempre su propio sitio en el corazón de cada cual.

Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad (1 Cor 12, 11).

1 No basta acoger.

Es necesario aceptar.

O sea, no basta abrir las puertas al otro. Es necesario también aceptarlo tal como es, no como desearíamos que fuese. Permitirle ser lo que es.

O sea, se trata de aceptar al otro precisamente como «otro», es decir, «diverso».

Es un punto este en el que es obligado insistir mucho. Porque en el origen de tantos sinsabores, de tantas luchas mezquinas, de tantos conflictos en el interior de las comunidades, se encuentra precisamente una incapacidad de aceptar al otro... como otro.

Es necesario reconocer a la hermana y al hermano el derecho de ser ellos mismos, y no una simple, desvaída copia de lo que nosotros somos o creemos ser.

Todo individuo es *único*¹. O sea, está llamado a ser, a hacer, a decir aquello que no lo ha sido ni lo será nunca por parte de ninguno otro.

Todo individuo es un ser irrepetible.

Todo individuo es un ejemplar único, del que no existe copia o sustituto.

1. Cf. sobre este tema el precedente volumen *Le provocazioni di Dio* p. 238 (de próxima aparición en Ediciones Sígueme).

Todo rostro trae un mensaje y contiene un misterio frente a los cuales debemos mantenernos siempre en una actitud de sorprendido y respetuoso descubrimiento...'

Es necesario reaccionar, con todas las fuerzas, contra el peligro que puede representar el «molde institucional» que tiende a anular cualquier originalidad personal. En ciertos ambientes, se tiene la impresión de que a las personas, además del hábito, les es *entregado* también un comportamiento marcado.

Pero no existe solamente el «molde institucional». Frecuentemente también los individuos tienen la pretensión de moldear a los otros o construir a los otros «a su propia imagen y semejanza».

Y, a veces, precisamente aquellos que rehúsan justamente dejarse manipular por los otros, dejarse masificar o englobar en la visión y la mentalidad de ellos, tienden luego, a su vez, a obligar a los otros a ser como son ellos, a aceptar incondicionalmente sus convicciones u opciones particulares.

Observa justamente Tillard que, *sin el respeto a la originalidad de las personas, la comunidad presenta un triste aspecto de uniformidad y de unanimidad que procede ya sea de la dominación del más fuerte o de los más fuertes, ya sea del conformismo de los más débiles*. Y la fraternidad se convierte así en una pequeña jungla en la que o se es señor o... rebaño.

El mismo teólogo hace notar cómo la tragedia de tantas comunidades religiosas, en nuestros días, depende precisamente de una intolerancia fundada en el profundo desprecio de la *necesaria alteridad*, «sin la cual, la caridad cristiana no es más que el esfuerzo por enmascarar el miedo de ser uno mismo».

Ciertamente, cada uno de nosotros ejerce una influencia más o menos marcada sobre los otros. Pero esta influencia no hay que entenderla como un intento de imponer mi modelo, sino como *estímulo que despierta la originalidad del otro*. Mi «riqueza» concurre a crear la historia peculiar del otro, a hacerle devenir él mismo.

La verdadera influencia educativa, el verdadero atractivo, lejos de alienar o sofocar, tiende, por el contrario, a poner en evidencia la originalidad y la peculiaridad del otro.

En otros términos: yo ejerzo un verdadero influjo religioso sobre el otro en la medida en que le permito y le ayudo y le estimulo a devenir él mismo.

Es necesario desmentir luego el prejuicio según el cual la diversidad constituiría un obstáculo a la unidad. La diversidad, por el contrario, es riqueza, es contribución a la unión profunda

de las personas. Es solamente enemiga de la uniformidad. Pero una comunión debe tender a la unidad, no a la uniformidad.

«Para que haya hermanos, según la Biblia, es necesario que haya personas diferentes. La Biblia no conoce hermanos que se parezcan»².

Es necesario aceptar con alegría que existe siempre, entre los otros, algo... distinto, «irreductible a nuestros puntos de vista, que contrasta con nuestros proyectos inmediatos, y a veces nuestra sensibilidad...» (Tillard). Y que este algo distinto, desde el momento que viene de Dios que nos ofrece a nuestros hermanos para amarlos, debe ser respetado.

«La caridad construye la comunidad sobre la base de las diferencias respetadas, pero reconocidas como indispensables las unas a las otras. «El verdadero amor no cesa de descubrir y de subrayar la originalidad del otro y de los otros. *Unión y diferenciación crecen juntas*» (M. de Certeau).

En una comunidad en la que se vive la realidad de la aceptación del otro, se evita el peligro gravísimo de que se produzca el *triumfo del rebaño* o de la tropa, pero se asiste a la *promoción de la persona*, la cual, como tendremos ocasión de subrayar todavía, no puede realizarse sino manteniendo viva la propia relación a la comunidad.

En una comunidad, el que no consigue aceptar la diversidad, condena en sustancia una creación original de Dios. La intolerancia de la diversidad es blasfemia contra el creador.

Dios ama la variedad, la armonía. Y nosotros, algunas veces, pretendemos mantener la misma nota, repetida de manera monótona... ¡Que acaso es la nuestra!

El amor no puede crecer en un clima de pedantería y de aburrimiento.

Os ruego en nombre de nuestro Señor Jesucristo: ponéos de acuerdo y no andéis divididos. Estad bien unidos con un mismo pensar y sentir (1 Cor 1, 10).

En la misma naturaleza humana radica la necesidad de una **comunión auténtica** en la verdad.

Todo encuentro verdadero implica un conocimiento mutuo.

Y todo conocimiento exige una apertura al otro.

Aquí los problemas que se plantean en la vida comunitaria son numerosos. Los indicamos brevemente.

Para abrirse al otro, para encontrar al otro, el religioso antes de nada debe haberse encontrado a sí mismo a un nivel de auténtica profundidad.

El hombre es un «ser-en-relación». Pero es también un «ser-en-sí». Y, como tal, tiene necesidad de un espacio de intimidad para su propia profundización interior.

Las relaciones verdaderas son aquellas que se anudan en la profundidad de los seres.

«Para tener ante sí a otro diverso de sí, es necesario tener un sí» (P. Ricoeur). O sea, poseerse, ser verdaderamente sí mismo.

La cualidad, la intensidad y la profundidad de las relaciones fraternas sirven de garantía tanto contra los riesgos de los *encuentros superficiales*, como contra los riesgos de un *sentimentalismo compensador*.

No basta reivindicar la posibilidad de encuentros, de intercambios recíprocos. Es necesario preocuparse de la propia ri-

2. A. Dumas, *Creer y dudar*, Madrid 1974.

queza interior, de la calidad del mensaje que uno pretende comunicar.

No basta con asegurar la comunicación. Hace falta, primero, tener algo que comunicar.

Además: *para conocerse es necesario amarse*. Conocerse para amarse y amarse para conocerse. El verdadero conocimiento es el del amor. Y, por otra parte, no puede darse amor sin conocimiento mutuo.

El que ama, no se queda en las acciones y en las palabras, sino que llega a la realidad profunda de la persona, y desde allí —¡no viceversa!— interpreta hechos y palabras.

Cito solamente algunas fórmulas ya famosas que expresan bien estas realidades interdependientes:

«Se ve bien sólo con el corazón».

«Sólo me comprenderás si me amas».

«Se conoce perfectamente sólo aquello que se ama».

Más aún. *Para conocerse... ¡hace falta conocerse!* O sea, tener los medios, las posibilidades de un conocimiento no sumario y superficial. Las comunidades demasiado grandes, normalmente, impiden un verdadero conocimiento mutuo y representan «una yuxtaposición, una alineación de personas y de... indiferencias».

No se insistirá nunca suficientemente sobre el hecho de que sólo una libre circulación de ideas y de informaciones permite y favorece el indispensable conocimiento en las comunidades.

Para conocerse es necesario además dejarse conocer. La relación es correlación. Ciertas personas siempre recelosas y desconfiadas en las relaciones con los otros, provocan —por reacción— una postura de la misma especie en la otra parte.

Ciertas conversaciones impersonales, anodinas, estereotipadas, convencionales, representan un instrumento de no-comunión.

Se tiene la impresión de que algunos solamente descubren palabras, pero «retiran» el propio ser más verdadero. O sea, que no se está presente sino superficialmente en aquello que se comunica a los otros. Se da todo, menos la propia persona. Esto es, no se da nada. Y la relación se convierte en una relación de no-conocimientos.

Para conocerse, finalmente, hace falta no caer en la trampa de juzgar. El juicio es siempre cierre, condena preliminar. El que juzga fácilmente es la única persona que no conoce al otro, aunque esté muy al día en materia de psicología.

El no juzgar vale sobre todo para el que acaba de llegar. Qué triste es comprobar, a veces, en algunas comunidades que, antes de que el paquete llegue a su destino, y por lo mismo antes de que se haya podido ver directamente el contenido, ha llegado primero —remitida por celosas y «responsables» personas preocupadas por el bien (!) ajeno...— la etiqueta, la descripción, o sea, el juicio, la condena. Como si dijese: «Os prevengo de lo que va a suceder». Como si se tratara de un veneno.

Y el pobrecillo que... llega, se da cuenta por los guiños, por los gestos de entendimiento, por las frases lanzadas como quien no quiere la cosa, que la acogida ya ha sido echada a perder por la prevención. Ya todos están sobre aviso.

Qué desalentador es observar esta irresponsabilidad criminal de algunos. Así ciertas personas, gracias al... celo fraterno, son juzgadas, condenadas, clasificadas, etiquetadas, antes de llegar a ser conocidas de verdad.

Han sido juzgadas... antes. Y así se convierten en *pre-juzgadas-condenadas*.

Y para siempre, desgraciadamente.

Aprendamos a acoger sin prejuicios.

Aprendamos a conocer sin prevenciones.

El carnet de identidad le rellenaremos después.

Y será siempre el carnet de identidad de un hermano.

Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno (Hech 2, 44-45).

Otro verbo clave de la fraternidad es «compartir». Que quiere decir poner en común. Hacer partícipes a los otros. No sacar provecho egoísta de nada, sino hacer todo en provecho de los demás.

Esta realidad del compartir es «signo» de la generosidad de Dios que nos ha dado a su hijo, el-hombre-para-los-demás. «La acción de poner en común todo lo que se tiene, y todo lo que se es, no es otra cosa que asemejarse a Dios» (J. Cardonnel).

Se le preguntó a un niño durante la lección de catecismo:

—¿Dios es una persona?

—¡Noo!

—¿Qué es entonces? —insistió alarmado el cura.

—¡Una familia! —respondió con seguridad el muchacho.

En esta óptica del compartir, la comunidad religiosa es también manifestación del misterio pascual, porque señala el «paso» del hombre *económico*, privado, acaparador, *el hombre que se expropia voluntariamente* en favor de los demás. De una empresa de explotación del hombre sobre el hombre, a una empresa de comunión y de servicio. Me expropio, no retengo nada para mí, para ser plenamente yo mismo.

¿Qué se comparte en una comunidad que es comunión de personas?

1. *Los bienes materiales.* «En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio, nada de lo que tenía» (Hech 4, 32).

2. *El trabajo.* A este propósito querría subrayar solamente una exigencia no siempre respetada. Para compartir el trabajo, es necesario, lo primero, apreciar el trabajo ajeno. A mi entender, uno de los *test* decisivos para medir la inteligencia de una persona es su capacidad de apreciar el trabajo de otro (especialmente si es distinto del propio género de trabajo). Existen personas tan obtusamente egoístas que nunca logran entender ni valorar lo que está fuera, digamos, de su competencia restringida...

No necesito ser muy listo para darme cuenta de lo que cuesta tener la pluma en la mano. Pero no por eso soy inteligente. El problema está en intuir, por ejemplo, el valor del trabajo de un tranviario o de un empleado de gasolinera...

3. *Responsabilidad.* La responsabilidad compartida, o corresponsabilidad, debe extenderse a todas las fases del trabajo común. Desde el proyecto hasta la ejecución. Para que todos se sientan comprometidos en la realización, es necesario llamar a todos para que presten su aportación comenzando por la «decisión».

También aquí vale lo que hemos dicho a propósito del «conocerse». No puede darse corresponsabilidad sin información seria, sincera, clara y sin una libre circulación de ideas. De ahí procede la necesidad de limitar, y disminuir los «terrenos reservados».

4. *Éxitos, pero también fracasos.* La fuerza de cohesión de una comunidad se manifiesta en los momentos difíciles, cuando parece que todo se viene abajo, cuando da la impresión que va a tener mal fin.

En esos momentos una familia se sostiene gracias a los lazos de la carne y de la sangre.

Y una comunidad debe sostenerse mejor aún, gracias a la fuerza del Espíritu.

5. *El dolor, pero también la alegría.* La participación en los problemas de los hermanos no debe ser formal o convencional, sino profunda, verdadera, concreta.

Advierto que es más fácil para algunos compartir el dolor ajeno. Mientras que hay pocas personas capaces de participar intensamente —y con convicción!— en la alegría de un hermano. ¿Por qué?

6. Una última consecuencia del compartir me parece que es *la ausencia de cálculo*. O sea, no debo parar mientes en lo que aportan los demás, para calcular así la medida de mi contribución.

Si los demás son sinceros, entonces yo también seré sincero. Si los demás son generosos, también yo lo seré.

Si, por el contrario, en mi comunidad, faltan ciertas aportaciones, también yo me siento autorizado a negar la mía.

No. No debo esperar. Debo prestar mi aportación completa, total, independientemente de la contribución ajena. ¡El «compartir» comienza siempre por mí, por mi iniciativa!

...Realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutre, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor (Ef 4, 15-16).

Ha habido una llamada.

Se han reencontrado.

Se han reunido para vivir juntos.

Pienso, naturalmente, en la comunidad que se ha re-construido después de la pascua.

En aquella comunidad han sido admitidos los que volvieron después de gestas no precisamente gloriosas... Nadie, ni siquiera el «jefe» se ha mostrado especialmente fuerte.

Si había habido una llamada, era la llamada a gente que había traicionado, que había huido, que había tenido miedo, que se había mostrado débil.

No era una comunidad de «perfectos».

Ciertamente una comunidad se forma con personas imperfectas, no con individuos que han alcanzado la perfección.

Por eso la comunidad está siempre haciéndose.

La comunión se está buscando siempre, se está re-creando siempre.

La comunidad comunión de personas está siempre en construcción. Y esta construcción se realiza habitualmente en condiciones no ideales, óptimas, sino entre dificultades, tensiones, debilidades, sufrimientos, incomprensiones, diversidad de pareceres.

Es necesario partir de este *realismo evangélico*, para evitar ilusiones fáciles. Para evitar que el choque con la realidad haga caer el castillo de nuestros idealismos.

Este realismo viene sustentando por la convicción de que, si bien no podemos ignorar las dificultades y las debilidades y los fracasos, debe siempre prevalecer la *voluntad de comunión*.

Esta «voluntad de comunión», a pesar de los aspectos negativos, es la única que garantiza la presencia del Señor.

El Señor no «entra» en la comunidad cuando todo está perfectamente en orden. Entra cuando se demuestra que hay esfuerzo, que hay empeño por tender hacia la comunión.

Este realismo evangélico —dice el padre Tillard—, lejos de crear un cómodo alibi a las perezas y a las dimisiones —vista la lejanía del ideal—, lejos de favorecer una yuxtaposición de silencios, estimula a cada uno a ofrecer el propio esfuerzo eficaz y responsable para la construcción de la comunidad.

Se madura juntos. No nos conservamos juntos...

La comunidad comunión es un taller, ¡no un frigorífico para conservar los productos ya maduros y perfectos!

Este aspecto de maduración colectiva, de lenta, fatigosa construcción, es válido tanto en el plano humano como en el sobrenatural.

Y quizás en este momento es cuando entra una aplicación concreta del verbo compartir.

En una comunidad *se comparte no sólo lo que se tiene, sino lo que se es*. O sea, aquello que se llega a ser cuando nos abrimos a la acción del Espíritu.

Cualquier rechazo de la santidad (¡y cualquier rechazo del crecer humano!) se traduce siempre en un empobrecimiento de todos.

Para madurar juntos es necesario que cada uno ofrezca lo mejor de sí mismo.

Y, para ofrecer lo mejor de sí mismo no hay otro camino que intentar llegar a serlo...

Una comunidad de reconciliación

Viernes

Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo (Col 3, 12-15).

La comunidad, si quiere ser «signo de reconciliación» de los hombres con Dios y entre sí, debe ser, antes de nada en su misma intimidad, una «comunidad de reconciliación».

Nace como signo de reconciliación con Dios y se construye, día a día, a través de la reconciliación entre nosotros, después de las inevitables fracturas.

El acto de la reconciliación es un acto típico de la comunidad. Que se repite con frecuencia y, sobre todo, con convicción.

A propósito del perdón de las ofensas. Me parece muy profunda la observación del padre Tillard al tocar este tema. El perdón, en una comunidad, no es simplemente un pasar la esponja sobre la falta de un hermano. Es algo más que restablecer un contacto, una relación externa rota.

El perdón es un acto de re-creación.

O sea, re-creo en mi corazón la cualidad de hermano del otro.

Las relaciones se forjan en el corazón, no por fuera. De otro modo el gesto «creador» del perdón se reduce a simple gesto de buena educación.

Y nos reconciamos también llevando las cargas recíprocas.

Cada uno, en comunidad, tiene sus cargas, que ha de llevar él mismo, y cargas... que debe hacer llevar a los demás.

Los defectos no son solamente los de los otros. También son los nuestros.

No sólo nosotros tenemos motivos para estar descontentos de alguno.

Tengamos presente que también los otros tienen motivos para estar descontentos de nosotros.

(¡Qué rabia dan ciertas personas que te vienen a enumerar todos sus motivos de queja por los defectos, las deficiencias ajenas! Y ni una vez admiten que también ellos tienen algo que necesita perdón. Con frecuencia, son ellos precisamente, las personas que más cuesta soportar por parte de toda la comunidad. Y no se dan cuenta, al estar tan entretenidos en mostrar las faltas ajenas, y en hacer el inventario de los créditos. O fingen no darse cuenta de sus grandes deudas. Perdonad el desahogo, pero no logro soportar estas descaradas faltas de equilibrio al valorar las culpas propias y las ajenas. No logro digerir ciertas posturas hipócritamente victimistas).

«Así llevas a todos, y ellos te llevan a su vez, y todo, bueno o malo, es en común» (Lutero).

También aquí, además de la honestidad para ver todo (¡también lo que llevamos a nuestras espaldas!), tiene algo que ver el realismo del que hemos hablado a propósito del «madurar juntos».

Realismo que es tomar conciencia de que donde hay hombres, hay... pobres hombres. Donde está el hombre, hay debilidad, miseria, insuficiencias, defectos.

Y una comunidad, para madurar, lo primero que tiene que hacer es «reconciliarse» con esta realidad. Sin sorprenderse hipócritamente. Y sin dividir netamente las partes en víctimas y culpables.

San Bernardo, con una discreta dosis de humor, recomendaba a los superiores: «Si vuestra comunidad solamente tuviera santos religiosos, todos dotados de buen carácter, entonces sería necesario adquirir uno malo, un carácter difícil, duro, irritable, caprichoso, para dar ocasión a todos vuestros hermanos y a vosotros mismos de formaros en la dulzura, en la paciencia, en la caridad y en todas las hermosas virtudes sociales».

Bien, no hace falta irlo a buscar. Cada uno de nosotros puede ser una de estas «adquisiciones» para la comunidad...

Si cada uno, por cuenta propia, estuviese convencido de esta realidad, las cargas se harían más ligeras para todos...

Una comunidad maternal

Sábado

El que no mira por los suyos, y en particular por los de su familia ha renegado de la fe y es peor que un incrédulo (1 Tim 5, 8).

Una comunidad formada por mujeres debe presentar una fisonomía particular determinada por la nota característica de la *feminidad*.

Dios quiere manifestarse a través del «signo» de la naturaleza peculiar de los miembros que viven en comunión.

Entonces ¿qué es una mujer?

Entre innumerables definiciones, cito dos que me parecen particularmente significativas¹:

«Estar en el mundo, preocupándose de él».

«Estar llena de solicitud».

La vocación particular de la mujer es asistir, proteger, trabajar, *llegar*, intuir.

Tenemos, pues, características de delicadeza, sensibilidad, creatividad, ternura.

«El hombre piensa con la cabeza, la mujer con todo su ser» (O. Clément).

La *mujer fuerte* de la Biblia no es la mujer varonil. Es la mujer *llena de atenciones*.

Su quehacer es hacer confortable la casa, acoger, asistir, preocuparse de las personas y de las cosas.

1. Cf. J. Buytendijk, *La mujer: naturaleza-apariencia-existencia*, Madrid 1966.

Es una vocación ligada a la maternidad: dar la vida, pero también protegerla, custodiarla, alimentarla.

La mujer está *del lado de la vida*.

La primera imagen que la iglesia ha ofrecido de sí misma al mundo ha sido la de una madre. «Ecclesia mater». Al principio, la atmósfera de la iglesia era la atmósfera de una comunidad maternal. Así pues, *una iglesia llena de solicitud por sus hijos*.

Más tarde se sobrepusieron otras imágenes. *Ecclesia regina, imperatrix, magistra*. Sobre todo cuando la iglesia se ha presentado como potencia al lado de otras potencias, y frecuentemente en conflicto con ellas. En este caso, se daba una importancia preponderante a la institución. La autoridad eclesiástica se colocaba en primer plano. El aparato externo resultaba cada vez más evidente e... invasor con perjuicio de la realidad interior.

Hoy se descubre la validez de la imagen primitiva de la *ecclesia mater*.

Una madre no se preocupa de sí misma, del propio prestigio. No tiene necesidad de defenderse.

Una madre se preocupa exclusivamente del bien de los demás.

Una madre «desaparece», dejando espacio para el crecimiento de los hijos.

Aplicando a la comunidad esta imagen maternal, debemos solamente subrayar²: el sentido de la maternidad no se atribuye en exclusiva a la persona de la superiora. No es una función «reservada» a la superiora, mientras las otras deberán ser solamente «hijas». En este campo no se pueden dividir las competencias tan rígidamente. Si fuese así, se darían importantes desequilibrios.

Es necesario despertar el sentido de la maternidad en toda la comunidad.

Todos los miembros de una comunidad comunión están llamados a prestar «servicios maternales».

La vida debe ser nutrida, custodiada, alimentada, estimulada por todos.

Extendiendo a la comunidad en su conjunto la función «maternal», se evitan, entre otras cosas, peligrosos *efectos infantilizantes*.

Todo esto no es nuevo. «Si se consideran los miembros aisladamente, cada uno de ellos es hijo de la comunidad. Pero si se consideran en la unidad que forman, esa unidad cuyo principio

es el Espíritu y la caridad, entonces todos ejercitan, dentro y por medio de esa misma unidad, *una maternidad espiritual*». ¡Quien habla así es san Agustín!

Así como para una planta la tierra, el aire, la luz, el agua tienen un valor fundamental, así también para el crecimiento de un individuo el *ambiente vital* tiene un valor insustituible. Este ambiente lleva al ser el alimento que necesita. Estimula, despierta, sostiene. Nunca lo repetiremos suficientemente: una sana atmósfera comunitaria posee *cualidades maternales*.

Sólo en este sentido la comunidad es verdaderamente constructiva, edificante.

2. Esas observaciones están tomadas de un estudio de A. Uley, *La comunidad: desarrollo de la persona en contacto con los demás*, en *La comunidad, relación de personas*, Salamanca 1968, 57 s.

Sexta semana de pascua

Las nuevas prácticas de comunidad

(I)

Concédenos, Dios todopoderoso,
continuar celebrando con fervor estos días de alegría
en honor de Cristo resucitado;
y que los misterios que estamos recordando
transformen nuestra vida y se manifiesten en nuestras obras

(Colecta del sexto domingo de pascua).

Prestad las virtudes

Domingo

Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, estimando a los demás más que a uno mismo (Rom 12, 10).

San Pablo sugiere esta práctica de comunidad. Y es un ejercicio, por lo que puedo observar, bastante insólito. Y ya debía serlo en tiempos de san Pablo, que conocía bastante bien a sus comunidades y no hacía nada para ocultar sus defectos. (Entre paréntesis: si hubiese seguido la «máxima de la prudencia» según la cual «los trapos sucios se lavan en casa», habríamos perdido estupendas sugerencias relacionadas precisamente con ciertas espectaculares «coladas» que él hacía a la luz del sol).

Así pues, se nos propone una competición que consiste en estimarse mutuamente.

Veamos quién logra apreciar más al otro.

Quién es capaz de mostrar mayor respeto por un hermano.

Quién es más hábil para descubrir una cualidad ajena, para *desenmascarar* una virtud.

A ver quién logra hablar bien de una persona ausente durante diez minutos (y mejor si no goza de muchas simpatías).

Y todos pueden intervenir y añadir algo naturalmente de signo positivo.

Si el superior, una tarde, sugiere un «juego» de este tipo ¿estaremos entrenados para participar en él?

Alguno, quizás, resulte inhábil para este ejercicio por falta de vista. Está afectado por un extraño daltonismo. No logra distinguir los diversos colores. El negro sí, lo detecta inmediatamente.

Un puntito negro le sale de ojo enseguida y ya no lo pierde de vista, y lo saca a la luz siempre que puede.

De una persona que tiene bastantes cualidades notables, que durante el día ha hecho diversas cosas dignas de alabanza, quizás a fuerza de grandes sacrificios, que ha ofrecido numerosos testimonios más que convincentes, él capta solamente aquella pequeña mancha.

Para todo lo demás, silencio total, compacto.

Pero para la pequeña mancha, ríos de palabras, un proceso que no acaba nunca, sobre el que vuelve a cada momento y que se abre a un público cada vez más amplio...

Algún otro, por el contrario, pretende desentenderse de este ejercicio complicado porque, en algunas personas, no ve muchas cosas dignas de aprecio. O sea: escasea la materia prima.

«No puedo fingir».

No. No debes fingir. Ni inventar las virtudes ajenas.

Simplemente, debes prestar tus buenas cualidades a quien de momento está desprovisto de ellas.

¿No querrás decir que eres tan pobre que ni siquiera tienes un poco de sinceridad, de inteligencia, de generosidad, de paciencia para prestarlas a un hermano que se ha quedado sin ellas?

¿No me querrás hacer creer que posees lo estrictamente necesario, es más, que debes hacer economías drásticas en el sector de las virtudes?

Entonces, si eres rico, como debes ser, regala a quien no tiene.

Concede empréstitos a quien nos los merece, a quien no ofrece garantías suficientes.

Sé generoso en materia de estima.

Sé muy benévolo en las valoraciones.

«Créeme bueno y lo seré».

Ciertas personas, para aumentar de valor, esperan solamente una mirada de simpatía, de magnanimidad.

Ciertas personas permanecen sombrías, vencidas, sólo porque jamás encuentran una mirada de aprecio que se pose sobre ellas.

¿Intentamos probar?

A fuerza de lanzar este desafío de bondad y de aprecio y de «hablar bien», todos se verán obligados a acomodarse a la valoración que les hacemos.

Si me aprecias poco, me siento autorizado a permanecer en lo que soy. ¿Qué mal te hago?

Pero si descubres en mí algo bueno, y lo sacas a la luz, me veo obligado a... acomodarme. Seré un autolesionista si te desmin-

tiera con mi conducta. Si me atribuyes un mérito, me esforzaré en darte la razón.

Sea como fuere, en esta competición que consiste en «apreciarse mutuamente», siempre se consigue un resultado seguro: aumenta el capital de amor en una comunidad.

Nadie pierde en este «juego». Todos se enriquecen. Quien da y quien recibe.

Mejor: «pierde» ciertamente sólo quien no participa.

El amor es comprensivo... disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites... (1 Cor 13, 4.7).

Una variante del ejercicio precedente consiste en ver en clave de bondad las acciones ajenas.

Una misma acción se presta a las valoraciones más contrastantes y hasta contradictorias. Tiene muchas caras.

Y aquí entra en juego la mirada. Es más, todo es cuestión de mirada. Una mirada «mala», hostil, o solamente indiferente, se posa sin duda en el lado oscuro.

Una mirada «buena» se vuelve instintivamente hacia el lado más luminoso, y menos feo.

La interpretación de una acción depende precisamente, de la cualidad de nuestra mirada.

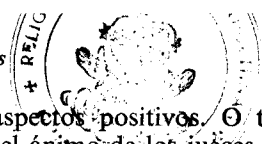
En una comunidad el único modo seguro para juzgar, consiste en juzgar de una manera parcial.

Allí donde las personas se quieren bien no pueden darse miradas «imparciales».

Si hay amor, la mirada tiene que ser por fuerza parcial.

Si existe fraternidad auténtica, nos ponemos siempre *de parte* de la bondad, de la comprensión, de la benignidad, de la indulgencia.

Me ha impresionado mucho, asistiendo a algún proceso judicial, la habilidad, la agudeza de algunos abogados defensores para descubrir circunstancias atenuantes, o para hacer valer elementos aparentemente insignificantes a favor de su cliente, para iluminar particularidades que podían pasar desapercibidas, al



insistir sobre los más pequeños aspectos positivos. O también, simplemente, al infundir dudas en el ánimo de los jueces. Se agarran con todas sus fuerzas «dialécticas» a cualquier... ligero indicio positivo aun en los casos más tenebrosos.

Lo que sucede en el aula de un tribunal, ¿por qué no se realiza en una comunidad religiosa donde, mientras no se pruebe lo contrario, debería «reinar el amor» y no una fría, impersonal justicia?

¿Por qué no nos especializamos también nosotros en descubrir el aspecto bueno de cada acción, de cada comportamiento?

¿Por qué no obligamos a nuestra mirada a ser mejor? ¿Por qué no le invitamos a mirar «bien»?

Tener una mirada buena, no significa cerrar los ojos. Ni es señal de ingenuidad, de debilidad, o peor aún, de tontería.

Una mirada buena es, simplemente, una mirada hecha más penetrante por el amor. Entra en lo profundo, no se queda en la corteza. Logra ver lo que una mirada mala o indiferente no llegará jamás a percibir.

Ciertas zonas profundas del ser sólo son exploradas por una mirada buena.

La mirada buena descubre aquello que los otros ni siquiera sospechan (también porque no lo desean...).

Y aun cuando las acciones son lo que son, aun cuando un comportamiento es negativo —se le mire por donde se le mire— la mirada buena penetra a nivel de «intenciones».

Y en este terreno siempre hay posibilidad de «inventar».

Siempre se puede inventar una intención buena, diversa de la acción que aparece al exterior. Más aún, se debe inventar.

Si amo, no puedo negar a nadie una intención «diversa», que si bien no justifica la acción mala, le confiere, a pesar de todo, un minúsculo indicio positivo.

Intentemos regalar buenas intenciones. Ofrecer intenciones simpáticas.

Hagamos nuestra mirada menos indagadora y más penetrante. Menos inquisitorial, pero más inteligente (o sea, literalmente, capaz de leer-dentro). Menos despiadada y más indulgente. Menos recelosa y más generosa.

Se cuenta de un monje que poseía precisamente la característica de poner en evidencia los aspectos laudables de todas las cosas y de todas las personas.

Si entraba en la celda de un hermano en religión y la encontraba limpia, ordenada, exclamaba: «Mira. Esta celda es el espejo del alma de quien la habita».

Cuando, al contrario, tenía la mala suerte de ver una habitación en que todo estaba en desorden, decía a los otros: «Mirad, quedé verdaderamente edificado de aquel monje. ¡Está tan absorto en el coloquio con Dios, que ni siquiera encuentra tiempo para ordenar la celda!».

Era un monje «antiguo».

Pero su ejercicio podía desempolvarse con utilidad y adquirir un sabor de novedad.

¿Intentamos probar a tener este estilo de «parcialidad»?

A excepción de tu izquierda todos sabemos lo que hace tu derecha...

Martes

Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto (Mt 6, 3-4).

Tu mano izquierda no debe saber lo que hace tu derecha. Pero los otros, sí, deben saberlo.

Quiero decir: una expresión muy importante de «mentalidad comunitaria» es la participación de todos en las iniciativas en el campo del amor.

No puede ser que una sola persona decida por su cuenta, y hasta acepte —complacida— la patente de generosidad.

La comunidad entera debe ser interesada, invitada a ofrecer, consultada sobre el destino más oportuno de la dádiva, e informada acerca de... la feliz llegada.

No. No es una operación de burocracia mezquina o de receloso control contable.

Se trata, más bien, de hacer partícipes a todos los miembros de una comunidad de una acción típica de nuestra pobreza y de nuestro amor fraterno: *el compartir*.

Por eso este acto lo hacen todos —en varias fases. Y quien recibe sabe que no recibe de una sola persona particularmente buena y generosa, sino de una comunidad entera que, para vivir una exigencia fundamental de la propia pobreza evangélica, renuncia a algo y lo ofrece a los hermanos más necesitados.

He podido constatar personalmente, en alguna comunidad, los efectos de esta mentalidad abierta a la participación, en este sector específico a que me estoy refiriendo.

Mientras tanto se advierte un interés general para localizar las necesidades, para señalar los casos más dramáticos y las situaciones más urgentes (que, con frecuencia, están muy cerca: allí en el pueblo, en el barrio, o quizás en las mismas inmediaciones del convento). Y después entra en juego la fantasía, el espíritu de iniciativa. Por supuesto estando dispuestos a pagar personalmente, o sea, a renunciar a algo, a privarse de algo.

Así —resultado no despreciable— una comunidad entera, que cae en la cuenta de los sufrimientos reales de los pobres, de las tragedias que se dan en ciertos ambientes, se vacuna contra el peligro siempre amenazante de la mezquindad.

Ya no hay sitio para las frivolidades, los chismes, los resentimientos, las discusiones banales. Existe un punto de referencia, un interés más importante que atrae la atención general, estimula la generosidad, justifica el sacrificio, libera de una mentalidad que exige el confort de tipo pequeño-burgués.

Y, sobre todo, es una comunidad entera que manifiesta el rostro de un Cristo misericordioso, pobre, atento a las necesidades de los «últimos».

La pobreza como el amor —en su expresión más elemental: el gesto de compartir— se viven y se testimonian comunitariamente.

¡Qué triste es sin embargo, ver en algunas comunidades —escasas por fortuna— poco «personal afecto a los trabajos» que decide, que concierta las cosas a su gusto y «sabe», excluyendo a los otros. Y quizás entre esos «otros», está precisamente quien —con una compartida aportación suplementaria— había conseguido aquella oferta, aquel regalo. Me parece que, sobre todo quien ha contribuido, debe tener la alegría de exponer su propio punto de vista acerca del destino de aquel regalo. ¡Y no verse obligado a repetir... actos de fe!

Son cosas elementales. Pero, a veces, precisamente las cosas más elementales se descuidan creando sufrimientos inútiles, sospechas, y sofocando aspiraciones legítimas. Y se atenta contra la vida.

En una mentalidad comunitaria el verbo «compartir» ha de conjugarse con el pronombre «nosotros». Y el «nosotros» debe estar presente en todas las fases: desde la fase de la renuncia hasta la de la oferta, desde la fase de la decisión hasta la del don.

Detrás del «nosotros» de una comunidad se asoma ciertamente Cristo.

Detrás del «yo» de alguno, por el contrario, puede reírse malignamente el demonio del egoísmo más refinado, aunque se revista con la máscara de la generosidad.

El amor no presume ni se engríe... No es egoísta (1 Cor 13, 4-5).

No sé por qué. Pero experimento una repugnancia instintiva hacia los individuos que presumen de ser queridos. No puedo admitir que se pueda instrumentalizar el amor. Me parece el colmo de la degradación para una persona religiosa que se pueda aprovechar de una realidad como el amor —que está bajo el signo de la gratuidad— para alimentar el amor propio.

Por eso, la palabra que me viene a los labios cuando observo este triste fenómeno es «prostitución». Perdonad. Pero no encuentro otro término.

«La caridad no busca el propio provecho».

Pero provecho no es únicamente el dinero, los regalos, las recompensas materiales.

El provecho más humillante, en este caso, es el egoísmo, el deseo de quedar bien, la preocupación de la propia fama de persona «buena».

Amar, que significa olvidarse de sí mismo, en este caso significa, por el contrario, querer recordar, subrayar sobre todo el sí mismo.

Amar, que significa querer el bien de los demás, en este caso se traduce por un querer bien a sí mismo. Querer que los otros nos amen, nos admiren, tengan la mejor impresión de nosotros.

Bajo esta perspectiva, todo se convierte en cálculo (naturalmente con las motivaciones más nobles, altruistas, desinteresadas...).

Uno se rebaja a los peores compromisos.

Se pierde la propia libertad.

Se da la razón a todos.

Uno no se compromete nunca.

La ficción (también ésta con una motivación... caritativa...) llega a ser una postura habitual.

La sinceridad deja el puesto al oportunismo.

Se hace pasar como bondad lo que no es más que debilidad.

Por ejemplo. No se toma una postura, cuando sería oportuno, no se dice esa palabra clara, cuando sería un deber hacerlo, porque se teme que la propia imagen de persona comprensiva se empañe, la propia fama de bondad se manche, la propia aureola de generosidad heroica se comprometa.

¿Qué tiene que ver este fenómeno con las prácticas de comunidad?

Claro que tiene que ver. Porque una vida de comunidad sólo se puede desarrollar si las personas interesadas se empeñan en destruir en ellas estos gérmenes que representan la falsificación más vergonzosa del amor enseñado por Cristo.

El deseo de ser bienqueridos es un atentado constante a la fraternidad auténtica.

Pues la persona contagiada de este mal, mira sólo a defenderse a sí misma, la propia imagen ideal, que debe tener siempre encendidas las luces de la admiración de los demás.

Se preocupa exclusivamente de mantener su tipo.

Intenta únicamente «salvarse» a sí mismo.

Deja siempre a los otros los papeles odiosos.

No logrará nunca compartir una culpa, tomar sobre sí la responsabilidad de algo que no ha salido bien, aceptar una reprimenda injusta por ahorrarla a un hermano.

Al contrario, se dejará llevar instintivamente a echar sobre los otros las responsabilidades menos apetecibles, las acusaciones poco agradables, y a pavonearse, a su vez, de los méritos propios y ajenos.

Las culpas son siempre de los otros.

Los éxitos son propiedad personal y reservada.

Una persona así es paciente, longánime, heroica en el perdón, siempre dispuesta a comprender, cuando es el hermano quien ha sufrido una injusticia.

Pero probad a «tocarlo»: entonces veréis cómo afila las uñas e intenta movilizar a todos en defensa propia.

Con individuos de esta clase una comunidad ya no manifiesta «lo bueno que es el Señor», sino que es instrumentalizada para demostrar «lo buena que es esta o aquella persona».

Entonces, ¿queremos comprometernos todos en esta práctica que consiste en amar a los otros con amor verdadero, desinteresado, olvidado de sí, sofocando inexorablemente cualquier pretensión de ser bienquerido?

Con otras palabras: ¿estamos dispuestas a amar en pura pérdida?

¿Comenzando por la pérdida del propio rostro, para que resplandezca únicamente, a través de la «custodia» de una comunidad entera, el rostro misericordioso de Cristo?

Seréis mis testigos... hasta los confines del mundo. Dicho esto, lo vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista (Hech 1, 8-9).

El año pasado mi sacristana, que habitualmente me apunta alguna idea para la homilía, mientras me ponía el alba, me animó: —¡Hoy es la fiesta del cielo!, nos hablará sin duda del paraíso.

Por primera vez he tenido que contradecirla.

Hoy es la fiesta de la tierra, no del cielo.

A los apóstoles se les echó precisamente en cara que se habían quedado planteados mirando al cielo.

«Mientras miraban fijos al cielo, viéndole irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?» (Hech 1, 10-11).

Hoy es necesario mirar a la tierra.

Se nos ha confiado la tierra.

Ha sonado nuestra «hora».

Nos toca a nosotros.

Cristo ha desaparecido. Toca a los «suyos» asegurarle su presencia visible.

Nace la *iglesia itinerante*.

«Ellos fueron y proclamaron el evangelio por todas partes, y el Señor actuaba con ellos y confirmaba la palabra con los signos que los acompañaban» (Mc 16, 20).

Y nace nuestro compromiso.

El compromiso con la tierra.

El compromiso con los demás.

«La vida con la gente, que no se trata de huir, y tampoco de dominar. Sino de encontrar» (F. Chalet).

Con la encarnación, lo humano se convierte en «el espacio de la irrupción de Dios».

Después de la ascensión, lo humano es el espacio que continúa la encarnación.

Dios ha tomado la palabra a través del rostro de su hijo.

Tiene razón Camus: «Este dios, si os toca, es a través de su rostro de hombre».

Ahora Dios continúa manifestándose, hablando, haciéndose tangible a través de nuestro rostro.

Hoy es la fiesta de la comunidad cristiana, de cada comunidad religiosa.

Es la inauguración del vivir juntos a causa de Cristo. Para realizar su presencia, para manifestarla, para llevarla.

La famosa fórmula de Hugo de San Víctor —nos hacemos solos para estar con todos— podríamos parafrasearla así: vivimos juntos para estar con todos.

No somos, pues, unos separados, sino seres en comunión.

No criaturas de la fuga. Sino criaturas del encuentro.

«En mi primer libro, querido Teófilo, escribí de todo lo que Jesús fue haciendo y enseñando hasta el día en que dio instrucciones a los apóstoles, que había escogido, movido por el Espíritu santo, y ascendió al cielo».

Así comienza Lucas el libro de los Hechos de los Apóstoles.

El otro libro... fue confiado a nosotros. Lo tenemos que escribir nosotros. Nuestros actos.

Esta es la «práctica» fundamental de cada comunidad.

Adelante, escribamos todo aquello que hemos hecho, lo que hacemos, para que Cristo no esté ausente de la tierra...

Y no deben faltar los milagros, entiéndase bien. No deben faltar los «signos».

Así pues, cita con los *actos*.

Sólo así la ascensión se convierte en la fiesta de la tierra. Mejor, del reino inaugurado sobre la tierra.

El cuerpo tiene muchos miembros, no uno sólo... Si todos fueran un mismo miembro ¿dónde estaría el cuerpo? Los miembros son muchos, es verdad, pero el cuerpo es uno sólo. El ojo no puede decir a la mano no te necesito; y la cabeza no puede decir a los pies: no os necesito. Más aún, los miembros que parecen más débiles son más necesarios. Los que nos parecen despreciables los apreciamos más... (1 Cor 12, 12. 14-22).

Aquella frase me ha entristecido profundamente. Era una fiesta de acción de gracias, de despedida. Merecida gratitud. Me di cuenta, sin embargo, de que las gracias dadas a una persona pueden sonar a ofensa en relación a otros muchos humildes protagonistas. Y, sobre todo, que ciertas exageraciones tienen el peligro de dar al individuo —si no está vacunado con una fuerte dosis de humildad y de inteligencia— una absurda patente de «insustituibilidad».

Pero he aquí una frase captada al margen de la fiesta: «No es justo que se vaya... Después de todo cuanto ha hecho por esta casa. ¿Qué pasará sin usted?».

Me hubiera gustado preguntar:

—Perdona, ¿pero los que quedáis, sois todos incapaces, ineptos?

¿Sin esa persona no podréis hacer marchar las cosas sino hacia el fracaso?

Pero me he limitado a rezar mentalmente:

—Señor, perdónale porque no sé lo que dice.

Entendámonos. No pretendo de ninguna manera negar los méritos a quien corresponda. Faltaría más. Pero aquella frase era

reveladora de un ridículo «culto a la personalidad» que, en una comunidad verdadera, donde existiese un lúcido sentido de la corresponsabilidad, resultaría absolutamente fuera de lugar.

Yo conozco muy bien aquella casa. Había podido observar, día a día, al que había «trabajado tanto». Y eran muchas personas. Personas de fuertes espaldas las que habían sostenido la casa en momentos difíciles, aunque muchos superficiales no se enteraban de nada. Los que arrimaban el hombro a quehaceres ingratos y hasta repugnantes, con una simplicidad sorprendente. Los que se preocupaban de las cosas pequeñas, descuidadas por los más. Los que arrastraban una carreta cruel sin recibir jamás una palabra de aliento. Los que se interesaban de situaciones delicadas, con mucha discreción, sin ir después a pregonar lo que habían conseguido. Los que evitaban que los responsables distraídos quedaran mal y suplían los olvidos ajenos. Los que aceptaban reprimendas injustas, quejas, cóleras, dejando que los verdaderos destinatarios de todas aquellas cosas desagradables cosecharan solamente aplausos y alabanzas. Los que, finalmente, llegado el momento, sabían irse, en silencio, sin hacer tanto ruido y sin creerse indispensables, y logrando hasta disimular las lágrimas.

Había personas, en aquella casa, que habían «hecho tantas cosas», y más que todas, con su inactividad, provocada por una enfermedad que les había clavado en el lecho durante muchos años.

Sí, tenía presentes a todas aquellas personas. Me venían a la memoria sus nombres, tantos casos concretos, tantísimos acontecimientos. Por eso aquella frase me había llenado de tristeza.

¿Por qué identificar el «éxito» de una casa con una persona?

¿Por qué hacer depender el buen o mal funcionamiento de una obra de la presencia o no presencia de una persona?

No. Este «culto a la personalidad» es herético. Representa una evidente distorsión del auténtico concepto de comunidad.

El «culto a la personalidad» solamente es compatible con el *culto a la impersonalidad* de la mayoría. Sí, porque todos los otros se ven condenados al anonimato, a la oscuridad, a la insignificancia. Los más son condenados a hacer de telón de fondo para que aparezca a plena luz el monumento a un solo personaje.

Ahora bien, todo esto solamente es justo cuando el personaje es Cristo. El, sí, es el único, el necesario.

Pero es antievangélico cuando el personaje es un intruso que se alza sobre el podio de la fatiga colectiva y oscura de los otros.

No. Una casa debe estar bajo el signo de una comunidad en su totalidad, no bajo el signo de un individuo.

Una obra progresiva gracias al trabajo, la inteligencia, la voluntad, el silencio, la oración, el sufrimiento de todos.

La impronta debe ser la de una comunidad, no la de una persona.

Los reproches lo mismo que las alabanzas, los éxitos y los fracasos, los aplausos y los silbidos, hay que dividirlos a partes iguales entre todos: han de atribuirse a toda la comunidad.

Y si algo va mal, la culpa es de todos, sin excluir a nadie.

Y si las cosas van bien, la parte más importante del mérito no ha de atribuirse a una sola persona, dejando a las demás las migajas de la limosna y de la condescendencia (además, claro está, de la recompensa celeste...).

Es lícita la fiesta en una comunidad auténticamente evangélica, sólo cuando se tiene la valentía de reconocer que «todos han hecho mucho». Y los que habitualmente callan, más que nadie.

En suma, pasar del culto a la personalidad al culto de la fraternidad.

De una mentalidad individualista a una mentalidad comunitaria.

De la idolatría de un «capitán de barco» al sentido del valor único de cada persona, de todos los componentes de la familia.

Nadie es insustituible.

Sino que cada uno, indistintamente, sea cual fuere el puesto que ocupa, tiene un gran valor.

Solamente el «nosotros» traduce la realidad más profunda —si bien menos vistosa— de una vida comunitaria.

Si un individuo da la impresión de mantener en pie una casa, no hay duda: ¡la culpa es suya!

Y, en este caso, aunque los resultados sean positivos, una comunidad no tiene más remedio que llorar... su propia inconsistencia.

Ahorrar energías

Sábado

Rehúye las discusiones necias y descorteses, sabiendo que acaban en peleas (2 Tim 2, 23).

Esta práctica es sencillísima, pero exige una cierta dosis de coraje y de oportunidad.

En medio de ciertas discusiones, un miembro cualquiera de la comunidad pronuncia, con voz clara, la frase siguiente: «Estamos juntos a causa de Cristo».

Es una especie de «memento mori», pero al revés. «Recordemos que debemos vivir por algo que merece la pena. No por tonterías».

Cuántas discusiones sobre cuestiones banales. Cuántos problemas falsos. Cuántos sufrimientos y jaquecas inútiles. Se polemiza, se inician discusiones —con una estela inevitable de resentimientos, amargas, divisiones— por bagatelas (¡a lo mejor por cambiar de lugar una mesa!). Se riñe por motivos fútiles. Se combaten batallas duras por causas que no merecen la pena y que no merecerían ni siquiera el disparo y las salvas de una palabra. Se pierde un tiempo precioso en mezquinas operaciones de retaguardia. Nos enredamos en discusiones de verduleras.

Pues bien, en el momento que se producen estos fenómenos, es necesario repetir con brío la frase: «estamos juntos a causa de Cristo».

Un momento de silencio.

Después, quien tenga valor para ello, puede volver a empalmar con la diatriba interrumpida.

A este ejercicio también se le podía llamar el ejercicio del ahorro de energías.

Reservemos nuestras fuerzas, nuestro aliento, nuestra inteligencia para cosas que merezcan la pena, para problemas que estén a la altura de nuestra vocación.

No nos entretengamos en escaramuzas de retaguardia, mientras necesitan de nosotros, de nuestro esfuerzo, en la primera línea del evangelio.

No nos perdamos por las veredas de la futilidad, abandonando el campo abierto de las esperas de los hermanos.

No nos permitamos el lujo de discusiones académicas, mientras exista una masa que tiene hambre de pan y de valores auténticos.

El derroche de energías siempre revela una debilitación del ideal. Cuando la fuerza del ideal se debilita, entonces nos dedicamos a objetivos marginales, se hinchan cuestiones irrelevantes, se dramatizan incidentes insignificantes, nos dejamos absorber por intereses banales.

Cuando se debilita la llamada del único necesario, entonces se multiplican los ídolos más ridículos, exigentes, ruidosos y prepotentes.

En ciertos ambientes se ha acuñado una expresión muy significativa: «sacar al perro de paseo».

Perfecto. Cuando olvidamos las exigencias más comprometedoras de la propia vocación, se desdibuja la jerarquía de valores, se pierde de vista al Cristo que hemos aceptado seguir, y nos conformamos, precisamente, con sacar al perro de paseo...

Y no es una perspectiva muy entusiasta para una vocación que pretende «cosas grandes».

Las nuevas prácticas de comunidad

(II)

Padre, que todos sean uno;
como tú en mí y yo en ti

(Antifona de comunión del séptimo domingo de pascua).

Luchar contra la necesidad

Domingo

La abundancia de sabios es la salvación del mundo (Sab 6, 24).

Contra la sabiduría no prevalece la maldad (Sab 7, 30).

Bonhoeffer observa con mucho realismo: «Para el bien, la necesidad constituye un enemigo más peligroso que la maldad».

Y lo explica: «Existe la posibilidad de protestar contra el mal de ponerlo al descubierto y, en caso necesario, de evitarlo por la fuerza; el mal siempre lleva en sí el germen de la autodestrucción, al dejar en el hombre, como mínimo, una sensación de malestar. En cambio frente a la necesidad carecemos de toda defensa. Nada somos capaces de hacer contra ella, tanto si nos valemos de protestas como si utilizamos la fuerza. Las razones no surten efecto; el necio deja de creer sencillamente en los hechos que contradicen su propio prejuicio —en tales casos, incluso se muestra crítico— y si los hechos son inevitables los aparta simplemente como casos aislados y sin importancia. Así, y a diferencia del hombre malo, el necio se siente enteramente satisfecho de sí mismo, e incluso puede llegar a ser peligroso cuando, levemente irritado, pasa al ataque. Debido a ello, debe tenerse mayor precaución frente al necio que frente al malo. Ya no intentaremos jamás convencer al necio mediante razonamientos; tal procedimiento es absurdo y peligroso»¹.

Se trata de una diagnosis perfecta dentro de su crudeza. Y fotografía con mucha precisión de detalles ciertas situaciones que muchos de nosotros conocemos y padecemos.

1. D. Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, Barcelona 1961, 21.

Creo que muchas comunidades no se mueven conforme al dinamismo del Espíritu, no por mala voluntad, sino por esa parálisis provocada precisamente por la necesidad. Así pues, el efecto más desconcertante de la necesidad es la parálisis de todo movimiento.

Y, a propósito de sufrimientos, podemos alegar las consideraciones precedentes: es más llevadero sufrir a causa del mal, de la maldad, que por la necesidad. El sufrimiento que provoca el choque con la necesidad tiene algo de... abismal. Te da un sentido de disgusto, de inutilidad, de desaliento. Sobre todo, de impotencia. Tienes la impresión de que es una batalla perdida antes de comenzar. Se malogran energías, esfuerzos, buena voluntad, inteligencia, paciencia, tiempo, argumentos. Y se está siempre en el punto de partida. ¿Por qué?

Porque el enemigo es escurridizo, jamás es él mismo, cambia de rostro, y siempre es distinto.

Lo explica el mismo Bonhoeffer: «...Bajo determinadas circunstancias, los hombres se vuelven necios, o bien se dejan transformar en tales... Todo fuerte desarrollo externo del poder, tanto de índole política como religiosa, trata a gran parte de la humanidad de necios... El poder de unos precisa de la necesidad de los demás. Y no se llega precisamente a esta situación por el hecho de que determinadas facultades del hombre —por ejemplo las intelectuales— se atrofen o queden anuladas súbitamente, sino porque el hombre queda desprovisto de su independencia interna bajo la subyugante impresión de despliegue de poder. De forma más o menos inconsciente renuncia entonces a encontrar una actitud propia frente a la situación resultante de la vida.

«El hecho de que a menudo el necio se muestre obstinado, no nos deba hacer olvidar que no es independiente. Incluso conversando con él, nos podemos dar cuenta de que no estamos tratando con él mismo, en persona, si no con las grandilocuencias y las consignas que le dominan. El necio se encuentra subyugado, está deslumbrado. Se abusa de él y se le maltrata en su propio ser. Convertido así en instrumento sin voluntad propia, el necio estará dispuesto a cometer cualquier mala acción y, al mismo tiempo, será incapaz de ver el mal. He aquí el peligro de un abuso diabólico por el cual los hombres pueden echarse a perder para siempre»².

Por eso Bonhoeffer sostiene que la estupidez sólo se puede superar «mediante un acto de liberación y no mediante un acto de adoctrinamiento».

2. *Ibid.*, 22-23.

Ciertas personas tienen necesidad de ayuda para reencontrar la propia libertad interior, la propia autonomía de juicio, la capacidad de leer las cosas con ojos críticos. Deben ser «re-habitados» a pensar por cuenta propia, y no esperar siempre las instrucciones de los otros o... de los de arriba.

(Qué tristeza advertir en ciertas comunidades, una pobre uniformidad de juicio, aún en cuestiones de libre discusión, que no comprometen ni de lejos el campo de los principios. Individuos que condicionan su propio juicio a la opinión expresada por una determinada persona, sin ni siquiera captar sus razones. Existe una instintiva alienación servil).

Estas personas tienen necesidad, sobre todo, de redescubrir el sentido de la propia responsabilidad personal.

«El pasaje de la biblia según el cual "el principio de la sabiduría es temer a Dios" (Sal 111, 10), dice que la liberación interna del hombre para la vida responsable ante Dios constituye la única superación auténtica de la necesidad»³.

La lucha contra la necesidad —práctica utilísima en toda comunidad— se reduce, fundamentalmente, a reencontrar la propia conciencia, la propia dignidad, la propia responsabilidad.

Y si la necesidad tiene el poder de bloquear, de paralizar hasta el movimiento mismo del Espíritu, una señal de la superación de la necesidad se advierte cuando una comunidad reencuentra su «capacidad de movimiento».

3. *Ibid.*, 23.

El amor... no es mal-educado (1 Cor 13, 5).

Este es un ejercicio de comunidad, que no debe hacerse.

Una práctica, pues, poco recomendable. Hay que evitarla.

Creo que la paternidad de la expresión «intrusionismo espiritual» se atribuye al conocido teólogo dominico J. M. R. Tillard.

Existe el fenómeno malsano del «mironismo», del que son protagonistas ciertos individuos despreciables que encuentran un placer malsano en espiar a través del agujero de las cerraduras o de otras rendijas.

Y existe también el *intrusionismo espiritual*. Que es la manía de meter la nariz furtivamente en los hechos ajenos, especialmente si se trata de problemas más bien delicados, en el campo de la conciencia. Curiosidad de saber. Obstinación por arrancar confidencias, por sacar secretos por medio de preguntas insistentes e indiscretas. Un petulante meter la nariz en terrenos que no nos importan. Instinto irresistible para entremeterse en cuestiones que superan la competencia propia.

Los componentes del «intrusionismo espiritual» son siempre la ligereza, la inelicadeza, la insistencia, la curiosidad, la presunción, la grosería, la indiscreción (quiero decir el descaro).

Las relaciones entre los miembros de una comunidad —lo hemos subrayado ya más veces— deben regirse por la sinceridad, la claridad, la confianza, la espontaneidad.

Es necesario abrirse a los demás. De acuerdo.

Pero existe, en cada persona, un umbral de «reserva» que nadie puede violar impunemente, bajo ningún pretexto.

Existe, en cada individuo, un pudor fundamental que hay que respetar.

Cada uno de nosotros custodia una intimidad que nunca puede ser «forzada», ni siquiera por el amigo más querido.

Dice agudamente el padre Tillard: «Aun cuando una comunidad religiosa tienda hacia la *koinonia* más total, la comunidad religiosa termina por ser demoledora en el instante mismo en que intenta forzar este muro de pudor. Existe una discreción, vértice de la fraternidad, que rechaza el «intrusionismo» espiritual, hábil para enmascararse bajo capa de sinceridad evangélica; que rechaza aquella promiscuidad continua que se hace la ilusión de coincidir con la realidad del vivir juntos, que rechaza, sobre todo, aquella pantalla del vacío interior que se compone de frivolidades intemperantes y de un torrente incontenible de monólogos paralelos, que se hacen pasar de modo simplista por diálogos»¹.

En la práctica, un individuo tocado de «intrusionismo» espiritual se traiciona con preguntas que le son características: ¿Dónde has estado? ¿Cómo es que no te he encontrado? ¿Qué te ha dicho? Me parece que te he visto... Tengo la impresión de que llevas algo por dentro que no marcha bien... ¿Es verdad que te han llamado la atención? ¿Permites que te ayude? Venga, habla, sin miedo...

No es que preocupen estas expresiones, que en sí mismas son bastante inofensivas. Lo que predispone es el estilo meloso, hipócrita, intrigante, insinuante. Las referencias ambiguas, los guiños cómplices. La frase que se deja caer, pero que esconde una intención bien precisa. El preguntar una cosa para sacar otra...

Y después la pretensión de desempeñar el papel de director espiritual a toda costa. Parece que ciertas personas tengan una predisposición tanto más irresistible cuanto más chabacanos son, más obtusos, menos preparados, dotados solamente de mucha curiosidad y armados con cuatro formulillas aptas para todos los usos...

Están dotados de una presunción tan grande que, al oírles, se saca la impresión de que la salvación de un hermano no depende de la gracia de Dios, sino de su insinuante asedio a la conciencia del otro. Y, a veces, para lograr el intento de abrir brecha en la resistencia de la víctima (casi siempre débil) ni siquiera ahorran medios demasiado limpios.

Bien, dejémoslo aquí.

Hemos dicho que el «intrusionismo» espiritual es un no-ejercicio. Una práctica que no... debe practicarse.

1. *La communauté religieuse*: NouRevTh (1973) 161.

Pero existe también un aspecto activo y lícito.

O sea, la práctica de la delicadeza. La práctica de la discreción.

Los lazos en una comunión de personas se reforzarán y se harán tanto más profundos cuanto cada uno se esfuerce más por evitar las intromisiones indebidas.

Desaparece el entrometido. El insaciable curioso.

Y aparece el hermano. O sea, aquel que respeta.

La corrección poco fraterna

Martes

Respecto a los otros hermanos, yo personalmente estoy convencido de que rebosais de buena voluntad y de que os sobra saber para aconsejaros unos a otros (Rom 15, 14).

La corrección fraterna es, sin duda, una de las prácticas de comunidad más en uso.

Muchos, sin embargo, se engañan pensando que los dos términos (corrección-fraterna) viajan enganchados como dos vagones. Y por eso, que es suficiente «practicar la corrección para que ésta tenga que ser necesariamente «fraterna».

Pero, en la realidad, las cosas son de otra manera. Ciertas correcciones tienen todas las características menos esa, fundamental, de la fraternidad.

Ahora bien, es necesario comprobar con atención los mecanismos de esta práctica porque, si no se entiende bien, provoca inconvenientes bastante más graves que los que intenta subsanar.

Tres revisiones esenciales: punto de partida, enganche, punto de llegada.

1. PUNTO DE PARTIDA

Sólo tengo autorización para intervenir después de haber consultado a mi corazón. ¿Qué sentimientos experimento en relación a aquel hermano? ¿No existe, acaso, bajo la loable intención de la corrección, como una especie de satisfacción por la oportu-

nidad que se me presenta para una revancha, para la posibilidad de dar, por fin, cauce a un desahogo de antipatía, ni siquiera bien disimulado? O sea, ¿no se trata quizás de un *pretexto* caritativo para satisfacer antiguas y nuevas enemistades con aquella persona?

Algunos individuos dan la impresión de que encuentran un cierto gusto, una cierta complacencia en amonestar a los demás, en reprenderles. Y así su punto de partida es sin duda una sutil satisfacción, no una auténtica, dolorosa preocupación fraterna.

Es necesario, pues, estar seguros de que nuestro corazón no alberga sentimientos mezquinos, egoístas, dispuestos a insinuar-se bajo el sacro velo de la corrección fraterna.

Es necesario comprobar que nuestra intervención no está motivada por un espíritu farisaico, sino por un sincero espíritu evangélico.

El sufrimiento que se experimenta puede ser un *test* significativo de la autenticidad de nuestra corrección.

Y también es indispensable una postura de humildad. Algunas intervenciones, sin embargo, delatan una presunción, una superioridad que son características de un juez incapaz de «compadecer», pero no de un hermano.

2. ENGANCHE

Es fruto de la inteligencia.

Sin una dosis fuerte de inteligencia —sobre todo inteligencia del corazón— la corrección se convierte en causa de ulteriores complicaciones, en instrumento de confusión y de tensiones.

Hablo de la inteligencia que me hace encuadrar la falta en sus verdaderas dimensiones (cuántas intervenciones indiscriminadas, injustificadas, desproporcionadas en relación a un caso concreto, cuántas exageraciones por insignificancias, y quizás no se advierten desviaciones mucho más clamorosas...).

La inteligencia que me hace reflexionar para ver mejor, para entender mejor, para estar seguro de que se trata de una cosa real, no de impresiones superficiales o del «oír decir».

La inteligencia que me hace mirar el episodio a debida distancia, para no estar condicionado por sentimentalismos, por la emotividad, por la irritación del momento.

La inteligencia que me hace esperar la mejor oportunidad, y me obliga a emplear el tono justo con *aquella* persona.

Para la corrección fraterna es necesario un mínimo de intuición psicológica, de talento pedagógico.

Cada persona es distinta de las demás. Debo tener en cuenta su carácter, su temperamento, su situación concreta, de manera que provoque la reacción saludable deseada.

No basta con intervenir. Hay que hacerlo de la mejor manera —que es diversa para cada individuo— y en el momento justo.

Está aquel hermano que, durante la jornada, ha sido ya vapuleado varias veces. Ha tenido un encontronazo. Todo le ha salido al revés. Ha debido trabajar más de lo acostumbrado, sin un momento de respiro. Ahora está tenso, cansado, al límite de la resistencia. Y llega a casa donde le espera... ¡el golpe de gracia!

Intentemos no tener demasiado prisa, excesiva precipitación.

Se trata de «encuadrar» a una persona, no de apuntar al blanco. Es una persona que tiene corazón, nervios, sensibilidad.

No obremos con animosidad cuando las condiciones son poco favorables, sólo para podernos sentir tranquilos en conciencia por haber liquidado aquel asunto y ¡cumplido un deber... de caridad fraterna!

Intentemos «mortificar», con un poco de paciencia y de inteligencia, nuestro celo intempestivo.

3. EL PUNTO DE LLEGADA

Se determina por la reacción saludable que provoca.

No se trata de humillar (humillar significa «quitar altura» a una persona), sino de estimular.

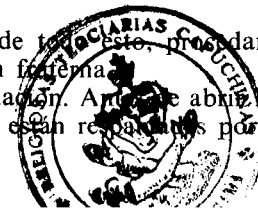
Esa persona que, después de la amonestación fraterna marcha abatida, humillada, deprimida, desanimada no es siempre víctima de su orgullo. Con frecuencia es víctima de una intervención desafortunada.

Una corrección fraterna se reconoce por los frutos que provoca en el ánimo del interesado, frutos de confianza, serenidad, deseo de obrar mejor, ganas de trabajar más.

El interesado debe sacar la impresión de haber encontrado a un hermano que le ha alargado la mano sin hipocresía, sin paternalismos, no a un observador frío, que le ha reprendido. Debe sentirse ayudado, comprendido, estimulado a caminar juntos, no de haber sido «sorprendido» en una infracción del código de la circulación.

Bien, después de cerciorarnos de que no nos movamos sin miedo al ejercicio de la corrección fraterna.

Y ya sólo una última recomendación. Antes de abrir la boca, controlaremos si nuestras palabras están respaldadas por los hechos. Los *nuestr*os, se entiende.



La corrección comienza mucho antes de hablar cara a cara con el hermano que ha faltado.

Quiero decir. Antes se le explica, se le corrige con el ejemplo contrario.

Después, si llega al caso, se pueden emplear —con mucha parsimonia— también las palabras.

Pero lo más ya debe estar *hecho*.

La verdadera corrección fraterna consiste en el ejemplo de vida práctico que se ofrece. Un ejemplo capaz de suscitar remordimientos, arrepentimiento y deseo de imitación.

El lenguaje más convincente es siempre el ejemplo personal.

Dar motivos de alegría

Miércoles

Estad siempre ~~alegres en el~~ Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra mesura la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. *Nada os preocupe...* (Flp 4, 4-6).

—¿Está contento?

—Por supuesto.

—¿Se encuentra bien?

—No puedo pedir más.

Algún día después encuentro aquella misma persona en baja forma.

Pasa una semana y alcanzamos tonos lastimeros.

Comprendí. También éste se ha contagiado. Otra víctima más del «virus del descontento», que le ha sido inoculado por el «círculo de los llorones».

Creo que en una comunidad el influjo más nefasto no es el del mal, sino el ejercido por «persuasores ocultos» de la infelicidad, por los expertos del descontento. Por los profesionales de las desdichas.

Frente al mal, una persona sana se pone en guardia y reacciona produce los anticuerpos de defensa.

Contra el contagio del descontento, por el contrario, ceden dulcemente los diques de contención. Se dejan influenciar inconscientemente, sugestionar, convencer.

Y poco a poco hasta la persona más serena se vuelve inquieta, exigente, descontentadiza, llorona, petulante.

La han convencido de que tiene razón para estar descontenta.

Le han *revelado* también los motivos por los que tiene el derecho-deber de ser desdichada.

A veces es suficiente un individuo «portador» del virus. Un individuo que tenga, *dentro de sí*, motivos válidos de disgusto.

Este lleva a cabo la primera acción diversiva. En vez de analizar valientemente las causas profundas, personales de su propio descontento, proyecta sobre los otros, sobre el ambiente en que vive (¡*jen que no vive!*) las razones de insatisfacción que lo corroen. Busca *pretextos externos* con tal de no analizar la verdadera fuente interior ¹.

Y por si fuera poco, he aquí la segunda operación diversiva. El infeliz «por otros motivos», el portador de la «insatisfacción equivocada» tiene tendencia a contagiarse a los demás. Tiene necesidad de que el mayor número posible vivan descontentos como él. Para sentirse más tranquilo, necesita de una amplia red de complicidad. Y entonces pone manos a la obra para ofrecer a los otros los mismos motivos *exteriores* de infelicidad.

Así, al final, la amargura aumenta, las caras largas se multiplican. Todo sirve para dar pasto a la inquietud.

Y pensar que, en la raíz, no hay más que una gran equivocación de fondo. Y mucha gente ha caído en la trampa sin ni siquiera darse cuenta.

«Persuadir a los hombres de que son infelices es una acción infame y hasta demasiado fácil. Un quehacer sagrado consiste, por el contrario, en repetir al hombre que es feliz, y que se trata solamente de que él se dé cuenta» (L. Pauwels).

¿Nos decidimos, entonces, a dedicarnos comunitariamente a este «quehacer» sagrado?

Enumerar los motivos de descontento es hasta fácil, pero, además de otras razones, es una acción poco noble.

Intentemos ofrecer a los demás motivos de alegría, de satisfacción.

Invitémoslos a buscar, dentro de sí mismos, estos motivos. Ayudémosles, estimulémosles en esta búsqueda apasionante.

Y hagamos juntos una exploración exterior. En cualquier ambiente existe algo bello y bueno que legitima la alegría. Se trata solamente de caer en la cuenta de ello.

También en las situaciones menos agradables es necesario buscar motivos que provoquen nuestra sonrisa.

Un día, Buda contó esta parábola:

1. Ya hemos explicado este fenómeno en el primer volumen *La seducción de Dios*, particularmente en el capítulo «Ten piedad de ti», en el apartado «La insatisfacción equivocada», 142-143.

«Un hombre que caminaba por el campo se encontró de improviso con un tigre. Echó a correr, perseguido de cerca por la fiera. Llegó a un precipicio, se agarró a la raíz de una vid salvaje, y quedó colgado entre el cielo y la tierra. El tigre le olfateaba desde lo alto. Temblando de miedo, el hombre miró hacia abajo, donde al fondo del abismo, otro tigre lo esperaba para devorarlo. Solamente se sostenía gracias a aquella raíz. Dos ratones, uno blanco y otro negro, comenzaron a roer poco a poco la vid. El hombre descubre a su lado una fresa estupenda. Agarrándose a la vid con una mano, con la otra cogió la fresa. ¡Qué dulce estaba!» ².

Ese es nuestro quehacer en relación a los demás.

Hacer notar la presencia de los tigres al acecho y el precipicio abierto, es un quehacer mezquino. Un quehacer de muerte.

Ayudar a descubrir la fresa que está ahí, al alcance de la mano es un quehacer noble, una misión de vida.

Y la fresa, entiéndase bien, no es solamente un consuelo momentáneo. Puede ser la salvación.

¿Encontrar motivos de alegría no significa, quizás, remontarse hasta la fuente de nuestra existencia, de nuestra vocación? ¿No significa quizás redescubrir a alguien, cuya presencia nos libera abundantemente de lo banal y negativo de las cosas que nos rodean y nos oprimen?

Frente a ciertos individuos que ejercitan el contagio del descontento (edición reducida de los «profetas de la desventura»), practiquemos el contagio de la esperanza.

Contribuyamos a eliminar alguna arruga.

Nuestra postura será una traducción actual de la obra de misericordia espiritual que consiste en «enseñar al que no sabe».

Frecuentemente de hecho, el desgraciado es uno que ignora que tiene infinidad de motivos para estar contento...

2. Tomado de 101 *storie zen*, Milano 1973, 35.

Jueves

...A causa de los intrusos, los falsos hermanos que solapadamente se infiltraron para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, con el fin de reducirnos a esclavitud, a quienes ni por un instante cedimos, sometiéndonos... (Gál 2, 4-5).

Una de las condiciones esenciales para la vida es la respiración.

Una comunidad no escapa a esta ley vital y debe, por tanto, asegurar el aire para todos sus miembros.

Ciertas personas, sin embargo, parece que tengan el oficio de quitar el oxígeno a los demás.

Y algunas veces, hasta envenenan el aire antes de que alguno lo respire.

Tienen sus manías, sus obsesiones, sus ideas fijas, sus pequeños y grandes complejos. Y logran con esta mezcolanza, hacer la atmósfera irrespirable para todos.

Bajo la costra de una observancia «ejemplar», esconden un formalismo exagerado, una visión raquítica de la vida religiosa, y quisieran imponer a los demás ciertos comportamientos.

Naturalmente, siempre tienen en los labios el fin bueno que justifica sus medios, que no son tan buenos. Y estos medios son una continua retahíla de lamentos, de implacables requisitorias por el más pequeño inconveniente, por la más minúscula falta.

Cuando después el blanco es único, el pobrecillo se convierte en objeto de un bombardeo despiadado, de un desgranar ininterumpido de críticas, reproches, censuras, acusaciones, advertencias, deploraciones, reprimendas, protestas, condenas, cóleras, reprensiones, refunfuños, regaños, gritos...

Me confiaba una religiosa, refiriéndose a cierto estilo asfijante —que por lo demás resulta más bien contagioso...— : «Si no se está en guardia, estas personas te vuelven loca».

Son normalmente individuos «pequeños» (no en el sentido evangélico) y tienen la pretensión de imponer a los otros sus mismas medidas raquílicas que terminan por robar espacio, oxígeno, alegría de vivir, espontaneidad, deseo de servir al Señor «in laetitia» a una comunidad entera.

Su visión de la vida religiosa se reduce a un puñado de principios rígidos (de los que, con frecuencia, queda fuera lo esencial, esto es el amor). Y no logran entender cómo los otros tengan necesidad de espacio, de aire libre para vivir en plenitud los compromisos de la propia vocación.

«Para hacer el bien» es su lema y su justificación.

Y no imaginan cuánto mal se puede hacer buscando el bien. Con la pretensión «de hacer el bien» se termina ahogando la vida, la espontaneidad.

Y, luego, este es el «bien» como ellos lo entienden, ¡el que va bien para ellos! Y ni siquiera se les pasa por la cabeza la duda de que ése no es el bien para los demás, que les viene a los otros estrecho, y termina por dificultar los movimientos y paralizar la vida.

Logran notar solamente «las cosas que no marchan bien». Y jamás se preguntan si, por casualidad, no serán ellos los que «no marchan». Porque «no van» en dirección de la vida, de la libertad, o sea del amor.

He pintado un cuadro, cargando un poco las tintas. Pero es una situación bastante frecuente y peligrosa. Como es peligrosa cualquier falta de oxígeno, cualquier falta de espacio vital.

El ejercicio comunitario propuesto consiste, pues, en procurar aire, neutralizando antes, con humor y con la libertad de los hijos de Dios, cualquier pretensión... asfijante.

Abramos de par en par las ventanas, dejemos entrar aire puro, sol. Es verdad que siempre hay un poco de polvo cuando se tienen las ventanas abiertas. Pero el polvo es mejor que el moho. El polvo es menos dañoso que el olor a rancio y a cerrado.

Convenzámonos de que vivimos entre adultos. Y que todos hemos sido llamados por Cristo, fascinados por un ideal, y estamos dispuestos a seguirle a través de un camino difícil. Pero no debemos proporcionar la cruz a los demás. Especialmente si es una cruz banal, en la que colgamos el peso de nuestros puntos de vista insignificantes.

Cuanto más escarpado es un camino, más necesidad tiene el que lo recorre de respirar a pleno pulmón.

Seguir a Cristo significa, lo primero, tener espacio a disposición. Significa caminar atraídos por la fuerza de un ideal, no porque tengamos entre los pies un perro arisco que nos muerde las pantorrillas...

Recorrer un camino escarpado significa tener ante los ojos la perspectiva de un horizonte amplio, entusiasmante. No ir a chocar cada dos pasos contra muros altísimos que nos quitan el sol, el aire, el panorama, el sentido de la marcha, el deseo de caminar, y terminan por quitarnos hasta la visión de la meta.

Por favor, hagamos sitio, dejemos respirar. Si nos ahogamos, echémonos a un lado, no entorbemos a quien tiene deseos de caminar expeditamente, no impongamos nuestro ritmo asmático.

Dejemos vivir.

Ninguna persona «pequeña puede tener la pretensión de condicionar a los otros.

Una comunidad debe estar *condicionada* exclusivamente por Cristo.

Y el condicionamiento de Cristo es liberador.

Todo el que obra perversamente, detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios (Jn 3, 20-22).

Caminad como hijos de la luz, toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz (Ef 5, 8-9).

Una comunidad tiene necesidad de aire.

Pero también tiene necesidad de luz.

La luz debe iluminar todos los rincones.

Entre los signos que tiene que presentar una comunidad religiosa, uno, fundamental, es sin duda la *claridad*.

Pero el suministro de este producto no se exige como un derecho que debe satisfacerse desde fuera.

Cada miembro está llamado a aportar la propia, insustituible contribución de claridad.

Solamente con la aportación de una claridad total por parte de todos, la iluminación de una comunidad será completa. No se darán desagradables y peligrosas zonas de sombra. Se podrá hablar de transparencia también a nivel comunitario. A través de esta transparencia la comunidad será «signo» de la realidad (la *kolmo-nia*, fraternidad) que debe expresar.

Cualquier opacidad es impedimento para la comunicación del mensaje.

Este ejercicio —el suministro de luz— puede sintetizarse en una fórmula: eliminemos los *misterios inútiles*.

En una comunidad, el único misterio que debe custodiarse celosamente es el de las personas. Este es el misterio que debe respetarse y tutelarse con todas las fuerzas. Esta es la «zona sagrada», reservada, que nadie jamás puede pisotear o profanar.

Para los demás, sin embargo, no es necesario multiplicar infinitamente los misterios. Algunas cosas deben ser iluminadas, ser aclaradas, no oscurecidas con los trucos más desafortunados. No hagamos que cuestiones de poca monta se conviertan en «secretos de estado», cuando todos los componentes de una familia deberían estar informados de ellos.

(Sucede, a veces, precisamente lo contrario. Las cosas más íntimas de una persona son puestas alegremente en circulación por algún «irresponsable» y dadas como pasto a un público chismoso. Y los asuntos de interés común, se ocultan en un clima de secretismo, con algún respiradero y alguna... clave, privilegio de unos pocos).

No olvidemos que un cierto clima de secretismo exagerado, de sospecha, de desconfianza, de miedo, es propio de los regímenes totalitarios. Donde no existe una libre circulación de ideas, de informaciones. Donde se teme que lleguen a descubrirse quién sabe qué vicios. Donde hay muchas «zonas prohibidas». Donde no se usa «dar cuenta» ni dar explicaciones claras y convincentes.

Pero esto no debería darse en una comunidad religiosa. Donde todo es común, ¡también la luz!

(En ciertas comunidades, por el contrario, da la impresión que sólo se preocupan de que «no se filtre nada». Que nadie llegue a saber... Y si algo llega a los oídos o al corazón de alguno que quizás «participa» de verdad y sinceramente en los acontecimientos de aquella familia, entonces se preguntan escandalizados, «¿quién ha sido?»).

Ese es el error. No se tiene el coraje de reconocer los errores. Y solamente se enfadan porque «se ha sabido».

Creo que el mejor modo para impedir que los embrollos se sepan, ¡es el no organizarlos...! (¿O me equivoco?).

Volvamos a la «práctica» aconsejada.

He dicho que, para proporcionar luz a una comunidad, es necesario que todos se convenzan de que es indispensable la propia contribución a la claridad y la transparencia.

Cuando estamos tentados por... el oscurecimiento, intentemos pensar: ¿si las paredes fuesen de cristal me comportaría de esta manera, obraría tan desenvueltamente, haría este paquete, recurriría a este truco, a esta sagacidad mezquina?

¿Me atrevería a justificar ante todos el destino de este objeto?

En vez de lamentarme, cuando mis intenciones se interpretan mal ¿no estaría mejor que me preocupase de explicarlas previamente?

Con frecuencia no nos entienden porque no somos capaces de explicarnos (o no queremos...).

Hablamos mucho, y con gusto, de compromisos.

No olvidemos que nuestro primer compromiso es con la verdad de nuestro ser, con nuestra claridad.

Solamente así prestamos a la comunidad el servicio fundamental de la luz.

Sábado

El amor... espera sin límites (1 Cor 13, 7).

Y, convencido de esto, sé que me quedaré y permaneceré con vosotros para vuestro progreso y gozo en la fe (Flp 1, 25).

Los discursos sobre el amor fraterno tienen siempre el peligro de quedarse en vaguedades.

No cuesta nada —y no hace falta mucha fantasía— decir, demostrar, remachar, proclamar que tenemos que amarnos.

Pero ¿cómo?

¿Cuáles son los campos concretos en que la fórmula «amarnos como hermanos» se conforma con la realidad?

Quisiera indicar un terreno específico en que debería manifestarse nuestra caridad fraterna. El terreno de la confianza.

Pocos se dan cuenta de que el «dar confianza» es una de las expresiones más convincentes y más útiles del amor.

Una prueba evidente de que Dios me ama es ésta: Dios cree en mí, se fía de mí, espera algo de mí, cuenta conmigo, confía en mis posibilidades.

Si él no esperase nada de mí, tendría motivos para desesperarme...

Cristo, en el evangelio, no hace otra cosa que sembrar confianza.

Cristo «cree» en Zaqueo, en la adúltera, en la samaritana, en Pedro... tiene fe en su capacidad.

En suma ¿qué significa «dar confianza»? Simplemente esto: encender la chispa que hace explotar las posibilidades de una persona.

Cada individuo, en efecto, posee potencialidades, con frecuencia escondidas. La confianza representa, precisamente, la chispa que las descubre, las ilumina, las hace vibrar, las despierta, las hace «funcionar».

Naturalmente, no se trata de un procedimiento automático, ni de una fórmula astuta, una especie de receta, fabricada por cierta psicología utilitarista barata.

Ni se trata de una postura paternalista o maternalista...

Dar confianza es una acción que exige notable intuición, finura psicológica, amor sincero.

No puede reducirse a una operación de astucia, un «invento» eficientista ordenado a mejorar la... producción de una persona.

No. Dar confianza significa, sobre todo, querer el bien de la persona. Desear vivamente que se desarrolle, se realice plenamente, no deje inutilizadas las propias posibilidades, los propios dones. En suma: querer que aquella persona «sea» lo mejor de sí misma, antes aún de «dar» lo mejor de sí misma.

Precisado todo esto, hagamos algunas consideraciones prácticas.

Estoy convencido que, en muchas comunidades, hay demasiadas energías, demasiadas posibilidades poco explotadas, sobre todo por ausencia de aquella chispa que se llama confianza.

Muchas personas quedan apagadas, o se reducen a imágenes descoloridas, porque nadie jamás ha demostrado «creer» en ellos.

¿Por qué tanto miedo a manifestar confianza, a animar?

¿Por qué somos tan pródigos en reproches, cuando alguien no obra bien, y tan avaros de alabanzas cuando un hermano hace algo bueno o hermoso?

¿Por qué nos empeñamos en resaltar siempre solo los aspectos negativos?

Me confesaba una hermana enfermera: «Me han reñido porque había desorden en mi sección. No todo funcionaba a la perfección. Y era verdad... Con la ayuda de un pequeño grupo de colaboradores puse manos a la obra con todas mis fuerzas. A los tres meses mi sección estaba completamente transformada. Me entreagué del todo, de verdad... No he ahorrado fatiga, paciencia, imaginación, firmeza, respiro, nervios... Y bien ¿sabe lo que me dijo la misma persona que meses atrás me había reñido? Que no iba bien porque estaba demasiado *apegada* a la sección...».

Otro ejemplo. Si el cocinero deja mucho que desear con su (poco) arte culinario, por nuestra parte no disimulamos el mal humor, la insatisfacción.

Llega un cocinero nuevo que sabe tras de lo que se anda. La

comunidad está contenta y... ¡calla! Ni siquiera una palabra de aprecio, de elogio.

¿Por qué encontramos tanta dificultad en acercarnos a aquella persona y decirle: «Sabes, estamos todos muy contentos contigo»?

Sí. Conozco la objeción. El peligro de la soberbia. El fomentar el amor propio.

Dios mío, ¡cuántos pecados de omisión en materia de caridad se cometen por no fomentar el orgullo!

Me pregunto. ¿Por qué valoramos solamente los peligros de la soberbia? ¿Por qué no tenemos en cuenta también los peligros, aún más graves, de la desconfianza, de la depresión, del desánimo?

¿Por qué no tenemos en cuenta el sentido de inutilidad, de desaliento, de desánimo, de la frustración que puede adueñarse de una persona que no recibe nunca ni una palabra de aprecio, de alabanza, de ánimo?

Si alguno es tan poco inteligente que se atreve a subir al pedestal de la soberbia (el soberbio siempre está poco dotado de inteligencia), se le puede hacer bajar con un saludable empujón.

Pero la persona que llega al fondo de ciertos pozos de desconfianza, de desmoralización, es difícil recuperarla.

Se objeta aún: «La recompensa la da el Señor. Tenemos que trabajar por él». De acuerdo. Pero el Señor tiene necesidad también de las *mediaciones humanas*. Quiere servirse, *mientras tanto*, de ti para decir a aquel hermano, que está contento, que aprecia lo que ha hecho, lo que es.

¿Por qué no quieres ser «sacramento» de la confianza de Dios hacia tu hermano?

¡Venga! Limpiemos el terreno de estos equívocos, de estas inconsistentes motivaciones pseudo-ascéticas.

El amor por encima de todo.

Y el amor se manifiesta, se «practica» también dando confianza.

Confianza que quiere decir: creemos en un hermano.

Confianza que quiere decir: esperamos en un hermano.

Y peor para él si nos decepciona.

Al traicionar nuestras esperanzas, antes se habrá traicionado a sí mismo...

Así pues, hagamos saltar la chispa de la confianza. Y esperemos.

Contenido	7
DEL MIÉRCOLES DE CENIZA AL SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA	11
Miércoles: Cita con el polvo	13
Jueves: Mortificación o vivificación	16
Viernes: El ayuno que él prefiere es la... hartura de los pobres	19
Sábado: El precio del buen tiempo	22
PRIMERA SEMANA DE CUARESMA	25
Domingo: ¡No tengas piedad de mí, oh Dios!	27
Lunes: Aquel que no está en su puesto	29
Martes: El que provoca desastres	32
Miércoles: El punto de vista de Dios sobre el pecado	36
Jueves: ¿Remiendo o creación?	39
Viernes: ¡Anda, de ahora en adelante tienes que hacer de papa! ..	42
Sábado: Algo nuevo	44
SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA	49
Domingo: El Señor no está a favor nuestro	51
Lunes: Pensar de una manera nueva	54
Martes: Un abusón, capaz de moverse	57
Miércoles: La vuelta como punto de partida	60
Jueves: El que no quiere convertirse	62
Viernes: Te espero fuera	65
Sábado: ¡Vuelve dentro inmediatamente!	67
TERCERA SEMANA DE CUARESMA	69
Domingo: La cruz instrumento de trabajo	71
Lunes: Cuando Dios puede fiarse de ti	73
Martes: Cruz soportada o cruz abrazada	76
Miércoles: La cruz compartida	79
Jueves: La cruz cacareada	82
Viernes: Cuando uno se equivoca teniendo razón	85
Sábado: ¡Si no te va bien, es precisamente la tuya!	89

CUARTA SEMANA DE CUARESMA	91
Domingo: Principio del evangelio de Jesucristo según la alegría ..	93
Lunes: La alegría es un sí	96
Martes: Hay en la tierra demasiada alegría inutilizada	99
Miércoles: Propuestas para un examen de conciencia	102
Jueves: Una oración que no cante, es una oración traicionada	104
Viernes: Una invitación al confesor para comer	106
Sábado: ¡La alegría que uno no tiene... puede darla siempre!	108
QUINTA SEMANA DE CUARESMA	113
Domingo: Primera estación: Jesús condenado a muerte	115
Lunes: Segunda estación: Jesús carga con la cruz	117
Martes: Tercera estación: Jesús cae bajo la cruz	120
Miércoles: Cuarta estación: El encuentro con la madre	123
Jueves: Quinta estación: Simón Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz	126
Viernes: Sexta estación: La Verónica enjuga el rostro de Jesús	129
Sábado: Séptima estación: Jesús cae por segunda vez	132
SEMANA SANTA	135
Domingo: Octava estación: Un grupo de mujeres llora por Jesús ..	137
Lunes: Novena estación: Jesús cae por tercera vez	140
Martes: Décima estación: Jesús es despojado de sus vestiduras ..	143
Miércoles: Undécima estación: Jesús es clavado en la cruz	146
Jueves: Duodécima estación: Jesús muere en la cruz	149
Viernes: Décimotercera estación: El cuerpo de Jesús es restituido a su madre	152
Sábado: Décimocuarta estación: La sepultura de Jesús	154
OCTAVA DE PASCUA	157
Domingo de resurrección: Primera estación: Cristo nos ofrece el «paso»	159
Lunes: Segunda estación: Cristo nos encarga anunciar que está vivo ..	162
Martes: Tercera estación: Cristo nos informa de que no está de acuerdo con nuestros retrasos	165
Miércoles: Cuarta estación: Cristo nos informa de que no está de acuerdo con nuestro miedo	168
Jueves: Quinta estación: Cristo nos regala su paz	170
Viernes: Sexta estación: Cristo nos enseña nuestro oficio	173
Sábado: Séptima estación: Cristo nos informa que ha decidido quedarse	176
SEGUNDA SEMANA DE PASCUA	181
Domingo: Después de los teorizantes se espera que lleguen los apóstoles	183
Lunes: Cuando enferman las ideas	186
Martes: No defraudar las esperanzas	189
Miércoles: Sueño una comunidad	191
Jueves: El tiempo de pasar... ..	194

Viernes: Una concepción diversa	197
Sábado: Negándome a la comunidad yo me empobrezco a mí mismo	199
TERCERA SEMANA DE PASCUA	203
Domingo: El momento de la verdad	205
Lunes: Para que la casa no quede vacía	207
Martes: La ganancia importa un riesgo	209
Miércoles: Lo que sucede después del «paso»	212
Jueves: De la uniformidad niveladora a la complementariedad de las personas	215
Viernes: Tengamos una buena opinión de Dios	217
Sábado: Producir aquello que esperamos de los otros	220
CUARTA SEMANA DE PASCUA	223
Domingo: La comunidad como misterio pascual	225
Lunes: El triple servicio que ofrece la comunidad	228
Martes: No es geometría	230
Miércoles: Nuestra especialización	232
Jueves: Limpiar el terreno	235
Viernes: Los constructores de la nueva comunidad	238
Sábado: También el Señor tiene sus preferencias	241
QUINTA SEMANA DE PASCUA	243
Domingo: Acoger	245
Lunes: Aceptar	248
Martes: Conocerse	251
Miércoles: Compartir	254
Jueves: Madurar juntos	257
Viernes: Una comunidad de reconciliación	259
Sábado: Una comunidad maternal	261
SEXTA SEMANA DE PASCUA	265
Domingo: Prestad las virtudes	267
Lunes: Juzgar de una forma parcial	270
Martes: A excepción de tu izquierda todos sabemos lo que hace tu derecha	273
Miércoles: Perderse a sí mismo	275
Ascensión del Señor: La fiesta de la tierra	278
Viernes: ¡Eliminar a los capitanes del barco!	280
Sábado: Ahorrar energías	283
SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA	285
Domingo: Luchar contra la necesidad	287
Lunes: El «intrusionismo» espiritual	290
Martes: La corrección poco fraterna	293
Miércoles: Dar motivos de alegría	297
Jueves: Facilitar oxígeno	300
Viernes: Suministrar la luz	303
Sábado: Dar confianza	306